



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL  
ESTADO DE MORELOS

**HCS**

CENTRO DE INVESTIGACIONES  
EN HUMANIDADES Y CIENCIAS  
SOCIALES Y DEL LENGUAJE



HUMANIDADES  
CENTRO INTERDISCIPLINARIO  
DE INVESTIGACIÓN  
CIHu

*MA* *Metáforas  
al Aire*  
Revista de Humanidades

Número extraordinario,  
enero-junio, 2021  
ISSN 2594-2700

# DIRECTORIO

## DIRECTORIO INSTITUCIONAL

Rector

Dr. Gustavo Urquiza Beltrán

Encargada de Despacho del Centro Interdisciplinario  
de Investigación en Humanidades

Dra. Beatriz Alcubierre Moya

## EQUIPO EDITORIAL

Directora

Allison Magali Cruz Aparicio

Egresada de la licenciatura en Letras Hispánicas

alliscruzlh@gmail.com

Coordinador editorial

Alan Emmanuel Castro Bustos

Egresado de la licenciatura en Filosofía

alan6castro6bustos6@gmail.com

Coordinadora de diseño y cuidado editorial

Mtra. Marina Ruiz Rodríguez

Jefatura de Producción Editorial del CIIHu

astrolabioeditorial@gmail.com

Editor general

Salvador Martínez Rebolgar

Egresado de la licenciatura en Letras Hispánicas

salvador.1995.go@gmail.com

Comité editorial

Tania Salgado Villanueva

Egresada de la licenciatura en Filosofía

taniasdfghj@gmail.com

Roxana Georgina Gómez Ayala

Estudiante de la licenciatura en Letras Hispánicas

roxanagomez18@gmail.com

Ángel de Jesús Domínguez Gómez

Egresado de la licenciatura en Filosofía

ajdg\_gomez@hotmail.com

José Arturo Tapia Tamayo

Estudiante de la licenciatura en Letras Hispánicas

tuzo\_6@hotmail.com

Yazmín Padilla Díaz

Estudiante de la licenciatura en Filosofía

yazmin.padilla@uaem.edu.mx

Luis Óscar Téllez Vargas

Estudiante de la licenciatura en Letras Hispánicas

luisoscartellez@gmail.com

Daniel Victoriano Alvarado

Estudiante de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación

daniel.victoriano.alvarado@hotmail.com

Alejandro Sánchez Zamora

Estudiante de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación

zamoraalex95@outlook.com

Comité académico

Mtro. Manuel Reynoso de la Paz

Profesor del Departamento de Filosofía

mauelreynosodelapaz@hotmail.com

Mtro. Roberto Carlos Monroy Álvarez

Profesor del Departamento de Letras Hispánicas

robertomonroy9000@gmail.com

Asesores editoriales

Mtra. Zazilha Lotz Cruz García

Profesora del Departamento de Maestría

en Producción Editorial

lotz\_zazilha@gmail.com.mx

Mtro. Josué Gerardo Ochoa Fragoso

Jefe de Publicaciones de Humanidades en la

Dirección de Publicaciones Científicas y de Divulgación

gerardo.ochoa.f@gmail.com

## Coordinadora invitada núm. 6, enero-junio, 2021

Dra. Miroslava Cruz-Aldrete\*

Profesora investigadora de tiempo completo en el Instituto de  
Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales

## CONTACTO GENERAL DE LA REVISTA:

Facebook: Metáforas al aire

Twitter: @MetaforasAlAire

Instagram: metaforasalaire

Correo electrónico: metaforasalaire@gmail.com

Página web: <http://metaforas.uaem.mx/>

*Metáforas al aire*, núm. 6, enero-junio, 2021. Es una publicación semestral editada por alumnos de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), a través del Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades (CIIHu) del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (IIHCS). Campus Norte. Avenida Universidad 1001, colonia Chamilpa, CP 62209, Cuernavaca, Morelos, México. Teléfono +52 777 329 7900. Página web: <http://uaem.mx/humanidades/> Correo: [metaforasalaire@gmail.com](mailto:metaforasalaire@gmail.com) Facebook: Metáforas al aire. Directora: Allison Magali Cruz Aparicio. Reserva de Derechos No. ISSN: 2594-2700, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor (Indautor). Responsable de la última actualización de este número: Allison Magali Cruz Aparicio. Fecha de la última modificación: enero 2021.

# CONTENIDO

## *Carta editorial*

Tania Salgado Villanueva 4

Salvador Martínez Rebollar 5

## *Aventura*

*onírica: paraíso* 9

José Luis Corona Castañeda  
*Ciegos en las tinieblas* 11

José Luis Corona Castañeda  
*Volver* 12

Adelso Reinoso  
*Vistas de cuarentena por la ventana* 13

Irving Daniel Robledo Girón  
*El encierro y la distancia* 17

Carla Rocío Tochijara Vargas  
*El arte de limpiar lentejas* 21

Dalila Rodríguez Tienda  
*Gran caos* 24

Rusvelt Nivia Castellanos  
*Grávida modernidad* 24

Rusvelt Nivia Castellanos  
*Hasta cuándo* 25

Salma Valeria Bautista Verduzco  
*La ropa bajo la lluvia* 27

César David Solano  
*Sobreviviente* 29  
*Incertidumbre* 29

Juan Jesús Martínez Reyes  
*Preso* 30

Fausto Ernesto Padilla Morales  
*Ellas* 31

María Susana López  
*Pacientes* 36

Yazmín Monserrat Gómez Ortega  
*Recuerdos* 38

Paola Yunuen Flores Castrejón  
*Sin novedad en el frente* 39

Alberto Navarro  
*Sin pausas en el gesto* 41

Erika Selene Pérez Vázquez  
*Soledad* 43

Nataly Sinaí Vega Magaña  
*Hilos* 44

Fernando Antolín Morales  
*2020. El encierro* 45

Alfredo Eulalio Arenas Fonseca

**El contenido de los textos es responsabilidad de cada autor.**



## Tania Salgado Villanueva\*

Que nos hemos encontrado ante un suceso extra-ordinario es un hecho que nadie podrá negar. Desde hace algunos meses, casi un año, el mundo afronta una pandemia. A la palabra «pandemia» subyacen infinidad de situaciones diversas que han despertado la incertidumbre que habíamos atenuado en nuestra vida diaria. Rutinas rotas, miedo, añoranza, paisajes cotidianos con bruscas intervenciones, culpa, son tan solo algunos de los indicios que demuestran esta anomalía.

Sin embargo, pese a la cantidad de situaciones diversas y la abrumadora incertidumbre del —aún— presente, es muy probable que con el pasar del tiempo y a causa de distintos intereses se empiece a depurar el imaginario entre *aquello que está bien que sea dicho y aquello que no*; que depuren, pues, todas aquellas vertientes que no hagan lucir bien a lo que solemos nombrar «historia oficial» (o más bien, «historias oficiales» [ya que un binarismo es anticuado para las exigencias actuales]). En otras palabras, que se distorsione u omita información, que se borre la incomprensible irracionalidad del actuar y pensar, los sentimientos (que suelen adquirir el rótulo de «negativos»), o que se mantenga el silencio sobre las expresiones de genuina convivencia con uno mismo, con los otros.

Por ese motivo es importante que existan espacios que, a modo de botellas en mar abierto, guarden expresiones de esas situaciones. Este número de la revista, tan repentino e imprevisto como la situación misma, es uno de esos espacios, porque cuando el olvido surja efecto y las vivencias pasen a ser esporádicas imágenes en nuestra memoria, podremos remitirnos a las palabras, a los escritos que nacen desde nuestro ahora.

\* Egresada de la Licenciatura en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Miembro del Comité Editorial de *Metáforas al aire*.

# Salvador Martínez

## Rebollar\*

*El mundo parece distinto  
cuando no estás  
junto a mí.  
Contigo en la distancia.  
César Portillo de la Cruz*

Extraordinario.

Pocas palabras definen tan bien el contexto en el que este número es ideado y publicado. *Contigo a la distancia. Textos desde el encierro* es precisamente un número producto de las circunstancias repentinas y extraordinarias en las que, para bien y para mal, se nos ha forzado a desenvolvernos.

Pareciera que la primera frase del bolero, *no existe momento en el día / en que pueda apartarte de mí*, hablara sobre el Covid 19, que ha invadido no solo nuestros cuerpos, también nuestra lengua, pues no hay día en que no digamos, escuchemos o leamos algo sobre la pandemia; es más no solo no es posible pretender trabajar fingiendo que no hay un virus anormal esparciéndose, en este momento es impensable la actividad sin tener en cuenta la emergencia sanitaria.

He escrito que, para bien o para mal, nos encontramos en esta situación extraordinaria, y quizá surja la pregunta ¿Existe realmente un bien en esto? Parafraseando a un comediante y psicólogo, el cambio no solo es posible, es inevitable, y algo de los que no tenemos control; pero lo que sí podemos controlar es

el cómo nos afrontamos a este cambio, y sin duda *el mundo parece distinto*. Desaceleramos la vida afuera, o eso intentamos, dejamos de ver rostros completos, extrañamos las rutinas que tanto quisimos evadir; pero hay quienes han visto en esto una oportunidad de acercarse a lo diferente, para tomar alternativas a sus actividades o dentro de ellas; y sin duda el quehacer creativo se ve permeado por este gran cambio.

La escritura y la creación están particularmente ligadas a la reacción ante los sucesos que nos marcan, a diario compartimos los procesos que cada uno lleva, hacemos una catarsis a través de nuestras redes, de nuestros memes, de las palabras, tan simples o complejas como las emanemos. La pandemia ha servido como un disparador en la escritura, misma que muchas revistas amigas han buscado canalizar para darle salida a todo lo que los creadores tienen que decir sobre cómo entienden, procesan y afrontan al riesgo constante, al encierro y la distancia.

*Metáforas al aire* se suma a las publicaciones que entienden que un suceso tan extraordinario requiere un número especial de igual magnitud, por lo que ha recopilado textos para leer en alguna parte de la cuarentena. Ojalá algún día los escritos sean meros vestigios de un evento distante; esperamos, Covid, que pronto haya una *bella melodía, en que no surjas tú*. Por lo pronto, los invito a leer lo que los escritores nos ofrecen para que pensemos y repensemos las múltiples realidades que esta pandemia ha evidenciado.

\* Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Editor de *Metáforas al aire*.

***Contigo en la  
distancia.***

***Textos desde el  
encierro***

## Aventura onírica: paraíso

Voy en una bicicleta vieja y prestada, visto ropa de trabajo muy gastada por tanto uso, el sol está muy fuerte como para seguir por la calle a mi patrón, el dueño del taller mecánico donde trabajo me ha mandado a la refaccionaria por unas llantas nuevas de motocicleta.

Llego a la refaccionaria.

—Buenas tardes, me da un par de llantas para una motoneta X.

—Ok, déjame ver si las tenemos en bodega.

—Muy bien.

La refaccionaria es muy grande, tiene varias oficinas para sus contadores y vendedores, mientras espero salgo al pasillo para distraerme un poco, es un ambiente Godínez casi en su totalidad, de no ser por los clientes que llegan, en su gran mayoría son refaccionarias más pequeñas o encargados de talleres muy grandes que necesitan mucha refacción.

En el pasillo me encuentro con varios conocidos, unos trabajan ahí, otros son clientes, platico con ellos.

De repente llega una muchacha súper linda, arreglada magistralmente,

con un cabello precioso, lacio negro y muy largo, me saluda efusivamente, me abraza, sus ojos comienzan a brillar de alegría, se sonroja y me pregunta ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? Y le contesto: solo he venido por unas refacciones, todos en el lugar se nos quedan viendo de manera muy disimulada, esta niña tan linda se llama Carolina, por alguna razón comienza a babear de manera leve y no me quita la mirada de encima, no sabe cómo sacarme más platica y yo tampoco sé qué decirle en ese momento y yo estoy como en el limbo viéndola sin decirle tampoco nada y no se me ocurre hacer tampoco nada para detener o limpiar la baba que le escurre de su hermosa boca.

Después de unos minutos 3 o 4 a lo mucho alguien le habla y los 2 salimos del trance en el que nos encontrábamos, de inmediato saco papel higiénico de mi pantalón y le limpio su cuello, pecho, barbilla y labios, ella está muy apenada por esta situación tan embarazosa pero aun así no me quita la mirada de encima, yo me despido de ella y le doy un beso en la mejilla, me retiro.

A ella le preguntan ¿Qué ha sido todo eso? Sólo sigue su camino sin contestar absolutamente nada.

Días después cuando vuelvo a esa refaccionaria no falto el curioso que me pregunta ¿Cómo le haces para tenerla a ella así, de esa manera? y yo haciéndome bien pendejo le pregunto: ¿así cómo? Y me dice "sí, así como la tienes, media mensa por ti" y yo sé perfectamente a lo que se refiere, pero simplemente levanto los hombros como diciendo que no tengo idea pero en mi mente comienzo a recordar porqué ella está así por mí y mi pene comienza a pararse, así que me doy prisa para irme y los dejo con la duda.

Entre ellos (los chismosos) se preguntan por qué una niña tan linda como ella, mucho más joven que él, con un ingreso tanto el de ella como el de su familia muy superior al de él y al de sus familiares esta tan loquita por él.

Sé esto porque los "chismosos" me platicaron... Pero lo que ellos no saben es que a ella (Carolina) la trato como a una mujer le gusta ser tratada en todos los aspectos.

Primeramente, la conquiste porque ella estaba muy sola, a pesar de ser sumamente atractiva, bonita de cara y cuerpo, vestir elegante y todo lo demás, es precisamente esto el motivo de no tener pretendientes.

La mayoría de los hombres jóvenes y no tan jóvenes se sienten muy intimidados por su belleza y crean en su mente la idea de que ella tiene su vida sentimental arreglada, con un súper galán, guapo, cuerpazo y rico.

¡Ellos solos se desilusionan al verse o saberse poca cosa para esta chica, así que prefieren ni siquiera intentarlo!

Una vez logrado su atención y su interés, procedo a bajarla del pedestal en el que se cree que esta, esto lo hice diciéndole que No a algunas cosas que me pide, porque si a todo le digo que si pronto se aburrirá y me perderá el interés.

Ella tiene que saber que no voy a tolerar que me trate como a cualquier otro pretendiente que ha tenido, a los que trata como si fueran sus mascotas.

Lo que hice después fue dejarle sumamente claro que estoy dispuesto a perderla si ella no se comporta a la altura de una relación conmigo, teniendo todo esto claro procedo a enamorarla aún más, con halagos divertidos y muy originales, ser espontáneo y misterioso.

Donde la palabra rutina no existe en nuestro día a día, sorprendiéndola con actividades o peticiones tanto sexuales como de exhibición en público, en pocas palabras, que nuestra relación signifique un reto para ella.

Causarle un poco de celos también es muy bueno para mi causa.

Nada de esto ha sido fácil, me ha dolido la cabeza para dar un paso y al siguiente paso me he vuelto a romper la cabeza, para no cagarla, tratar con las mujeres nunca es fácil y es más complicado aun cuando ella es muy joven y hermosa.

La enamoré dándole las cogidas más extravagantes que ha tenido en su vida, las que nadie le ha dado nunca. Creo que esto último ha sido el factor clave de mi éxito amoroso con Caro y también es la razón por la que babea al verme.

Todo esto lo pensé para mí mismo, no se lo he platicado a nadie, pero al mismo tiempo soñé lo que pensé. Entre pensar y soñar hay una línea delgada que muchas veces es imposible diferenciar. Pero sin los sueños, la vida sería muy aburrida o quizás nosotros somos el sueño de alguien más.

FIN.

José Luis Corona Castañeda, 34 años, Pabllébón de Arteaga, Aguascalientes. Administrativo en una primaria y estudiante de la licenciatura en Quiropráctica en el Centro Universitario de Alternativas Médicas.

# Ciegos en las tinieblas

Sé a los fanáticos obnubilados, confieso que ellos están trasnochados y juntos como una pandemia, deambulan dispersos por entre la porquería, todos sucios, van con su vulgaridad.

Como mayoría, ellos circulan detrás de las quimeras; salen temprano a buscar codicias ordinarias, se meten en medio de desfiles grotescos; ni nadie puede frenarlos en sus excesos, hurtan, tragan y vician allí hasta saciarse; realizan una comedia de día.

La fascinación por desorden los nubla.

De repente, unos entre otros, trasbocan sus fuertes burlas; presumen tener en su poder la fama, pero a trasluz ella los acosa y subyuga; ahoga sus realidades de pesadillas y por necesidad ofenden para aplacarse; la altivez consigue encandilarlos.

Así conozco a estos sujetos ensombrecidos, siempre se refugian atrás de los espejos, para cubrir sus propios espantos, menos con el tiempo, cuando surgen sus vidas ante la nueva lumbre, ellos quedan volcados contra los callejones, hundidos en el sufrimiento y la pena.

Adelso Reinoso, 28 años, Santiago, República Dominicana.  
Actor, escritor, maestro en Lingüística Aplicada, autor del  
poemario *Oscula Versus*, Santiago, 2017.

# Volver

Y volveremos a vernos desde enero,  
para caminar con menos prisa por  
/ la vida,  
iremos a sonreír con los festeros,  
a criticar con calma los caminos  
volveremos a vivir en los abrazos  
y entre la cercanía angosta de  
/ nuestros patios.

Hoy no tocaré tu puerta para saludar  
/ la aurora,  
no podré mimarte entre mis besos,  
ni acariciar salvaje; el sudor de  
/ nuestro afecto.

Pero volveremos a vernos  
¡sí!  
volveremos.  
¡mañana!  
volveremos hacer minutos,  
volveremos hacer el verbo  
vivir...

# Vistas de cuarentena por la ventana

Metáforas al aire, enero-junio, 2021.  
Número extraordinario.  
ISSN: 2594-2700

11



Irving Daniel Robledo Girón, 28 años, Ciudad de México.  
Estudiante de la Maestría en Humanidades en la  
Universidad Autónoma del Estado de Morelos.







## El encierro y la distancia

El otoño ha llegado, como cada año, acompañado de sus vientos y su luz melancólica que no pretende quedarle bien a nadie y que anticipa despedidas que en el campo se van tejiendo entre caminos bordeados por mirasoles, pero que aquí en medio de esta urbe gigantesca y asfixiante se sienten como un mundo que se reduce al espacio de algunos cuantos metros cuadrados en esta suerte de vecindad que es el pasaje Polanco.

Ahora están todos los vecinos veinticuatro horas al día, siete días por semana y el ruido del exterior ha sido sustituido por el que proviene de cada departamento. Resulta ser que los hogares se han convertido en centros de trabajo, guarderías y escuelas, sólo imagina todo eso en el mismo piso. Aquí dentro los días se han sucedido en tal desorden que no se sabe si hoy es un mes más tarde que ayer, si sigue siendo el mismo día o si se trata solamente del fin de semana. Detrás de la ventana se ve cambiar la sombra de las macetas en el corredor y la posición del gato que buscaba el calor para garantizar una buena

siesta como única evidencia de que el tiempo sigue su marcha en un mundo que se ha detenido detrás de la puerta, víctima del miedo y la precaución, si es que puede haber alguna ante la fatalidad de lo inevitable.

En un principio parecía un juego como otros tantos que duran algunos días y así como llegan se desvanecen, un juego en el que quienes creen tener el dominio aparentan ejercerlo sobre los que creen estar dominados. Ante la emergencia unos cuantos obedecieron, algunos se resistieron, mientras otros apostaban por no dar mayor importancia a la situación para ver si así la profecía pasaba de largo sin husmear entre sus vidas. El bombardeo imparable de noticias imprecisas, no se hizo esperar, hablando de números y falsas soluciones que en breve eran descalificadas, las compras de pánico de artículos arbitrarios abarrotaron supermercados y por primera vez, 194 países soberanos y otras naciones cumplieron al unísono con el toque de queda que usaba el yugo de la incertidumbre para arrebatarnos la libertad.

Las fronteras fueron cerradas y todo el mundo se resguardó de un enemigo invisible que amenazaba con llevarse a nuestros padres y abuelos, un sector de la población que había dejado de ser necesario y que muy por el contrario representa la "carga" a la que se enfrentan los famosos sistemas de asistencia pública que sin importar la condición económica de potencia o nación subdesarrollada brillan por su ineficacia. Si no morían por la famosa pandemia, lo harían de tristeza y abandono en un exterminio garantizado que no escatima en costos e infortunios.

Como suele pasar con nuestra humanidad adormilada, el tiempo hizo que el caos se convirtiera en cotidianeidad y los

paseos de la tarde fueron cambiados por horas interminables frente al ordenador y lo virtual tomó el lugar de lo real para hacer proliferar la más inverosímil cantidad de cursos y actividades “en línea” como si fuera la única posibilidad de contacto con el “mundo exterior”, con la salvedad de que las condiciones de conectividad son absolutamente precarias en nuestro querido México, por decir lo menos.

Cuando todo parecía que iba a durar mucho más tiempo de lo esperado, no faltaron las listas de buenos propósitos para aprovechar el tiempo en casa: comer sanamente, mejorar los hábitos de sueño, leer, aprender otro idioma, hacer ejercicio, entre otros tantos, pero el encierro no es aliado de nadie que no sea capaz de una motivación inquebrantable y posea al menos cierta inmunidad ante la tan aterradora soledad que en la imaginación atenta contra el arcaico principio inconsciente de buscar pertenecer como único medio de no perecer en absoluto estado de indefensión ante la adversidad de un mundo que en la prehistoria apremiaba la congregación. Todo esto aunado, por supuesto, al hecho de que el estado de supervivencia agudiza las manías.

No obstante, entre el colapso de las mayorías ha habido también quienes parecen haber formalizado o, quizás sea mejor decir, normalizado su *modus vivendi* una pequeña horda que desde siempre ha vivido del aislamiento, la contemplación, los libros y la música. Seres que desde antaño descubrieron bajo la sombra de los árboles el gozo de la soledad y en ella la cuna de una creatividad que se expresa sin reservas, personas cuya principal motivación para salir del encierro autoimpuesto ha sido leer poesía bajo la luna o asistir a un concierto que

finalice con una copa de vino y una buena charla, un segmento al que se puede pertenecer por elección y no por necesidad. Estos seres han sido testigos inalterables del pasar de oleadas revoltosas que con aspavientos inmoderados se mueven en círculos para volver al punto de partida sin mayor avance que el que marca la cronología. Es cierto, sin embargo, que hasta hoy no hablaban abiertamente de sus costumbres para evitar argumentaciones innecesarias porque su reservada actitud ha levantado siempre suspicacias absurdas. Estos individuos han visto desde su trinchera a la ignorancia como la verdadera pandemia y contribuyen con arte, ciencia y pensamiento a seguir moviendo los engranes oxidados de la evolución de la conciencia humana.

Yo sigo aquí, esperando como siempre a que llegue alguna carta tuya desde Roma porque prometimos, aún antes de que todo esto sucediera, estar en contacto a través de cartas escritas de puño y letra como una forma de asegurarnos de seguir presentes. Así, yo, después de esperar con ilusión la grata experiencia de hurgar entre la correspondencia prepararía una taza de té como si estuvieras aquí y podría leerte, mientras tú tendrías siempre un buen pretexto para salir de casa cada jueves por la tarde y dirigirte a la zona comunitaria donde se encuentra el correo vecinal, no es muy lejos, pero te brinda la oportunidad de respirar aire fresco y te obligará a moverte cuando la tristeza o el trabajo quieran hacerte presa de tu pequeño estudio. El frío ha vuelto, me has contado la última vez que fue tan corto el verano y cómo cuando todo parecía solucionado y la gente comenzaba a salir han dicho que cerrarán algunos lugares por el nuevo brote. Me gusta

saber que tu novela está muy avanzada, pero lamento que no te complace del todo la protagonista, dices que no logras extraer su verdadera esencia, que se niega a develarte su destino y que te tiene a la espera de algún indicio para saber que todo ha tenido sentido. Yo, la percibo intrigante, me gusta que haya que ir a buscarla, y que sean los detalles del entorno los que hablen y no ella.

La ambientación es maravillosa me transportas a una época en la que tantas veces he soñado estar y puedo imaginarte observando esas callejuelas y las pequeñas plazas de las que extraes el testimonio de otras formas de vida en las que el ímpetu y la inocencia se atrevieron a cuestionar al pensamiento clásico, aquellos tiempos cuando se habló por vez primera y sin ninguna reserva de las emociones humanas como si se tratara del más grande atrevimiento. Quiero que me cuentes más, sentir que camino contigo hasta Baja en Lungotevere, usaría ahora el abrigo color pizarra que me regalaste, así podríamos sentarnos en la terraza y dejar que el crepúsculo ceda paso a la noche y las horas se irían entre charlas, risas y silencios. Volveríamos con mil detalles para que siguieras escribiendo, mientras yo te contemplo desde ese sofá desgastado que tienes rodeado de libros y manuscritos.

Me pregunto si has decidido quedarte con el pequeño gato gris que encontraste, tú sabes que yo no viviría sin el mío y aunque en este tema no puedo hablarte con imparcialidad, me gustaría saber que tienes compañía. No te implicará mayor carga, un gato es sumamente independiente y sabe encontrar la manera de hacerse presente y llenar los espacios con argucia. No lo pienses más, creo que ambos se necesitan y que

ha llegado en el momento perfecto, justo antes de que el invierno te haga padecer el frío y la lejanía.

Para mí sigue siendo un reto la última pieza en la que estoy trabajando, se trata de una partitura de Glazunov, la opus 17 para cello y piano, una elegía, esas obras que normalmente pretenden mostrar un lamento por la muerte, utilizan un tiempo pausado que pueda expresar agonía y tragedia, pero también gentileza, nostalgia y ternura. Existe una interpretación maravillosa de Yuli Turovsky un soviético nacionalizado canadiense que falleció hace algunos años, para omitir más detalles sólo diré como referencia que él comenzó a tocar a los 7 años en la Escuela Central de Moscú, lo demás lo dejo a tu imaginación. Tal vez mi principal reto sea conservar el equilibrio entre el dolor de la ausencia y la candidez, un tema que el autor aborda con extraordinaria sutileza. Si estuvieras aquí llegarías un poco tarde y corriendo como siempre, pero habrías pasado antes por esas delicatessen que tanto te gustan para cenar y nos sentaríamos rodeados de almohadones junto a la mesa de la sala sin etiquetas ni más formalidad que las velas y el vino, lo hago a veces también en tu ausencia y estás tan presente que puedo percibir el olor de tu cabello y, entonces, me robas sin darte cuenta, una sonrisa.

Sigamos que esto no puede durar para siempre y probablemente estemos juntos para año nuevo, no quisiera pensar en otra posibilidad, no por ahora cuando hay tanto que se agolpa de pronto sin permiso y quiere llevarse la paz y la confianza, no quiero caer en ese juego absurdo de incertidumbre y planes truncados, me gusta interpretar el rol de protagonista y no de víctima desvalida, nunca ha sido mi tendencia y no tiene

por qué serlo ahora. Ya veremos cómo todo toma su forma, sigue escribiendo que yo seguiré tocando y así el tiempo será nuestro y el mundo no habrá cambiado. No olvides las cartas que yo ya he comenzado a escribirte la próxima.

## El arte de limpiar lentejas

Dice que es una calamidad. Dice que su *agüelito* le contaba del fin de los tiempos. Tiene 64 años y una mala memoria que le hace imposible la tarea de situar temporalmente los hechos. No conoce mucho de profecías, nunca ha leído el libro del apocalipsis o cualquier otra cosa sobre el fin del mundo, pero lo sabe. Ella sabe que esta es una de esas calamidades de las que le habló su *agüelito*, porque es sus 64 años de vida, nunca se vivió algo así.

—Él nos platicaba que ya cuando *juera* el final, iban a pasar muchas de estas calamidades y que los higos iban a empezar a florear para afuera y que las mulas iban a empezar a parir...

Eso nomás lo sabe porque así le decía su *agüelito* allá en Matehuala. Sabe que en el final de los tiempos va a pasar lo que nunca antes pasó. Mientras los creyentes hablan de catástrofes inmensas, de un Dios que viene a recoger a los suyos y de pedir perdón a un ser evocado; la señora B habla de una alteración en su antigua vida, porque aquí no hay

mulas ni higos cerca.

Sus manos arrugadas escarban entre las lentejas buscando lo que ya no sirve. A la derecha está un montoncito de circulitos diminutos pálidos con bordes negros.

—Yo lo siento por mí porque yo estaba acostumbrada a andar *pa' rriba* y *pa' bajo*... pero yo siento que me voy a tullir, hija. *Pos* cómo no, cuándo me iba a andar levantando a las nueve de la mañana... Pero *pos* es que mi cuerpo está acostumbrado a andar...

Digamos que se llama señora B. Digamos que su voz es como una brisa fresca y sus palabras son de colores pasteles. Digamos que sus tonalidades suaves contrastan con la falda rosa que le llega hasta la rodilla, que su blusa — sin mangas — va a juego con el tono bajo, color azul, de su voz. Otorguémosle el anonimato a la señora B porque así lo quiere ella.

—Pero *pos* qué más hija, ahora tenemos qué. Yo aquí no me da coraje ni nada. Me canso, me acuesto.

Sus manos, que tienen unas venas moradas y azules, desechan lo putrefacto gracias a su discernimiento de Dios[a] de lo cotidiano. Sus ojos hundidos están clavados en las lentejas que no termina de limpiar nunca.

Hay que mencionar que no todos lo hacen, limpiar lentejas es una actividad un poco más tediosa que limpiar los frijoles. Muchos dirán que no es necesario hacerlo, que esos circulitos pálidos con bordes negros no amargan en absoluto si es que se llegan a comer. Pero ella es muy quisquillosa y escarba hasta encontrar todo lo podrido.

La señora B no sabe qué es lo que está pasando. Mientras nosotros vivimos entre números, ella vive entre esas lentejas que limpia, entre los nopales

que está apunto de cortar tan simétrica y perfectamente, entre las sonrisas de sus hijos y sus nietos. Ella también sonríe y por un momento pienso que yo podría vivir en su sonrisa.

—Pero dicen que esa enfermedad 'ta más pa uno que ya está viejo y los que tán enfermos... pero pos bueno... no pos si Dios... pos ni modo... pos ya qué.

La señora B es pensionada y trabaja limpiando unas oficinas de bienes raíces y una casa en Villa Toscana. Cada mes recibe \$1,000 de pensión y aparte, \$200 por cada día que trabaja. Los precios se han disparado enormemente. Ella tiene a su cargo a un adulto de 35 años con una discapacidad. Los gastos de servicios básicos y alimentos recaen en ella y en su hija. Dice que no va a pedir ningún apoyo de esos que están de moda, porque *eso mejor para quienes de veras lo necesitan*. En estos tiempos de una nueva normalidad en las que no se permite el contacto humano se alienta a la extrema individualidad, la señora B tiene un pensamiento revolucionario. Pensar en el *otro*, ausente y desconocido. Eso es lo que necesitamos, lo que *de veras necesitamos*.

Hubo otra vida. Una de la que ella no habla y trata de no pensarla. Otros fueron los colores que teñían las paredes, las palabras. Pero ahora, con sus palabras de colores pasteles, me dice: *Pos es que eso ya se acabó, yo nomás quisiera que volvieran esos tiempos para tener a todos mis hijos chiquitos*. Vivir adentro. Vivir *hacia* adentro. Interiorizar lo que pasó y lo que puede pasar. La nueva normalidad está llena de incertidumbre pero uno se puede refugiar en las lentejas o en cualquier otra cosa de lo cotidiano.

Ahora que estamos obligados a estar siempre adentro, ella mira hacia afuera. *Escapa*.

—Pero digo yo, como estas gentes de enfrente... cómo... ¿no tendrán miedo o qué?... Se meten unos y salen otros y vienen y salen y suben y bajan. Es muy peligroso. Yo aquí... nomás aquí los veo. *Pos* es que R anda a veces como bien loco... *pos* a veces que anda golpeando la puerta y avienta piedras y como loco de a tiro. De tanta cosa que se mete. Luego le fuma y tira la risada como que si... quién... como que si él se 'tá riendo con alguien.

Sus frases son entrecortadas porque a veces no encuentra las palabras para expresarse. Así como respeto su anonimato, respeto también la sintaxis de sus frases que son, como su manera de limpiar las lentejas, algo grácil y hermoso.

—No dormí por *'tarlo* viendo... y se sienta y tira piedras para un lado y *pa'otro* —hace ademanes —y *pa'llá* y *pa'cá* y así. Y voltea así... nombre, bien raro. Así me la paso yo bien tranquila aquí, nomás viendo.

Para limpiar lentejas, uno tiene que tener una muy buena vista. Saber observar hasta el más mínimo inconveniente en cualquier granito, eso a ella se le da muy bien. Lo sé porque este trabajo, para cualquier principiante distraído, puede tomarle muchísimo tiempo. Ella lo hace con mucha agilidad y no se ve entorpecida por la gran cantidad que aún le falta. Este trabajo, del que ella se encarga siempre, se convierte en un arte cotidiano y minucioso; se necesita amor y pasión por el presente y por los suyos, esos que van a comer las lentejas limpias.

Sus ojos de 64 años han visto muchos amaneceres, algunos con bordes negros y otros, muy pocos, tan perfectos como esas lentejas que sí va a cocinar. Ella es una espectadora de la vida. En estos tiempos de muerte y violencia, se

necesita ser valiente para voltear a ver el mundo y pasársela *bien tranquila* (...) *nomás viendo*.

—Yo, bendito sea Dios que no me siento cansada. Ni me siento triste. Yo nomás estoy esperando a acá —señala hacia arriba —a que diga él *hasta aquí*, porque ya Diosito me dejó vivir muchas cosas, muchas, muchas cosas.

Afuera, las cosas están revueltas: cifras inciertas que se sobreponen a los sólidos precios elevados de las necesidades básicas. Pero aquí sólo llegan breves murmullos de todo eso que llamamos realidad, la señora B enciende la televisión o el radio sólo por unos minutos y luego los apaga, el ruido hace que le duela la cabeza. En este momento, ya terminó de limpiar una bolsa de lentejas, ahora va a comenzar con otra. Las calamidades que suceden en el exterior se le deslizan entre las manos como los granos de lentejas limpios. *Sonríe*. ¿Cuántas bolsitas de lentejas tendrá que limpiar hasta que una mula tenga crías? ¿Qué higo estará floreciendo en este momento, en el que ella limpia ágilmente otra bolsita de lentejas?

Rusvelt Nivia Castellanos, 34 años, Tolima, Colombia.  
Comunicador social y periodista en la Universidad de  
Tolima.

## Gran caos

El barrio se halla grisáceo; los moradores allá habitan como sonámbulos, juntos suelen trabarse mucho hacia la decrepitud. Yerran ellos en medio de bloques de cemento. La quietud del día los envuelve en sopor; así que se entregan a la inanición descarada y pasa una brisa de hojas secas como si nada.

Las casas iguales perduran desvenecijadas, casi en su totalidad con las ventanas rotas, entre adentros los jóvenes existen mareados. A mayor decepción las familias son dispares, los introvertidos cogen hacia el encierro, las madres eligen la sala para ver repeticiones.

Esta comunidad a destanto tropieza; ella desviada se enreda en sus propias telarañas, quedando varada por lo demasiado que ignora. Disminuida a rastras lleva virus su gente. Es el querer estar siempre anémicos y lo peor viene a ser que esto corrompe, hasta el pánico que llegamos a reproducirnos con liviandad, para decaer luego en la muerte.

## Grávida modernidad

Estas realidades suceden otoñales; reaparecen por entre pesimismo los individuos, ellos vagan con los rostros desgastados, sin saber para donde dirigir sus vidas, llenas de pánico, preocupadamente incurren en lo sombrío.

Como seres desconocidos, se adentran en un laberinto ruinoso, realizando distintas vueltas extraviadas, presencian el caos de la fealdad, solamente recorren sus caminos de tenebrosidad, allá donde experimentan lo grotesco con el dolor, pesarosos devanean entre sus pesadillas.

Menos desiguales, persisten en la sordidez, ellos sufren como unos obnubilados, declinando hasta lo muy inmundado, recaen bajo sus tinieblas espectrales, saturados de enfermedades y en obcecaciones, penan mareados con sus mentes errabundas.

## Hasta cuándo

Me duele la cabeza, otra vez. Meses han pasado desde que la pandemia derivada del COVID-19 surgió y se decretó una *cuarentena*. Se suponía sólo serían dos semanas, después un mes. Se propuso una fecha para el retorno a las aulas escolares, jardines, cines, plazas... todo siguiendo las medidas sanitarias y de contingencia. Después plantearon otra proyección, y otra, hasta que las esperanzas e ilusiones se detuvieron. ¿Cuánto más estaremos así? No lo sabemos.

Ahora el párpado me palpita, genial. Esto de la educación a distancia... no quiero repetir lo que todos dicen, pero ¡no está funcionando! Mi casa es un espacio de descanso, de relajación, de entretenimiento, de socialización... un *hogar*. Pero ahora me aterra ir a la sala y ver la computadora, sabiendo la extensa lista de actividades que debo realizar. Tampoco veo el calendario, porque el tiempo me asusta. Me asusta pensar que no hay esperanza, o futuro. Que este confinamiento será eterno. Que quizá no vuelva a abrazar a mi abuela, sin temor a contagiarla y fallezca por mi culpa. Tengo tanto miedo.

Quizás el agua ayude a calmar el dolor. Aunque no sé si deba tomar, sólo queda un garrafón, y no hay suficiente dinero para surtirnos. Tenemos ciertas *prioridades*, como comprar comida, cubrebocas, artículos de higiene... y, claro, el internet para la escuela en línea. Una migraña es un problema menor. Quizá debería buscar trabajo, algo para ayudar a la familia. Pero mi papá y mi mamá se niegan, mi única preocupación y responsabilidad es estudiar, sacar buenas calificaciones, terminar la licenciatura, y titularme para, eventualmente, conseguir un buen empleo, acorde a mis habilidades y capacidades. ¿Y cuáles son?, me pregunto yo.

Este proyecto me está costando más de lo usual. ¿De qué va a servirme hacer proyectos culturales y de difusión y fomento si no es el área en la cual me desempeñaré? Además, con tantos ensayos y trabajos no tengo tiempo para leer y mucho menos para disfrutar los libros. Hace tiempo que no me provoca placer alguna novela, me identifico con algún personaje, escribo un cuento o me empapo de poesía. Extraño ir a las librerías, a las bibliotecas. El olor, la textura de los libros, y las historias detrás de las historias que cuentan. Extraño ir por un buen café, caro, pero cuyo precio lo vale completamente. Extraño sentarme en el jardín y mirar a mi alrededor buscando inspiración. Extraño sentir la *vida* a mi alrededor, no la muerte ni el olor a miedo, a pánico, o a indiferencia.

Mis excompañeros de la secundaria me invitan a la playa. Estoy dividida. Quiero ir, porque ya no soporto el encierro, porque quiero rendirme y huir, porque adoro el mar, porque el mar me tranquiliza y ordena mis pensamientos, como Rilke. Por otro lado, sé que ellos serán

descuidados, no tomarán medidas para evitar el contagio. No me atrevo a decir que *les vale*, sin embargo, no les preocupa tanto como a mí.

La lista de contras vence a la de pros, y rechazo la invitación. Sacrifiqué mi salud mental, por la salud física de mi familia y mía. Esto no puede seguir así, algo debe hacerse, pero ¿qué? ¿Serán ciertas las cifras de muertos y contagiados que anuncian los medios? ¿Es tan grave la enfermedad como la hacen ver? ¿Cuál es el beneficio de estar contenidos? ¿Realmente sería malo si el flujo de personas aumenta, si se abren los lugares públicos, se regresa a las escuelas, aun con medidas sanitarias? Pero son preguntas que no puedo expresar, porque las opiniones están divididas. Sólo me queda *esperar*. No sé cuánto, hasta cuándo o cómo, o si podré.

# La ropa bajo la lluvia

A mitad de la noche  
hay algo que me saca de mi sueño,  
me asfixia, me da sed, me mata.

Entro en crisis,  
y no puedo volver a descansar,  
me quema por dentro.

Justo arriba del estómago  
un nudo me comprime,  
lo siento hasta la garganta.

Salgo a mi patio  
cuidadoso que nadie me descubra,  
que nadie me detenga.

Apenas abro la pesada puerta,  
me deslizó  
entre la hoja y el quicio.

En mi brazo  
una bola de trapos sucios  
abrazo, aferrado a ella.

Salgo al lavadero buscando,  
esperando que todo aquello  
se vaya en el agua turbia.

Clamp, clamp, clamp...

Froto la ropa contra la superficie,  
la friego como la pandemia  
está fregando mi existencia.

Clamp, clamp, clamp...

Trato de quitarle bruscamente  
la suciedad recogida  
andando por la casa, encerrado.

Clamp, clamp, clamp...

Si está limpia, libre de lo que carga,  
en el fondo espero,  
suplico por también estarlo.

Muy dentro de mí  
creo en el engaño  
de mi ropa sucia.

El cielo ha empezado a llorar,  
y la ropa que he exprimido  
vuelve a chorrear.

"Los pantalones tendrán que esperar",  
me digo, y caigo en la trampa  
de lavar más playeras.

Una vez más me escurro por la puerta,  
de ida y de regreso,  
volviendo con más prendas.

Mientras tallo los trapos,  
imagino que también se aburren  
de no salir de casa.

Dejo de deslizarse bruscamente la playera,  
y empiezo a acariciarla,  
a darle el amor que le daba el sol.

Rueda una lágrima  
en mi afán de creer comprender  
lo tanto que extraña mi ropa la calle.

Una luz se enciende a unos metros,  
y casi por inercia  
me asomo al interior de la casa.

Espero que su despertar sólo coincida  
con mi extraña hora de lavar,  
pero sé que es hora de ir a su trabajo.

Vuelvo al lavadero,  
tomo una playera que era una talla más,  
pero ya no lo es.

Lo único que ha crecido en mi encierro  
es la desesperación y mi abdomen,  
la primera más que la segunda, espero.

La lluvia se detuvo, y por fin,  
muy a mi pesar,  
es el turno de los pantalones.

Ese terrible momento donde los harapos  
se hacen pesados en exceso  
y el enjuague, ciertamente, es mucho  
peor.

Mi espalda comienza a cansarse,  
mi corazón, por el momento, está mejor,  
la señal de que es hora de terminar.

Dejo mi pantalón con un poco de jabón,  
lo sumerjo en el tanque,  
y, aunque tiene burbujas, lo tiendo.

Lavo la última prenda rápidamente,  
sin saber si todo se ha ido  
la arrugo y vuelvo a casa.

La lluvia vuelve, rayos,  
justo cuando miro por la ventana  
asegurándome que la ropa sigue ahí.

## Sobreviviente

Cuando acabó la cuarentena por el virus, aprendí que en situaciones difíciles la única manera de sobrevivir es comer de todo, por eso, hoy me gusta la carne humana.

## Incertidumbre

Cuando terminó la cuarentena, empujado por la necesidad de conseguir dinero para sustentar a mi familia, me alisté para ir a trabajar. La empresa decidió enviarme a otra ciudad, con todas las medidas sanitarias pertinentes. Sabía que el virus aún seguía allí afuera. Lo que más me preocupaba no era salir, sino el jamás regresar.

Juan Jesús Martínez Reyes, 31 años, docente.

Fausto Ernesto Padilla Morales, 17 años, Ecuador.  
Estudiante en el Instituto Particular Abdón Calderón.



## Preso

En la pandemia, todos ahora yacemos encerrados en nuestros hogares... Y realizar actividades cotidianas como un simple ejercicio de resistencia parece ser una tertulia digna de un preso. Estamos auténticamente privados de nuestra libertad, aunque sea por nuestra seguridad...

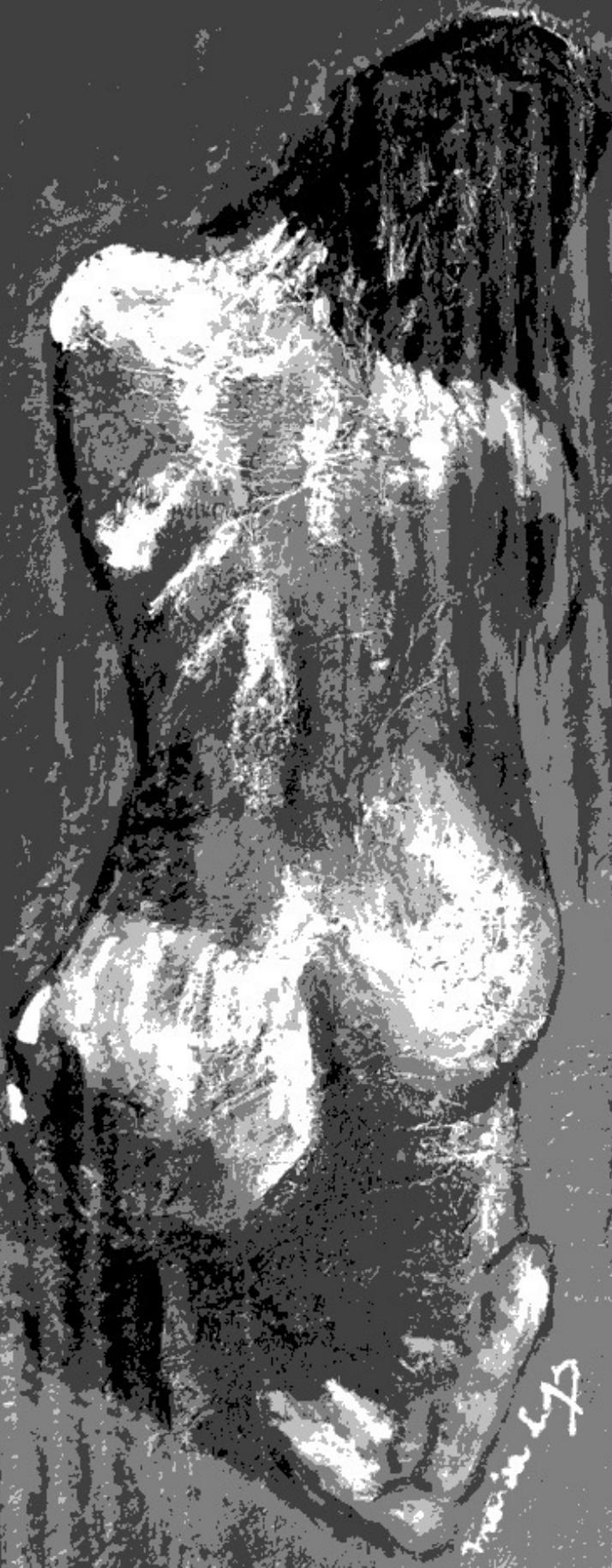
María Susana López, 60 años, Bernal, Buenos Aires,  
Argentina.



## Ellas

Las imágenes pertenecen a una serie llamada "Ellas". La técnica es mixta, collage, tinta, acrílico y digital. En este caso las ilustraciones se presentan en blanco y negro.





47





# Pacientes

Las instituciones de atención médica en México se caracterizan por no respetar los horarios y estar repletos de personas; adultos mayores platicando entre sí, niños corriendo por los pasillos y otros llorando porque quieren volver a su casa. Asimismo, son reconocidos por tener que esperar minutos, horas y hasta meses para ser atendido. A lo anterior, se suma que hace unos meses se decretó una pandemia por el virus Covid-19, lo que ha ocasionado que la vida de la mayor parte de la población, de un vuelco de 180 grados, sobre todo en el sector salud.

A diferencia de otras ocasiones, mi visita a la clínica es distinta, esta vez la gente es poca y el ambiente se percibe ligero y tranquilo. Quizá esa es la única diferencia, puesto que llevo aquí treinta y cinco minutos de espera. Mi cita debió comenzar hace quince minutos, la espera no es eterna, pues la tecnología ayuda a ello. Las citas en línea le permiten al derechohabiente, así llamado por esta institución, darse el lujo de programar su cita en un día y hora convenida, sin embargo, eso no asegura que no tenga que esperar. Mientras mi momento de pasar a consulta llega, observó a mi alrededor. Frente a mí, hay una hilera de sillas con la leyenda "por tu seguridad respetamos la sana distancia" leo, mientras a mi alrededor pasa de todo, menos lo de indica la leyenda. Veo a una asistente sin cubre

bocas, a otras más bebiendo de la misma botella y estando a menos de quince centímetros de distancia, sin importar que durante todo su turno han convivido con un sin fin de otras personas que a su vez conviven con decenas más. Los observó de reojo mientras escribo, pero paso desapercibida porque quizá parezco una joven más escribiendo cientos de mensajes por minuto. Otro clásico.

Dejó esa escena del lado, cuando de pronto, a unos metros una madre ayuda a su hijo a colocarse un cabestrillo, ya que al parecer el pequeño se rompió el brazo. Esa imagen me hizo pensar en la vez que mi hermano, mientras jugaba con sus amigos en las escaleras, se quebró el codo; al ver su brazo al revés de la posición habitual, su pequeña mente recurrió a experiencias previas y creyó que aquella señora quien lo sobaba cuando tenía algún pequeño dolor en la espalda, podría ayudar con el gran dolor que estaba sintiendo en ese momento, Sin embargo, esto iba más allá. Esa caída lo llevó al hospital por un par de días y dio como resultado dos clavos en el codo por algunas semanas y otras tantas acostumbrándose a mantener el brazo en una posición de noventa grados, para luego volver a la normalidad. Normalidad, una palabra que resulta tan común y ahora tan lejana, una normalidad que mi hermano recuperó en dos meses y nosotros ahora, con esta realidad, quién

sabe en cuanto tiempo la alcancemos, o tal vez no.

Finalmente, la voz de la médico del consultorio número cuatro, me sacó de mis pensamientos al decir mi nombre y pedirme que pase.

La peculiar experiencia no culminó con mi ingreso a revisión, sino que ahí continuó, ya que pasó algo extrañísimo, en mis años yendo al médico, nunca una consulta suele durar más de quince minutos y esta vez mi estancia en el consultorio llevó unos cuarenta minutos aproximadamente. Eso nunca había pasado, ni siquiera cuando las revisiones eran con el traumatólogo, quien fue el encargado de vigilar mi evolución luego de una cirugía en la pierna derecha debido a una fractura de tibia y peroné, pero esa es historia para otro día.

Mientras la doctora revisaba mis radiografías y estudios de laboratorio, yo escuchaba que de fondo "We don't talk anymore" de Charlie Puth, extraña coincidencia, ya que lo que hacíamos en consulta mientras esto ocurría, era hablar y hablar. Ella me explicaba los resultados, se aseguró de darle seguimiento a todos los síntomas que tuve recientemente y dictó el tratamiento pertinente. Al final de todo e incluyendo la espera y la consulta, no cabe duda que fue una vista al médico muy particular y quizá estás particularidades no habrían sucedido fuera de la contingencia por la que ahora pasamos. Peculiaridades de la nueva normalidad.

# Recuerdos

Paola Yunuen Flores Castrejón, 20 años, Cuernavaca, Morelos. Estudiante de sexto semestre en la licenciatura de Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en el Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Siete meses. Han sido siete malditos meses de este encierro. ¿Estamos hartos? Estamos hartos. Como se me ha hecho costumbre, paso todo el día en la habitación, ni mi cama arreglo de pasar todo el día en ella. Con mis tres perros y una tristeza del tamaño del mar. He escrito de todo, del jardinero que pasa todos los días saludando a mi papá, de cómo idealizo el amor, de mis sueños, del cielo, de las huellas que deja el Chato en la cocina después de salir al jardín. El jardín, el único lugar libre de la casa. La otra vez ahí me quedé dormida sin darme cuenta. Eran las seis de la tarde y salí a tocar, mejor dicho, rasgar las cuerdas de mi ukulele porque a decir verdad no tengo ni ritmo en los dedos. Todo de repente se puso tranquilo, las nubes se amontonaron y entre ellas salían los pájaros a resguardarse de la noche. Algunos chillidos de los murciélagos que habitan en los tanques de agua y el viento que soplaba susurrándome: "Duerme, mi tulipán" con la voz de mi amá Blanca.

Al despertar, fui en busca de recuerdos. Un baúl lleno de fotografías y cartas de mis abuelos. Mi apá Adolfo escribía todo lo que pasaba y pensaba. En sus últimas cartas escritas se nota que estaba en compañía de la muerte, esa que todos temen. Decía: *Me desahuciaron, me queda un año nomás. Y todo este tiempo vivido, estos largos 67 años me han servido bien. Tuve trabajo honrado, una gran familia, villanos y besé a la muerte*

*a media vida. Comí, bebí y repetí platillo, si me iré pronto, lo haré bien.* Y sí, al año mi abuelo murió. Encontré fotografías de mi abuela cuando era joven. Blanca, ojos chiquitos y de color caguama, chinita y chaparrita. Mi abuelo era moreno con un marco desnutrido pero la fuerza nunca le faltó.

De ambos aún recuerdo su olor, tengo memorias de su piel arrugada que me daba tanta curiosidad y las mañanas que pasábamos juntos levantando nanches del árbol que se encontraba en el corredor de la casa. Un nudo en la garganta me hizo llorar. Fue una catarsis que llevaba guardada durante estos siete meses. Me carcomía la depresión y la ansiedad, pero después de aquella lloradita, regresé más tranquila a la "normalidad".

Los humanos vivimos de recuerdos y algunos los escribimos porque nos gusta hacer sentir a quien nos lee o simplemente es ingenuo, lo hacemos sin ese propósito. Este año está de la mierda, todos estamos de acuerdo con eso. Nos encerraron sin previo aviso, sin preparación física y mental. Siete meses de estar encerrada con mi depresión, ansiedad y un chingo de letras que sin saber de dónde salen doy por escribir. Los recuerdos es lo único que me calma, sobrevivo con ellos y está bien, por ahora. Pero ¿Qué pasará cuando éstos se terminen?

## Sin novedad en el frente

La posibilidad de escribir una crónica del encierro desde el encierro, desde la intimidación forzada, no deseada, sumada a la incertidumbre del "¿hasta cuándo?", hace de "la crónica" una suerte de acronía tardomedieval que, con el paso del tiempo se convertirá en un relato ucrónico, devorador del espacio mínimo, carcelario, doméstico, asfixiante. La vida se tornó un intento por inscribirse en una rutina salvífica, redentora, necesaria como las máscaras ottodixianas para no ser presas de los gases pestíferos del afuera ni de los efluvios humorales del adentro, todos ellos producidos desde el estado coloidal-plasmático de la peste capitalista en su versión "virus", *mutatis mutandis*.

Leer, sí, se convirtió más que nunca en "La" opción para sobrellevar no el tiempo, sino el espacio; no las horas, sino el "yo-aquí", "ustedes-allá". Pero, esto ya pasaba sin pasar. Escribir al fin encontró un espacio en el entre amanecer y el anochecer, que antes no existía. ¿Hacer memoria? ¿Escribir para no dejar pasar? ¿Quedarse para no pasar a

insuflar la estadística, para no hacerse cifra, para no integrarse a la gráfica ni formar parte de mórbida tendencia alguna? La eternidad vivida en un suspiro varias veces al día, varios días todos los días. Brotes y rebrotes, lo más esperado, sinónimo de certidumbre en barras, anillos y líneas que suben y bajan sobre una superficie llamada "tiempo". Guerra de cifras entre regiones y continentes: la guerra desarrollada en imágenes tipo "casos", narrativizada necropolíticamente por la organización geonecrofílica del planeta.

Luego de los libros, los *passwords* numéricos de la matemática discreta, las clases en Zoom, los ID's y claves de acceso, las pantallas negras con voces provenientes de ultratumba e imágenes representativas de personas, cuyo nombre carece de importancia. Imágenes y voces que orwellianamente podían eliminarse o prescindir de ellas en cualquier momento, propias de la vida virtual y la muerte asistida, del aislamiento en el aislamiento. Mundo de claves y chats, de comunicación pobre, sin cuerpo, plagada de distractores. En el *Interregno*, las series Netflix con sus temporadas, episodios y capítulos maratónicos, de Ambulante y Filminlatino, atravesando abril, julio, septiembre, el año entero. Encapsulados en el tiempo sin espacio, nos buscamos como Proust en el pasado, en la memoria que ya no existe por el peso que el presente ha subvertido en ella, abocados a la tiranía de las corrientes trasatlánticas del tiempo siempre el mismo, secuestrada su duración y la permanencia. ¿Quién nos ha raptado el tiempo? ¿Quién nos lo devolverá? ¿Qué haremos sin él?

Hijos de Caín, al fin y al cabo. Secuestrados por Circe entre la grisácea

arquitectura de los tiempos presentes. ¿Volveremos acaso la vista hacia atrás luego de luego, solo para convertirnos en estatuas? ¿Cuándo saciará su hambre este vendaval pestífero y regenerador el teatro de la vida y la organicidad múltiple del mundo? Mientras, la vida se apretuja intentando salvarse del naufragio inminente en la banda de Möbius, mientras la espada ciega y afilada de Heliogábalo, se abre paso entre la multitud al son de la Danza Macabra de Saint-Saëns.

Sentir temor. ¿Temor de qué, temblor de qué? Hoy más que nunca lo vital, se resiste a volverse cifra. Una cifra que se resiste a cifrarse. Alguien con alimento, vestido y techo, incapacitado para perseguir a la virtud. ¿Una libertad agradecida? ¿Una seguridad envidiable, digna de conservarse? ¿Qué esperar para el futuro? ¿Qué filosofía y para qué? ¿Hasta cuándo? ¿Es el Covid-19 moderno o posmoderno? ¿Antropoceno, capitaloceno o el primero incluido en el segundo? ¿Se resiste o se supera la pandemia enfrentándola? ¿A qué es a lo que nos enfrentaríamos si decimos que decidimos enfrentarnos al virus, en todo el conjunto de...llamémosle: "Pandemia"?

¿Cómo contagiarnos a la distancia, si nos falta la vida y nos falta la muerte? ¿Qué importa si es Polonia o la Dalmacia, o si se trata de Valdivia o El Fuerte?

La hoz de la Revolución no la lleva más el campesino, dejó de ser del tiempo el Sino, marcando el ritmo de la marcha, que se amontona sin ser vista ni oída.

Nunca solo el pan ha sido suficiente, el fuego ya no aviva ni regenera, edifica con cenizas sobre cenizas el futuro.

La luz, trajo seres entre la más negra oscuridad, que ojos antes nunca vieron, de impecable blancura y excelso saber.

## Sin pausas en el gesto

Con cada encierro yo abrí puertas.  
Allí donde el recuerdo se escondió  
yo encontré rumores llenos de roperos,  
/ juegos y navidades.

Han pasado ya varios meses  
Las olas van y vienen, pero nunca  
/ es la misma  
yo no entiendo.  
La muerte insiste, pero en el gesto la  
/ detengo

le cierro la puerta.

Nos alcanzamos a señas  
en la aliteración de afectos  
a la distancia  
desde la ventana, la pared en el encierro  
desde lo ulterior lo miro  
los oigo  
los tanteo  
entonces escribo y pienso que tú  
/ también me escribes.

Llevo meses en los adioses  
hombro con hombro  
hacemos como que no pasa  
solo en el adentro escapamos

entonces invento palabras para que  
/ puedan salir y contar.

Intento olvidar todo para encontrar  
/ una danza  
Para existir en el espacio  
más lejos donde el árbol hace su sombra.

A veces sueño que salto esa noche.  
Que salgo mil veces y les digo a los  
/ demás que la gente revienta  
la respiración se acorta, el pulmón como  
/ árbol se seca  
y en ese ir y venir el aliento como espiral  
/ retiene la vida.

Números van y vienen  
enuncian las sendas por donde van  
/ todos los muertos bailando  
cierro los ojos para no mirar  
pero por adentro dilato el tiempo  
respiro profundo para no perder la  
/ sobriedad.

La fuerza no es muscular  
Dejo atrás los sentimentalismos  
y desaparezco  
así nadie me va a encontrar.

Escondida, debajo de la sábana  
enuncio todos los desiertos  
todos los nombres  
y evoco la vida  
inventó palabritas.

¿escuchas?  
En el desierto también se escucha lo otro  
a veces a tientas despacito, pero se  
/ escucha.

Los moribundos gritan.

Como bitácora del encierro  
A veces siento llena la casa,  
ayer murió el abuelo, la vecina, la

/ desconocida, ella

desparecieron.

Murmuré sus nombres  
disimulé plegarias debajo de las piedras  
me quite el cuerito de los dedos  
¡algo tenía que sentir!

Tantos meses que sonrió  
y veo la pasarela de los números  
de los colores  
allende de la muerte.

Espero un día te decidas y me llames  
Me enteré en sueños de tus recuerdos  
yo también te extraño.

Son tantos los meses que a veces  
/ olvido mi nombre  
aquí no hay pausas  
ayer cumplí quince, veinte y ochenta  
mi danza es distinta  
Llámame.

# Soledad

Aún hablo de mi soledad porque ella  
/ nunca me ha abandonado.  
Es mi compañera más fiel.  
Construyó su casa en el silencio de  
/ mis pasos.  
En mi zapato roto al regresar a casa  
/ y no encontrar comida.  
En mi respiración lenta al dormir  
/ temprano.  
En el único espejo donde me veía de  
/ reojo una vez al día  
/ para saber que tenía forma.  
En la mirada de las aves de todos los  
/ días.  
En el asiento de al lado  
en el espacio entre el lápiz y la hoja  
es así, mi sombra  
la que siempre tiene hambre  
/ porque siempre hay un vacío  
la que no se va, aunque ahora tenga  
/ amigos.  
Se acomoda en nuestro horario  
en la ruta de camino a la escuela  
y se queda  
toda la mañana, toda la tarde y  
/ toda la noche.

Me acompaña en mis pesadillas  
está en todas mis canciones  
es la música del silencio  
de los años que he vivido y de los que  
/ he deseado morir.  
Me ha visto en mis peores momentos  
/ y se siente sola cuando  
/ le sonrío a la vida.  
Es la manta que me protege del frío y la  
/ que me da calor.  
Ahora casi puedo tocarla  
está en las teclas fantasma del celular  
en la pantalla oscura cuando se  
/ termina una vídeollamada  
/ y la voz al otro lado se  
/ ha extinguido lentamente  
pero aún resuena en tu mente la  
/ conversación.  
Está también en mis momentos de  
/ felicidad  
porque aparece justo después,  
/ no me deja olvidarla  
a veces la miro a los ojos y le digo  
/ que todo va estar bien  
es algo tan cotidiano  
cómo podría vivir sin ella.

Fernando Antolín Morales, 36 años, Nitra, Eslovaquia.  
Profesor de Educación Secundaria, licenciado en Lengua y  
Literatura Españolas.

# Hilos

Bendigo cada mega de la fibra óptica  
cada metro de cable entre tú y nosotros  
cada científico que puso en jaque la  
/ ortodoxia

con bravura  
para que tus ojitos (apagados y algo  
/ marchitos) se asomen a  
/ la webcam.

No sé si es la falta de sol  
de oxígeno  
o del correr libre de tus piernas  
pero la alegría se te pixela demasiado  
y el maquillaje  
ya no cancela tus ojeras.  
Ya no aspiro al tacto de tus manos.  
Ya no espero el aroma de tu pelo  
con su champú de kiwi con toques de  
/ canela.

Solo deseo que en la sesión de mañana  
a las ocho de la tarde  
tu sonrisa resulte un poquito menos  
/ forzada

más auténtica  
y que tengas algo que contarme  
que no implique hablar  
(otra vez)  
de mascarillas, levadura y vacunas  
/ que nunca llegan.

## 2020. El encierro

Eran, aproximadamente, la seis de la tarde en la terminal, mientras esperaba transporte en la salida exterior, a esta hora, las sombras de los objetos están muy inclinadas al sentido contrario del sol, un poco de calor se siente en el aire, termina otro día de trabajo. Desde aquí puedo ver la parada de autobús que está a varios metros de mí, la cantidad de personas esperando su transporte parece no ser diferente a la de días anteriores, las jornadas laborales de la estación terminan a esta hora en su mayoría, o al menos, las jornadas burocráticas, como lo es en mí caso. Sobre los últimos rayos de sol moribundo escalan unas nubes oscuras, aún distantes, hacen un juego de sombras naranjas y negras, de un momento a otro, se siente cómo llega una brisa de viento ligera, que al pasar de los minutos, parecía tomar cada vez más fuerza, haciendo refrescar el ambiente y disipando todo rastro de calor; tomo un respiro profundo mientras contemplo las nubes que ya han conquistado la mayoría del cielo tornándolo en un azul-gris melancólico, se aproximan de manera rápida, la probabilidad de lluvia para el anochecer parece ser inminente, de las bocinas y altavoces instalados en toda la estación se anuncian los horarios de salida de los próximos viajes por salir, que apenas y se logran escuchar como ecos entendibles hasta las puertas de la entrada que es donde me encuentro. Una ligera lluvia empieza a caer al mismo tiempo con los intervalos de viento, que han tomado un poco más de fuerza, algunas personas retroceden de vuelta para cubrirse de la pequeña lluvia en la estrecha entrada de la estación, aunque es apenas una pequeña brisa, parece que la mayoría de las personas no quieren mojarse, mientras yo me quedo en la misma banqueta sin alteración alguna, pocas cosas brindan tanto alivio como las pequeñas gotas de lluvia, es una buena opción para refrescarse, resguardo con naturalidad mi identificación del trabajo en mi pantalón para evitar que se moje o se pierda. Uno de los camiones colectivos llega a la parada, se estaciona para abordar a los pasajeros que más pueda, es uno de los horarios de mayor afluencia y los transportes se saturan de manera muy rápida, entre las personas que llegan a la estación para salir de viaje y las personas que salen del trabajo a esta hora, muchas personas tienen que ir de pie dentro de los camiones, algunas llevan ocupadas las manos con cosas de trabajo u objetos personales, y se necesita un ejercicio de malabares para no caerse en el trayecto, los colectivos y el metro están en la misma situación en este horario,

observo todo desde la misma banqueta donde he esperado durante diez minutos, algunas personas se quedaron a esperar el siguiente camión, pues no consiguieron lugar, se llenó demasiado rápido, las luces de la estación comienzan a encenderse, el sol está por ocultarse, miro la hora en un reloj electrónico sobre una de las puertas principales de la estación, algunas personas aún se resguardan dentro de la puerta desplegable, observan desde dentro a través de los cristales, aunque las pocas gotas de lluvia pasaron rápido, puede sentirse cierto aire que hace que el ambiente se enfríe. Siento una ligera vibración de mi teléfono en el pantalón, enseguida me pregunto de quién podría tratarse, a mi mente sólo vienen un par de personas, pienso en la posibilidad de un cambio de planes, imagino, por un momento, que ya no podrán pasar a recogerme como lo acordado, abro la pantalla de bloqueo del teléfono, pero la vuelvo a bloquear en seguida, es un mensaje de emisión general, algo sin importancia, propaganda de un tema ya gastado, que ni siquiera abrí el mensaje, el título decía algo como: MEDIDAS DE PREVENCIÓN, parece que una secretaria de gobierno lo envía, les gusta alarmarse por cosas simples que no requieren mayor atención, se entregan al miedo sin necesidad alguna.

Eran las seis con veinte minutos cuando logro ver el coche gris de mi amigo Andrés entre la fila de autos que avanzan hacia la parada de la estación donde me encuentro, aunque avanza con cierta dificultad, y, aunque su retraso no es normal, pues casi siempre llega a tiempo, es la primera vez que llega tarde desde que comenzó a pasar por mí al trabajo, desde hace casi tres meses, ya que, su oficina queda de paso a la estación donde trabajo, y, como buenos compañeros, pasa por mí de manera regular, a menos que un inconveniente se presente. El tránsito se ve más inquieto el día de hoy, puede que la causa sea el clima húmedo que se presenta esta noche, aún con las aparentes dificultades, parecía todo en orden, al menos al principio. Cuando el coche logra acercarse lo suficiente, me aproximo para entrar al auto y retomamos la rutina natural de todos los días, un saludo simple, «hay más personas de lo normal hoy», dice él, emulando cierta mirada de aprobación mientras entro al carro y cierro la puerta, al mismo tiempo, volteo por la ventana para observar la parada de la estación llena de gente, «supongo que es por el clima», le respondí, aunque fue entonces cuando comencé a sospechar que algo no estaba en su lugar, pues el número de personas no era normal ahora, porque el tránsito había crecido rápido al punto que nos costaba avanzar en la gran fila de carros que intentaban pasar a la par de nosotros, como si de un momento a otro el número de personas se hubiera duplicado, y aunque parecía algo extraño, ya no tenía mucha importancia, ya estábamos atorados en aquel embottellamiento con el estridente ruido de los otros y sus constantes sonidos de claxon.

Sacudí un poco mi cabello para quitarme la poca agua de lluvia que había conservado, en la radio del carro sonaba en una de esas estaciones que tocan clásicos de los noventas y canciones parecidas de principios del dos mil, me pareció acorde para hacer más llevadero el largo tiempo que nos tomaría salir de allí, bajé el vidrio de la ventana para disfrutar del clima fresco que hacía, pero el escándalo de afuera dificultaba la tranquilidad e intenté volver a subir el vidrio de la ventana, con cierta molestia por el ruido, y concluí que sería mejor refrescarme con el aire acondicionado, pero Andrés, al ver que comencé a mover los controles del tablero, detuvo mis

intentos diciéndome que el aire acondicionado no sirve desde hace unos días y que tendremos que dejar las ventanas abajo si queremos estar frescos. No creo que este coche tenga más de diez años, aunque para su corta edad está descuidado, aunque claramente es algo que no le mencionaría a mi amigo, pues no quiero que se ofenda, y, después de todo, es un favor el que me está haciendo al llevarme; así que, después de varios minutos de paciencia y varias maniobras improvisadas entre los autos, encontramos un hueco que nos permite entrar a un flujo de autos que van más rápido, y por ese mismo camino tuvimos la suerte de encontrar una salida en pocos minutos, el aumento de velocidad hacía entrar el aire con más fuerza por la ventana del carro, se percibe cierto alivio en el ánimo de ambos, resulta un tanto frustrante estar atrapado después de una larga jornada de trabajo, ahora todo se siente más ligero, pronto estaré descansando la espalda, me siento cada vez más cansado desde que trabajo en la estación, y aunque mi edad no es mucha, creo que no he vivido bien, he sido algo descuidado, al igual que este coche, ¿cómo se puede vivir bien cuando las jornadas te desgastan a tal punto de cansancio?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando, de un momento a otro, la música en el radio dejó de sonar y empezó a escucharse sólo algo muy parecido a interferencia, ajusté en seguida el problema y sintonicé otra estación, pero en ella sólo se escuchaba un reporte de noticias, sin pensarlo mucho, volví a cambiar la estación, pero se escuchaba el mismo reporte de noticias con la misma voz femenina, «déjalo», dijo Andrés con un tono de curiosidad, «parece ser una transmisión general». Volví a sintonizar la radio en la estación más cercana, y comenzamos a escuchar un reporte sobre un tema ya conocido, el peligro de una enfermedad muy agresiva que está afectando a muchas personas, y parece ser de rápido contagio, el llamado era más serio en esta ocasión, convocaba a las personas a permanecer a distancia de las demás y, de ser necesario, aislarse por completo y no salir en un tiempo.

«Hablaron de eso en el trabajo, —dijo Andrés mientras seguía manejando—, parece que las cosas están empeorando, también dijeron que era posible que nos mandaran a descansar por un rato, —continuó— y la verdad me hace falta, aunque nunca dijeron que pasaría con nuestro pago, la mayoría de los que trabajamos allí tenemos contratos parciales, y esas cosas no te ayudan con problemas de dinero ni de salud, no entiendo bien cómo funciona, pero ya sabes cómo es esto, ellos siempre quieren salir ganando, el caso es que uno siempre debe chingarse».

La expresión en su cara mientras él hablaba era despreocupada, como si, de algún modo, todo estuviera bajo control, pero el tono de su voz sonaba distinto, como con cierta incertidumbre, «supongo —respondí,— que intentan evitar que el problema se haga más grande, la verdad no me imagino que algo así llegue a pasar aquí, y ya sabes cómo son los noticieros, siempre exagerando todo», le dije con tono ligero, evitando cualquier tensión; de un momento a otro, mientras hablábamos, Andrés volvió bajar la velocidad del carro para formarse una vez más en otra calle llena de coches, parece que hay demasiadas personas afuera de su casa el día de hoy en la zona centro, se puede ver que algunos llevan cargando varios artículos de supermercado, «parece que el pánico llegó a la ciudad», comenté de manera irónica, él expresó una sonrisa silenciosa, volví a subir el volumen de la radio que seguía transmitiendo el reporte de la situación:

—“...De seguir con esta situación, será necesario implementar nuevas medidas a la estrategia de sanidad, las autoridades han recomendado intensificar las precauciones de infección reforzando el aislamiento, de esta manera, las personas evitarán el contacto con posibles infectados, por lo cual el gobierno ha decidido cancelar eventos de gran convocatoria, así como actividades que requieren de gran afluencia, las escuelas suspenderán actividades hasta nuevo aviso, las autoridades han anunciado que el ciclo escolar será retomado con nuevas medidas en clases virtuales para evitar perder el semestre. Estas medidas fueron rápidamente ajustadas debido a un brote importante de infectados en los últimos días, varios trabajos serán suspendidos, de igual forma, para así evitar que el número de contagiados se multiplice...”

«Te lo dije, —interrumpió Andrés algo alterado— estos malditos nos mandarán a la calle, nunca han tenido interés más que por su pinche dinero». Su expresión era muy semejante a la frustración, similar a un enojo constante, como cuando alguien ha intentado una misma cosa por mucho tiempo y, aún así, no lograr nada. Evité responder, sabía que el silencio ayudaría más en este momento de desahogo que cualquiera de las opiniones que pudiera decirle, conozco su perseverancia, sé que su frustración es porque si el plan llega a cambiar, él será el único que deba sacrificarse para poder mejorar su situación, aunque igual entiendo su enojo, parece una estupidez que después de trabajar por tanto tiempo en industrias medianamente “importantes” te dejen a tu suerte sin más, como si les molestara tener que ver con todo lo que no los enriquece, a demás de que ninguno de los dos tenía mucha confianza en las decisiones del gobierno, pues nunca llegan a ser favorables para las personas como nosotros que tienen salarios apenas suficientes para pagar un alquiler, de alguna manera, reducíamos nuestras posibilidades en dos opciones, con todo este problema, o nos corrían del trabajo o nos harían trabajar bajo cualquier circunstancia. Algunos minutos de silencio se hicieron presentes entre nosotros, y después de estar atorados por otro rato en la gran fila de carros volvimos a improvisar una salida rápida en uno de los semáforos, y tomamos un camino más rápido.

Al poco tiempo de salir del tráfico del centro sentí mi teléfono vibrar otra vez, lo saqué de mi bolsa y apenas lo asomé de mi pantalón cuando la luz de su pantalla lastimó un poco mi vista en medio de la oscuridad, MEDIDAS DE PREVENCIÓN, decía el encabezado, abrí el mensaje, parecía un largo discurso de sanidad acompañado de culpa moral, reiterando que toda persona debe evitar salir, de lo contrario, está siendo irresponsable ayudando a prolongar la infección, deslicé rápido hacia abajo del mensaje, ya que me parecía aburrido leer lo que ya sabía, estaba a punto de abandonar y cerrarlo cuando noté que en la parte final venía escrito algo nuevo:

“...de presentar alguno de los síntomas citados a continuación, comuníquese con el personal de emergencia, o siga los protocolos especificados en este mensaje. De presentar síntomas tales como: malestar general en el cuerpo, fiebre, o temperatura alta, tos severa, sed severa o síntomas de deshidratación, sangrado vocal o de nariz, asegúrese de contactar al personal de salud para que vayan a atenderlo, o, siendo el caso, acuda a su hospital más cercano. Recuerde que es importante la prevención, así como las medidas de seguridad para evitar contagios de *bureau-cap-20* ya que el virus puede transmitirse de manera rápida...”

Cerré el mensaje, pues no tenía sentido leer todo ese sermón completo, de un momento a otro, volví a sentir la frescura del aire que entraba, otra vez, por la ventana, parece que recuperamos algo de la velocidad que habíamos perdido antes, volví a subir el volumen a la música de la radio, el mensaje que sonaba anteriormente ya había terminado desde hace ya un buen rato, intenté despejar mi mente con las luces de las lámparas en las calles, aún hace un poco de viento y el cielo nocturno está nublado, estaba por guardar mi teléfono cuando al poco tiempo llegó un correo de mi trabajo, el título del asunto sólo tenía escrito: "PROTOCOLO DE SANIDAD", el cual tuve que ignorar porque, enseguida, el coche comenzó a hacer ruidos extraños en el motor y comenzamos a perder velocidad, un olor a humo se comenzó a percibir de la parte frontal. «Definitivamente no es mi día», —dijo de manera irónica—, mientras nos orillamos a al lado de la calle, es casi una suerte que sea una avenida lo suficientemente grande para bajar a revisar qué pasó, cuando abrimos el cofre, una nube de humo y vapor salió haciéndonos retroceder unos pasos, nos quedamos mirando por un rato el frente del carro en silencio, algo incómodos, pues ninguno tenía conocimientos para intentar resolver lo sucedido, «esto está muy jodido», —expresé yo con una gran resignación—. Nos sentamos otro rato en una banqueta próxima sin muchas ideas de cómo solucionar el problema, un sonido similar a una fuga de aire y agua se escuchaba provenir de la máquina, intentamos llamar por teléfono a algún mecánico que pudiera ayudar, pero ninguno contestó, eran alrededor de las ocho treinta, no parecía ser muy tarde para conseguir un mecánico, sugerí llamar a la agencia del seguro del carro, pero mi amigo contestó que no tenía seguro, después de un rato, terminamos por llamar a una agencia de grúas con servicio mecánico, que parecía seguir trabajando con normalidad, el ambiente de resignación había inhibido las preocupaciones financieras, el costo de los reparos parecían ya no importar, no porque nos sobrara el dinero, sino porque uno sólo tiene un límite para soportar tanta mierda en un día. Esperamos cierto tiempo a que la grúa llegara donde estábamos y se llevara el coche, después de un intercambio rápido de palabras y un par de trámites ágiles todo parecía haberse solucionado, vimos a la distancia cómo la grúa subía el vehículo y se lo llevaba. Después comenzamos a avanzar caminando a una parada de autobús cercana, un silencio se volvió a presentar al inicio de nuestra caminata, se sentía como un silencio ligero, pero con algo de incertidumbre y un poco de estrés, se podía percibir el movimiento algo acelerado de las cosas, de la gente, algo enrarecido en el ambiente, la agitación de las personas que nos encontrábamos a nuestro paso en la calle que, con naturalidad, intentaban seguir con su vida cotidiana, aunque por la expresión que se reflejaba en sus ojos era evidente la preocupación, y resultaba difícil no fijarse en sus ojos ya que muchas personas estaban usando cubre bocas, las cosas parecían ponerse cada vez más serias. Caminamos un par de cuadras más sin decir nada, el clima de esta noche es particularmente fresco para una caminata, Andrés intenta conseguir transporte particular para llegar a su casa desde las aplicaciones de su teléfono, los servicios particulares de transporte están más lentos de lo normal, pero aún funcionan, pero parece ser que los precios del servicio han subido de manera ridícula, los precios han subido por viaje casi el doble en algunos casos, él se lleva las manos a la cara como

gesto de enojo o frustración sacando el sonido de, algo así como, un grito ahogado.

Después de recorrer varias calles llegamos a la parada de camión y nos detuvimos un momento para descansar, luego de varios intentos por conseguir transporte particular, y darnos cuenta de que las tarifas no regularían sus precios, decidimos usar el transporte público, ya que estábamos en la parada, aunque una parte de mi dudaba, pues no parecía ser la mejor opción debido a la situación que se estaba pasando, pero parecía ser la más rápida para llegar pronto a nuestras casas, como sea, no dije nada al respecto y guardé silencio, había algunas personas esperando el transporte al igual que nosotros, la luz de las lámparas alumbraban la silueta de otras dos personas que estaban sentadas al extremo de donde estábamos sentados, y había otras dos personas más de pie; un primer camión llegó y sólo subieron dos personas, mi compañero parecía más serio de lo normal, ya había guardado su teléfono al no tener éxito en su búsqueda de transporte, parecía algo pensativo, mirando hacia cualquier parte, pero sin mirar algo fijamente, «Supongo que no podré pasar por ti mañana después del trabajo» —dijo él al darse cuenta que lo observaba—.

«Hay cosas más importantes de que preocuparse ahora, —le respondí— sólo espero y no tarden mucho en devolverte el carro, yo estaré bien», le dije.

La breve conversación me hizo darme cuenta de la preocupación discreta que teníamos los dos, le mencioné que, como gesto de agradecimiento, le ayudaría a pagar los gastos por la compostura del carro, a lo que respondió con tono simple que no era necesario, ya que ese carro llevaba algún tiempo fallando y que era cuestión de tiempo a que esto pasara, llegó a mencionar que, hasta cierto punto, era casi su culpa por haber dejado pasar tanto tiempo sin atenderlo, su ánimo parecía volver de pronto, como si el incidente fuera algo diminuto a lo que apenas había que prestar atención.

Después de otro rato de conversando llegó otro camión lleno de gente, éste va en dirección a mi casa, las últimas dos personas aparte de nosotros en la parada lo abordan, el número de personas abordo es demasiado que ya muchos van a pie en el camión, un singular sentimiento de ansiedad me recorre súbitamente, por unos instantes todo está en pausa, por un momento el hecho de pensar en subir al camión me congela, dudo el suficiente tiempo para que el conductor cierre las puertas, aún puedo ver a las personas adentro a través de los cristales de las ventanas del camión, cierta paranoia repentina provoca en mí juicios inmediatos de desaprobación, ahora la gente en los camiones me parecen focos de infección, un miedo interno me hace pensar en escenarios imaginarios que pasan como imágenes en mi cabeza, la figura de los asientos de dentro, los tubos colgantes que están saturados de manos, los rostros de todos aquellos que están abordo, sus ojos desahuciados, de mi cuerpo congelado e inerte se libera una ligera hiperventilación de mis pulmones, puedo sentir cómo el aire frío entra y sale con velocidad desde mi boca acompañado de un sentimiento de miedo, ahora sé, que no debo exponerme de esa manera a un riesgo mayor.

«Creí que ese te dejaba cerca de tu casa» —comentó Andrés—, «Tomaré el siguiente, —respondí enseguida— ese camión ya iba muy lleno», afirmé. No pasó mucho tiempo a que pasara otro camión que llevara a su casa a mi amigo, después de

todo, él vive más lejos que yo y se me hizo un buen gesto esperar a que él se fuera primero, su día ha sido más pesado que el mío. Nos despedimos con un gesto de mano a la distancia, le dije por último que si necesitaba cualquier cosa no dudara en llamarme, a lo que él simplemente asintió, el camión al que subió él estaba igual de lleno que el anterior, sentí, por un pequeño momento, aquel escalofrío en mi espalda y cuerpo otra vez, aunque en esta ocasión logré controlarme más rápido.

La estación de autobús donde me encontraba no estaba muy lejos de donde vivo, eran varias cuadras, pero no las suficientes como para tomar necesariamente un transporte, así que decidí caminar hasta el departamento, no es tan tarde y el clima de la noche es fresco, caminé por más de treinta minutos para llegar a la puerta del edificio donde vivo, las piernas se sienten algo pesadas, abro la puerta principal para subir las escaleras hasta el tercer piso, el sentimiento de alivio que sentí al abrir la puerta interior y entrar en el departamento hacía mucho que no lo experimentaba, lo primero que hice fue dirigirme a descansar en uno de los sillones de la sala que, aunque no es muy amplia, es muy cómoda, puedo sentir la liberación de todo el cansancio acumulado, mis parpados se sienten un poco pesados, mi espalda reposa con respiros pausados y ligeros que reconfortan un cómodo alivio, es una tranquilidad profunda en medio de un cuarto oscuro, cerca estaba de quedarme dormido cuando un malestar por hambre hizo que abriera los ojos, no había comido nada desde hace varias horas, me levanté y dirigí hacia la cocina, a mi paso encendí todas las luces que me encontraba, incluyendo la de la sala donde estaba antes, prendí la televisión y lo dejé en volumen bajo para evitar el incómodo silencio de soledad, cambié varios canales rápidamente sin prestar mucha atención en cuál debía dejarlo, pues casi la mayoría estaban haciendo transmisiones similares sobre la enfermedad, después de eso volví a la cocina, cené algo ligero, no tenía intención de quedarme despierto mucho tiempo, si decidí comer algo, era para no sentir el malestar del hambre, pues resultaba molesto y no es saludable estar con el estómago vacío, así que preparé algo rápido y lo llevé conmigo, me senté en la misma sala que da a la entrada, pero esta vez en un escritorio, que es donde termino la carga de trabajo cuando es mucha y no logro terminarla en las oficinas de la terminal, me recosté en la silla y dejé mi plato de comida en el escritorio, encendí la laptop, el sonido de la televisión seguía en el fondo, sin poner mucha atención a lo que decía, aunque el mensaje era claro, la situación es grave, seguí comiendo mi cena sin prisa alguna sentado en el mismo respaldo, al poco tiempo comencé a revisar mi correo electrónico, había varios mensajes que no se ven con regularidad, similares a los mensajes que antes me llegaban al teléfono móvil, corporaciones que parecen ser socias de la empresa donde trabajo, que exhortaban a la responsabilidad sanitaria, no entiendo mucho de esas sociedades, lucen muy grandes por fuera pero apenas pueden ofrecerte un sueldo miserable, seguí revisando e ignoré algunos de esos correos que, al fin y al cabo, decían todos casi lo mismo, y entonces lo encontré: "PROTOCOLO DE SANIDAD" el título del correo que me habían enviado las oficinas de mi trabajo y que no pude abrir antes por el incidente del carro. Abrí el correo y, como todos los otros mensajes anteriores tenían una larga introducción, palabras como "emergencia sanitaria" y "medidas de prevención" estaban en todos ellos y este no era la excepción, pero

con todo, leí palabra por palabra atentamente cada renglón del correo, ya que quería entender con seguridad cuales serían los cambios, no puedo negar que había cierta ansiedad en mí, algo de nerviosismo, recordé, en más de una ocasión, las palabras que dijo Andrés sobre que algunos trabajos serían suspendidos, y, si eso llegara a pasar, me pondría en una muy mala e incómoda situación, ya que no tengo ahorros, apenas y he podido solventar gastos sobre la renta y los servicios del departamento, tampoco tengo seguro de salud particular, sólo dependo del seguro que mi trabajo cubre por pertenecer a la empresa como empleado, si deciden despedirme no tendría opciones que me ayudaran en lo más mínimo. Ahora parece casi una suerte que sea un hombre soltero, pues si hubiera personas que dependieran de mí, sería una situación de verdad difícil.

Mis miedos se disiparon cuando terminé de leer el correo, ya que más allá de la evidente situación de riesgo, no habrá despidos ni bajas importantes por el momento en la empresa y se nos explica que, aunque las labores seguirán, debemos tomar medidas sanitarias exigentes, el correo especificaba el nuevo protocolo para poder presentarse al trabajo, con artículos de prevención y aislamiento, artículos como cubre bocas y desinfectante encabezaban en la lista, así como medidas de limpieza constante, y revisiones regulares del personal de trabajo. Una parte de mi reconoce que, básicamente, es una clara muestra de desinterés y total falta de empatía por parte de la corporación seguir trabajando bajo estas condiciones, pero, por otra parte, parece un peor escenario dejar de trabajar, ya que no tendría cómo pagar ni por mi propia supervivencia. Dejé de pensar rápido en todo esto y me alisté para dormir, ya había sido un largo día y parecía que, aún con todas las dificultades, se debe intentar seguir, ya que, después de todo, no hay muchas alternativas, sólo queda esperar que un mejor escenario aparezca, pues poco o nada se le puede debatir al encierro económico del que uno depende para poder vivir.

## II

Desperté algo tarde al día siguiente, la persiana de mi ventana estaba desplegada casi por completo y la poca luz que entraba a mi cuarto, aunque era tenue, lastimaba mi vista, después de un poco de esfuerzo desperté y me senté, por un momento, en el costado de la cama, tallé mis manos sobre mi cara por unos segundos, mi vista ya se estaba recuperando, cuando revisé la hora, en el reloj de la mesa de enfrente, me percaté de que era mucho más tarde de lo que tenía planeado levantarme, no recuerdo haber escuchado la alarma despertador, pensé, por un instante, en no salir y faltar al trabajo, no tenía muchas ganas de ir, al igual que otros días, ya llevo tiempo con ese mismo sentimiento de rechazo cada mañana, ya hace un tiempo que no tengo ganas de ir. A pesar de haber despertado tarde me siento cansado, mis pies se sienten algo pesados, supongo que es por la caminata de ayer, y así, casi sin ganas, me alisto para ir al trabajo, no lo tomé con mucha prisa, después de todo ya voy tarde, y, tomando en cuenta lo irregular de la situación actual, podía inventar alguna excusa para evitar ser sancionado. Al salir del departamento hago la misma caminata rutinaria hacia una avenida cercana donde tomo el colectivo que me lleva al metro

subterráneo, y es cuando logro notar que hay un cambio evidente en el número de vehículos en la avenida esta mañana, se ven mucho menos de lo normal, sólo espero y el transporte siga funcionando con regularidad, pues no todos somos ricos o privilegiados de quedarnos a trabajar desde casa como muchas otras corporaciones han implementado a sus trabajadores.

No tardé mucho esperando cuando un camión llegó a la parada donde me encontraba y, sin anticiparlo, se hizo presente el mismo sentimiento frío y paralizante de ayer, el exceso de personas abordo hace que se manifieste en mí un rechazo nauseabundo, una negación constante, me hace cambiar mi vista hacia otra parte, me es difícil mantener la serenidad, mis respiraciones vuelven a acelerarse rápidamente, escucho y siento el latir de mi corazón en mis tímpanos, una especie de paranoia se apodera de mi mente y cuerpo, comienzo una caminata improvisada en dirección al metro subterráneo, mi vista se mantiene hacia el suelo, intento ser discreto de mi condición para que nadie se percate, ya que no quiero ser tomado por un loco, así que, sin más, decido caminar al subterráneo, y aunque caminar me llevará más tiempo, por ahora sólo puedo pensar en alejarme de las personas y regular mi flujo sanguíneo, sentir que mi cuerpo me pertenece una vez más y volver a tener las cosas bajo control.

Hace no mucho tiempo leí algo sobre los hipocondriacos y el deterioro patológico que sufren, al percibir, cada escenario como potencial espacio de infección, es difícil negar el miedo que sentí al ver a ese número de personas en el camión, lo considero, hasta cierto punto, irresponsable, no creo que deba exponerme de esa manera, pero tampoco quiero que el miedo constante me domine al punto de que tome decisiones por mí, debo dominar mis pensamientos, debo mantener la calma e intentar hacer juicios sobrios y no dejar que esto me domine. Si tuviera la posibilidad, y de ser necesario, llamaría a algún conocido para preguntarle si puede ayudarme, pero da la casualidad que no tengo muchos amigos y los que tengo no están en posibilidad de auxiliarme. Después de caminar por un rato decidí pagar transporte particular solicitándolo desde mi teléfono móvil, parece que las tarifas siguen subiendo pero necesito llegar al trabajo, ya perdí mucho tiempo y aún ni siquiera estoy en camino. Después de esperar un rato, no tarda mucho en llegar un carro negro por mí, el conductor baja el cristal de una de las puertas intentando confirmar mi identidad y así saber si soy yo quién solicitó el transporte, «¿Carlos Salas?» —pregunta el conductor al unísono—, a lo que contesto con un simple: «sí» de manera rápida, abordo enseguida el coche seguido de un saludo formal, después le indico la dirección específica a la que me dirijo, en algún momento en el transcurso del viaje el conductor expresa algunos comentarios sobre la situación actual, yo sólo respondo de manera afirmativa y corta, pero cortés a sus opiniones, mi mente seguía algo absorbida por las últimas cosas que me estaban pasando.

Llegué una hora tarde al trabajo, tal vez un poco más, para ser honesto, una parte de mí quería que no me recibieran y me regresaran a mi casa, después de todo, hay un sentimiento extraño en todo esto, en recorrer las calles, la ausencia de una parte de personas se percibe como un vacío inusual, el exceso de espacio, el silencio que se posterga en varios rincones de la ciudad, no sé, de alguna forma, pareciera que todo

se ha callado por un motivo en específico, un motivo extraño, y tal vez incomprensible, pero recrea cierta paz, una paz cómplice de un secreto, y dentro de ese secreto silencioso se guardan las grietas de una percepción distinta, un escenario distinto, como si la validez a toda norma se hubiera pausado o suspendido, como si todos los relojes junto con su pesado tiempo se hubieran convertido en una metáfora distante, un fantasma, no sé con certeza qué sea este nuevo aire que se respira, pero trae consigo una frescura difícil de describir, es algo extraño de verdad, ya que ahora la desgracia puede estar en cualquier lado, parece ya no importar más la normalidad, si es que algo como "eso" alguna vez existió, resulta extraño cuán cercanos son el miedo y la libertad. Mis pensamientos, por momentos, se sienten mucho más claros. Los automóviles en el estacionamiento de la estación son muchos, yo diría que son más de lo habitual, parece que muchas personas intentan salir de la ciudad. Después de caminar por los mismos pasillos rutinarios para llegar a mi oficina, veo en una de las entradas principales de la estación a un grupo de personal médico, más hacia el fondo, después de la entrada se pueden ver todavía más personas con los mismo trajes de sanidad médica, todos vestidos de blanco, algunos en grupo y unos pocos andan de un lado a otro monitoreando a el mayor número de personas que puedan, es un escenario extraño. Al aproximarme a la puerta principal, me intercepta una de las personas con traje sanitario, alza su mano en señal para detenerme, me dice que, para poder acceder, es necesario un monitoreo debido a la situación actual, un filtro de seguridad sanitaria, al principio me cuesta entender un poco lo que dice, ya que el cubre-bocas que trae puesto distorsiona un poco su voz, le enseño mi credencial de trabajo para agilizar el proceso y le menciono de manera sutil que voy tarde y, de ser posible, me deje pasar; a lo que me responde que debo esperar mi turno para verificar mi estado de salud al igual que el resto de personas sin excepción y que el test no llevará mucho tiempo, el médico dice que antes debe seguir el procedimiento y hacer un pequeño cuestionario, hago un gesto de afirmación con la cabeza, comienza a preguntarme cosas obvias como mi nombre, edad, estado civil, y el tiempo que llevo trabajando aquí en la estación, también pregunta por las acciones que despeño en mi trabajo y el número de personas con las que tengo contacto en el transcurso del día, a lo que respondo que no tengo contacto más que con la gente de mi oficina, ya que trabajo en el archivo y estadística, básicamente me siento en un escritorio el resto del día a capturar información, la oficina se comparte con alrededor de otras 2 o 3 personas máximo, pero que la mayoría del tiempo estoy solamente yo, después continúo y le digo que las únicas personas con las que convivo están aquí en el trabajo ya que soy un hombre soltero, él anotaba en su registro digital todas mis respuestas y, después de un par de preguntas más, procede a hacerme una serie de pruebas sobre mi temperatura, pregunta si he presentado una serie de síntomas como: calentura, tos irritante, deshidratación, sangrado de nariz o bucal, cansancio excesivo, a las que respondí de manera negativa, y pasando después de un rato, al terminar de las pruebas y cuestionarios para que su registro estuviera completo, por fin, me permitieron pasar.

Atravieso los pasillos principales pasando, con cierta prisa, el amplio espacio donde están las entradas hacia las salas de espera de la estación, esta parte interior

es, particularmente, la más grande por dentro de la estructura, varios locales y negocios se encuentran aquí: subvenir, cafeterías y tiendas de diversos artículos están por todos lados. Su gran forma de óvalo hace que el lugar se vea lleno y siempre en movimiento, las ventanillas de venta de muchas empresas también tiene lugar aquí, intento no tropezar o chocar con las personas que me voy encontrando en el camino hacia mi oficina, intento esquivarlas, pero con la prisa que mis pies se dirigen, vuelve inevitable ligeros contactos y tropiezos, de entre la multitud de personas se logra ver, por momentos y a la distancia, a personal médico monitoreando, están dispersos por todo el lugar, se puede observar a algunos de ellos entrevistar a las personas y algunos otros tomando la temperatura de la gente que llegan a encontrarse al azar en su camino, se puede percibir en el ambiente cierta calma disimulada, la sutileza y la discreción se conservan como un último gesto de cordura, aunque la ansiedad y miedo sean tan obvios, la mayoría de personas coincidimos, al estar aquí presentes, de manera equivocada, en intentar escapar, sin darnos cuenta de que es muy probable que muchos aquí ya estén enfermos sin saberlo, aunque, después de todo, ¿qué otra posibilidad existe? Sólo queda encerrarse o intentar sobrevivir.

Al llegar al corredor interior que se dirige a mi oficina encontré a una compañera de trabajo, la conozco desde hace ya tres años que trabajo aquí, su mirada expresó algo de sorpresa al verme, como si mi presencia fuera algo inadvertido, le devolví una mirada amable y le pregunté por el encargado, pues quería hablar con él sobre mi contratamiento y así poder justificarme, y, ya que ella es algo cercana a los directivos, supuse podría indicarme de su ubicación exacta, pero me respondió, con cierta incomodidad, que el encargado no había llegado aún, así como tampoco había dejado ningún aviso sobre si se presentaría a trabajar, cosa extraña en él, ya que siempre había cumplido con su trabajo de manera regular, aunque su carácter determinante y su poca flexibilidad para relacionarse con su personal de trabajo le daba una apariencia hostil. Intercambié un par de palabras más con ella sólo para avisarle que estaría en mi oficina trabajando, y que si llegara a necesitar algo no dudara en avisarme, ella asintió sutilmente y se alejó en el corredor en dirección contraria, parecía que tenía un poco de prisa, como si algo no estuviera en orden, como a la expectativa de algo, pues sus pasos eran algo acelerados, su comportamiento fue extraño, aunque supongo que ninguna actitud puede juzgarse por rara con esta situación, ya que todos estamos a dos pasos de perder el control.

Continué con mi trabajo de manera regular, frente al mismo escritorio sólido y gris sobre el que estado sentado por los últimos años, parece algo absurdo estar aquí justo ahora, como si después de toda una causa de incidentes y de un colapso inevitable, no hubiera cosa más importante que estar sentado en el mismo escritorio tecleando la misma información trivial; como si no hubiera mejores necesidad en las que intervenir, pues tampoco pido ser parte de un cargo heroico donde pueda ser alabado o resaltar frente a los otros, pocas cosas me disgustan tanto como el exceso de atención, no es un lugar cómodo, es sólo que me cuesta creer que dentro de toda esta escenografía caótica sobre el posible colapso de la civilización y el fin de los tiempos, la única actividad relevante es la misma que llevo repitiendo, no es sólo que la idea me molestara, sino que también me parece muy torpe.

Después de trabajar por un poco más de una hora, sentí un hueco muy profundo en mi estómago, un sentimiento de hambre que había reprimido por mi anterior retraso, no había comido nada en todo el día, entonces sin pensarlo mucho, decidí salir por algo. Eran aproximadamente las diez de la mañana con treinta minutos cuando almorcé en uno de los negocios de comida locales dentro de la estación, caminé a una cafetería cercana, pues ya se me había hecho costumbre comer allí, aunque esta vez el servicio tardó más tiempo de lo normal, otras personas esperaban también su turno, así que esperé hasta que me atendieron, de hecho, en algún punto, se aproximaron tantas personas al despachado donde me encontraba parado, que cierta incomodidad se presentó en mí, así que sólo pedí un poco de fruta y agua fresca para no tener que esperar más tiempo y me senté en una mesita que pertenece a la misma cafetería, me sentí especialmente sediento esta mañana, pues ya había tomado un par de botellas de agua y llevé otra para el resto de mi turno. Las cosas en la estación seguían con sobrepoblación en aumento, un poco más que esta mañana cuando llegué, será un día cansado para muchas personas, en especial los trabajadores de esta terminal que se dedican al área de atención a clientes. También puedo ver que el personal médico que monitorea a las personas en toda la estación ha aumentado. Son fáciles de reconocer a la distancia por el equipo que usan para vestir, todo de color blanco y sus mascarillas azules.

Ya había terminado mi almuerzo cuando, al revisar el teléfono móvil, me percaté que tenía dos llamadas perdidas de Daniela, una amiga de los años de universidad que trabaja en un hospital al norte de la ciudad, ya no frecuentamos mucho, así que se me hizo un poco extraño que me llamara, sobretodo porque siendo ella doctora de profesión debería estar muy ocupada en estos momentos, entonces, sin pensarlo mucho, la llamé de vuelta, pero ella no contestó, volví a intentarlo un par de veces pero el resultado fue el mismo, guardé el teléfono y decidí volverlo a intentar más tarde, pensé en que tal vez me había llamado por accidente. Después de unos minutos me levanté de aquella mesita donde había almorzado y me dirigí de vuelta a la oficina antes de que se hiciera más tarde.

Un poco antes de llegar a la entrada se podía ver que un pequeño grupo del personal médico estaba ahora hablando con algunos empleados, al acercarme un poco más, pude escuchar lo que estaban diciendo, algunas miradas voltearon hacia mí cuando me acerqué lo suficiente, se trataba de que los de control sanitario anunciaban que se daría paso a desinfectar el interior del inmueble así como a su personal, seguí caminando hacia el corredor donde están el resto de las oficinas, aquí también había ya algunos miembros del personal médico, hablaban y entrevistaban a otros empleados, en un momento, mientras seguía avanzando, una persona del control me detuvo a medio corredor, se acercó y me hizo una seña para detenerme «usted» —dijo ella dirigiéndose hacia mí—, «¿cuál es su nombre?». Hizo la pregunta con un tono determinante, pero amable a la vez, a lo que contesté rápido a su pregunta: «me llamo Carlos Salas —le dije— pero ya me entrevistaron antes, en la mañana cuando llegué al trabajo, también me hicieron algunas de pruebas». Ella hizo una pequeña pausa y comenzó a teclear en la tablet que sostenía en sus manos, parece que tenía cierta dificultad para maniobrar, sobre todo con esos guantes puestos es fácil equivocarse, pasaron unos segundos y dijo que parecía que todo estaba en orden y que

mi registro ya estaba hecho y no había necesidad de volverlo hacer, después de eso intenté continuar el camino hacia mi oficina, no sin que antes se me solicitara/advirtiera que de presentar síntomas debía notificarlo para ser atendido. Debo admitir, que en el poco tiempo de la entrevista, luchaba internamente por mantenerme alejado de la doctora, no tenía mal aspecto, de hecho apenas y se le pueden ver los ojos debajo de su mascarilla azul y su traje blanco de plástico, es sólo que siendo ellos los más expuestos a la enfermedad, pueden llegar a propagarla y contagiar a otras personas, sé que estoy siendo prejuicioso, pero no quiero ser expuesto de maneras innecesarias a todo esto.

Más personal médico seguía entrando a nuestra zona de trabajo, parece que el encargado aún no ha llegado y preguntan constantemente por él para seguir con los protocolos de sanidad, de lo contrario, tendrán que proceder sin su autorización ya que es una norma que todos deben cumplir, se siente cómo una tensión se hace, cada vez, más densa, el nerviosismo se nota en los rostros de algunos compañeros, lo puedo ver mientras me dirijo a paso lento a mi oficina, veo el miedo y confusión en las caras de las personas que dejo tras a mi paso, había llegado a la puerta de mi oficina y estando a punto de abrirla volteé hacia el pasillo, pues un sonido fractura la tranquilidad simulada de nuestro entorno, es el sonido que paraliza a todos los presentes, es tan inofensivo y a la vez el que más causa terror, es el sonido de un ataque de tos, alguien tose con fuerza suficiente para que se escuche a lo largo del pasillo, es un sonido seco y enfático, que vuelve a repetirse en varias ocasiones, el eco del sonido rebotaba en las paredes como un golpe, primero fue un toser firme y constante, al poco tiempo se convirtió en un toser desfigurado, un compañero está recargado de la pared del pasillo con dificultad para mantenerse en pie, es el autor del sonido, sigue tosiendo, ya con menos fuerza y escándalo, pero puede verse cómo lucha contra su pecho, se lleva las manos a la boca para intentar disimular su inconveniente condición. Todos los presentes, desde la entrada del corredor hasta el fondo, quedamos por unos minutos hechos de piedra, congelados, como si todo se hubiera detenido por un segundo, el pensamiento de todos se hizo uno, pero nadie dijo nada, el miedo que ya era evidente en el ánimo de todos, se había convertido en horror, algunas personas entraron rápido a sus oficinas de la manera más sutil y rápida posible. Y yo, yo estoy sujetando fuerte la perilla de la puerta, pues parece que he olvidado cómo girarla, puedo sentir, otra vez, como el aire se escapa de mis pulmones sólo para regresar con violencia, otra vez escucho el fluir de mi sangre en los oídos, es como si estuviera presenciando una escena muda, el sonido de las cosas está allí, pero mi mente no puede procesarlo, mi cuerpo se entorpece ante el escenario, ahora puedo ver cómo los médicos se aproximan por el sujeto que tuvo aquel ataque de tos, se aproximan como si fuera algo distinto, como si su apariencia hubiera cambiado por completo, él tiene miedo, pide que lo dejen, pero todos aquí sabemos que tiene que irse, se lamenta, y quién no se lamentaría en una situación así; después de un poco de forcejeo entre el personal sanitario y el nuevo paciente, éste acepta, más en su resignación que en su esperanza, que es tiempo de irse, lo último que se ve de él es una silueta que es comida por la luz de la salida a la distancia siendo escoltada a quién sabe dónde, y de esa suerte, si es que así se le puede llamar, es la que nos toca a todos en este lugar.

Ya dentro de mi oficina me recliné sentado sobre la silla inerte, sólida y fría de color negro, intentando controlar, sin mucho éxito al principio, mis arrebatos, negaba toda posibilidad en mí de que algo de todo lo que estaba ocurriendo fuera real, inventé en mi imaginación todos los escenarios que me pudieran alejar de la sugestión de padecer los males y horrores de una enfermedad fatal, pude sentir aquel cosquilleo en mi garganta, sentí tan real por un instante la fatiga, la sed, y síntomas que tal vez ni siquiera estaban relacionados con la patología, pero yo sabía que había enfermado, no de aquel virus mortal que estaba matando a la gente, sino de miedo, estaba enfermo de miedo, podía sentir una punzada en la espalda mientras estaba allí sentado en aquella patética silla, sentía cómo la muerte enterraba su mirada en mi espalda, y yo estaba entregándome, entregándome sin resistencia, me llevé las manos al rostro y desde aquellos respiros ahogados intentaba sofocar mi miedo, pero era casi inevitable sofocarme el mismo tiempo, ¿qué enfermedad, dentro de todo el sufrimiento, puede ser peor, aquel virus que te ahoga dentro de tus propios pulmones o el miedo que te sofoca hasta enfermarte?

Me levanté de la silla y salí de mi oficina para intentar recuperarme, me dirigí al baño que se encontraba en el segundo piso, al pasar por el final del corredor había algunos compañeros de trabajo platicando sobre lo ocurrido, algunos tenían la sugerencia de irse de inmediato, pero el tono con el que lo decían no tenía convicción, todos queríamos salir de este encierro, pero nos faltaba el valor para largarnos, después de todo, poca diferencia había entre morir allá afuera y morir aquí adentro, allá te mueres de hambre, aquí te mueres de enfermo, aunque no basta decir, también, que más enfermos están aquellos que nos tienen aquí encerrados. Cuando llegué al baño tomé un poco de agua del lavabo para enfriarme la cara, repetí el mismo ejercicio tres veces con sus respectivas pausas, parece que el pánico ya estaba pasando, me quedé un momento estático allí con la mirada hacia abajo y mis brazos recargados sobre las llaves de agua, mis respiraciones volvían, una vez más, a la normalidad, cierta resignación se presentó, sequé mis manos aún húmedas de agua, y decidí volver intentar a trabajar.

Estaba camino a la oficina cuando un compañero me hizo una seña a la distancia, él estaba por la mitad del corredor, «Salas», —gritó él mientras volvía a hacer otra señal levantando el brazo—, yo levanté la vista y caminé hacia él algunos pasos, y le contesté la seña con un saludo, «junta con el jefe, oficina principal», gritó él, mientras se alejaba hacia el final del corredor con un paso algo apresurado, grité una vez más preguntando la hora de la junta, pero por la prisa de sus pasos supuse que era obvio, seguí la indicación y me dirigí a la oficina principal, aún algo consternado por todo lo que estaba pasando, también, me preguntaba, quién habría convocado la junta, si el encargado aún no había llegado, pensé, mientras caminaba, que tal vez la junta se trababa sobre la inconformidad y angustia que varios teníamos al seguir trabajando en estas condiciones, tal vez algunos compañeros tendrían una propuesta o alguna exigencia, lo que sea, algo para evitar que todos quedemos aquí estancados sin hacer algo, creo que tomar, aunque sea una mínima acción a favor de nuestra situación, era algo que teníamos que hacer, y a lo cual yo estaba por completo de acuerdo en participar, ya que parecía, hasta este punto, necesario hacer cambios,

no podíamos esperar a que repentinamente uno a uno cayéramos al piso derrumbados por la enfermedad mientras trabajamos, parece tonto que hasta cierto punto tengamos que señalar lo evidente, cómo podemos intentar seguir abandonados en lo indigno de esta miseria, la paga ni siquiera alcanza para solventar los gastos de una vida promedio, se debería de hablar, por lo menos, de una compensación debido a las circunstancias, ya que los riesgos ya no son los mismos de antes, y aunque se mantengan todas las precauciones, los peligros y todo el riesgo siempre estarán allí, pues aún tomando todas las medidas sanitarias posibles habrá quienes se enfermarán porque seguimos conviviendo con todo el mundo, por eso debemos resguardarnos como el resto de las personas, ya que, en otras ocasiones, cuando el personal se ha visto en sobre esfuerzos para la entrega de trabajo que esta empresa le exige, salimos a cumplir como se debe, a demás de que se tratan de trabajos que también pueden hacerse desde casa, aunque sea a marchas forzadas podremos hacerlo y salir adelante, como ya lo hemos hecho antes desde estas mismas oficinas, pues así cuando se nos necesitó en tiempos difíciles, en años pasados, respondimos por el bien de nuestro trabajo y el de todos, y también, por supuesto, a los intereses de esta empresa para que no entrara en crisis, redoblamos esfuerzos en aquel entonces, y podemos repetir el mismo ejercicio para evitar que se pierda el trabajo de todos aquí, desde la seguridad de nuestra casa, sin necesidad de riesgos innecesarios en donde todos nos exponemos a enfermar o algo peor. Estos eran los pensamientos que tenía mientras caminaba hacia la oficina principal, los cuales desahogaban cierto enojo y frustración. Al llegar, la puerta estaba abierta, otros compañeros entraban con cierta sutileza, parece que en el lugar ya habían alrededor de ocho o nueve personas, la oficina es amplia, pero no lo suficiente para tantas personas, entro de manera natural y busco algún lugar donde pueda escuchar y ver todo lo que se discute, pero evitando acercarme demasiado a otras personas, ya que, como lo supuse, somos muchas personas para una oficina regular, apenas y se puede evitar el contacto con la gente, me quedo de pie cerca de una esquina del lugar, se puede sentir la tensión entre los compañeros, la incertidumbre sigue siendo el principal problema, algunas personas están hablando sobre la situación, la pregunta es la misma que el resto de nosotros tenemos en mente desde hace unas horas, ¿ahora qué sigue? ¿Qué se va hacer frente a esta situación? Algunas personas hacen segunda voz expresando la misma inconformidad, estoy listo para apoyar a mis compañeros, no necesitamos seguir en este riesgo de manera voluntaria, uno de los representantes directivos dice que tenemos que esperar indicaciones, nada parece tener sentido ¿para qué se nos convocó a una junta si no hay nadie que pueda dirigirla? De repente, aparece en la puerta el encargado, es alrededor de la una de la tarde y está llegando a su oficina de trabajo, nadie lo había visto en todo el día, la mayoría pensamos que no se presentaría, saluda a todos con un "Buenas tardes" y entra a la oficina evidenciando la incomodidad de tener cerca a tantas personas, se justifica diciendo que tuvo algunas reuniones por la mañana para tratar temas sobre la situación actual así como las medidas que serán tomadas de ahora en adelante hasta que algo cambie, entonces habrá que seguirlas, dice él con un tono alto para que todos podamos escucharlo, intentando controlar la algarabía y el ruido excesivo que se mezclaba con el miedo y el enojo, su voz sonaba

algo dispersa pero determinante, algunas personas lo interrumpieron cuando termino de decir su justificación, los compañeros le hacen la misma pregunta: ¿qué va a pasar? necesitamos un cambio para protegernos a nosotros y a nuestras familias, varios compañeros asienten al escuchar esto, todos estamos asustados.

«¡Señores! —gritó el encargado al unísono levantando el brazo y con un papel en las yemas de sus dedos—, tengo aquí conmigo, en esta hoja, las nuevas medidas que se tomarán respecto a la situación actual, así como también los nuevos protocolos, debemos recordar desde la empatía, que todos estamos juntos en esto, y es un hecho que todos podemos llegar a tener miedo, es normal, pero es importante mantener el orden y la calma, así como también recordar que tenemos un trabajo que hacer y responsabilidades que cumplir, otros retos se han presentado con anterioridad y los hemos superado, entonces yo les digo que superaremos este de la misma manera, el miedo está en todos y en todas partes, y como sabemos, nosotros dependemos de nuestro trabajo para poder seguir viviendo, y tal vez no sólo nosotros, es muy posible que haya muchas personas que también dependen de nosotros para su bienestar, entonces por eso debemos ser valientes y más en estos tiempos de crisis. Algunos me han preguntado en cuanto llegué aquí, si los directivos tomarían las mismas medidas que se han implementado en otras empresas y así trabajar desde casa, la respuesta a esto es no, y les voy a explicar el porqué, como saben nuestro trabajo es vital ya que es sobre transportes, y el servicio de transporte no puede parar así como así, ya habrán notado que hay más número de pasajeros y usuarios el día de hoy en la estación, porque muchos quieren salir de la ciudad o volver a los lugares donde pertenecen, la actividad seguirá aumentando en los próximos días y este es el motivo principal, tal vez en un par de semanas la directiva tome cambios y decida hacer trabajo en casa, pero por el momento seguiremos aquí todos y cada uno de nosotros, entiendo que muchos aquí presentes no llevan a cabo trabajos de servicio al cliente y su trabajo es sólo de oficina y archivo, aún así, tenemos que seguir nuestro trabajo y responsabilidades, cabe decir también que se nos ha enviado un nuevo protocolo de sanidad, en donde se estarán monitoreando a todos los trabajadores para evitar contagios y así protegernos de esta nueva amenaza, se contará con personal médico en todo momento en la estación, así como las necesarias medidas de prevención, se les asignará material como cubre bocas, guantes, y accesorios de desinfectante, es importante que si alguno llegará a tener síntomas se comunique de inmediato conmigo o con los directivos, se me ha reportado que hoy el personal médico retiró a un compañero con posibles síntomas, no hace mucho tiempo que me informaron, pero de igual modo, le daremos el seguimiento que se requiere, recordemos que en este trabajo somos como una familia y debemos apoyarnos unos con otros, así que debemos continuar con las actividades, por el momento es todo de mi parte, si alguien tiene algo que decir o proponer es momento expresarlo».

—¿Qué pasa si alguien aquí se contagia?— preguntó un compañero con un tono de sospecha.

—Será canalizado con las especialistas correspondientes para que lo puedan ayudar—, respondió el encargado con todo simple.

—No me refiero a eso, me refiero a nuestro trabajo— respondió el compañero—, ¿hay un seguro que cubra los gastos de la enfermedad, si caemos enfermos nos seguirán

pagando?, estoy contratado por un subcontrato, ¿eso cubre los daños a la salud que esto pueda ocasionar? ¿Y qué pasa si se contagia alguien de mi familia por mi culpa, la empresa lo va a pagar?». Preguntó con tono efusivo, varias personas después de él aprobaron la pregunta, ya que la mayoría de los contratos aquí son parciales y no cubren gastos importantes, o a familiares, básicamente te hacen trabajar sin prestación alguna, más que sólo créditos pequeños que no sirven de mucho.

«Aún no se ha comunicado toda la información al respecto —respondió el encargado un tanto nervioso—, como sabemos, estamos en una situación de emergencia y varias decisiones han sido tomadas de manera rápida, aún no puedo asegurar por aquello a lo que la empresa vaya a proceder y de qué manera vaya hacerlo, aunque puedo decirles que lo que sí haremos es dar el seguimiento adecuado para evitar que los contagios se dispersen, mientras trabajemos juntos y sigamos las nuevas normas y protocolos de sanidad que se nos han enviado intentaremos mantener el orden y la salud, es normal tener miedo, pero recordemos que todos estamos pasando por los mismo, no hay necesidad de mostrar su molestia, pero es algo que debemos de acatar y, como sabemos, nadie está aquí por obligación, y la mayoría aquí sabe dónde está la puerta, pero yo recomiendo que sigamos de acuerdo a los planes que la directiva nos envía y todo saldrá bien, hagámoslo por aquellos que nos necesitan y también por nuestros intereses».

Algunas personas dentro de la oficina mostraron su molestia al nuevo plan de trabajo, que más que nuevo plan, parecía una manifestación a la indiferencia, todos pensábamos lo mismo, pero pocos lo llegaron a decir, la resignación se hizo presente en la cara de muchos, no había más discusión, no había más remedio que hacer caso a la unanimidad, al silencio que había callado nuestras bocas a la fuerza, algunas protestas se hicieron todavía presentes, pero la actitud del encargado era clara, parecía que el ánimo de todos acababa de ser suspendido, inhabilitado, la determinación de las decisiones que se tomaban parecía no ir con los interés del empleado, o al menos, no con su bien estar, no sólo habían suspendido nuestro derecho a opinar, habían inhabilitado nuestra voz, ya no se trataba de personas trabajando por intereses comunes, sino de herramientas con funciones determinantes, ahora sólo somos una pequeña población de mudos que tiene que pensar en voz baja.

La reunión se levantó después del informe, algunas personas se quedaron en la oficina a hablar con el jefe, no puedo negar que aún tenía contenidas las ganas de decir todo lo que pensaba, tal vez debería quedarme a esperar a que todos se vayan y esperar mi oportunidad, después de todo, nos merecemos más que un simple discurso que no ayuda en nada, aunque, entre más pasaba el tiempo, sentía cómo mis ganas se resignaban frente a la situación, sabía que no había mucho que hacer, sabía casi los diálogos exactos de haber tenido esa conversación, las palabras que disuadirían mis argumentos, los pretextos con los que me respondería a mi petición, así que después de pensarlo un poco desistí de mis intenciones por hablar o rebatir algo sobre el tema, esperé que la mayoría de personas salieran de la oficina para retirarme.

El resto de la jornada fue muy similar a las otras, la tarde parecía no encontrar diferencia con nada, todo parecía en orden y en su lugar, podría decirse que, de hecho todo podía percibirse más quieto, el silencio unánime que todos compartíamos

podía comprobar la falta de ánimo en muchos, continuando nuestro trabajo como si nada hubiera pasado, como si todo allá afuera fuese una ilusión de la que no podíamos participar, porque a nosotros nos tocaba interpretar un papel distinto, en donde el personaje no tiene nombre, sino sólo necesidades que debes cumplir callado, y donde estaba prohibido morir o, al menos, morir incomodando a otros, que a todo esto ya es lo mismo, pues las pocas fuerzas que nos impulsan son las deudas que nos damos a nosotros mismos y no por aquellos que te lo exigen. Poco hace falta describir la amargura de quedarse encerrado a las exigencias que provienen de rostros invisibles, de ordenes de personas cuyas caras ni siquiera conoces, tal vez por eso les es tan fácil decidir con tanta indiferencia sobre la situación de terceras personas, ya ni siquiera es el enojo ahogado lo que nos corresponde expresar, sino la nefasta y sutil forma con que te dicen que no les importa nada más que no tenga que ver con su propio interés.

Salí del trabajo un poco antes de las seis, el encargado dijo que había que tomar las cosas con más calma y que por ende, podíamos retirarnos antes, claro, sólo podían retirarse aquellos cuyo trabajo estuviera en tiempo y forma, aquellos que tuvieran trabajo atrasado o en calidad de urgencia tenían que quedarse en su horario habitual, así que sólo unos cuantos salimos antes de tiempo, cuarenta minutos antes para ser exactos, caminé a la parada de costumbre para esperar el camión que me lleve a casa, el número de personas aún sigue siendo aún mayor en comparación a otros días anteriores, hay demasiadas personas en la fila de la parada de la estación, lo observo a la distancia, no quiero acercarme demasiado, aunque ya ni siquiera sé a qué le tengo miedo, si pasé el día entero en contacto con mucha gente, es un poco torpe de mi parte seguir teniendo prejuicios a lugares llenos de personas cuando paso todo el día encerrado en un compendio de oficinas con varias personas, aún así, la idea de acercarme no me gusta, así que me quedé esperando un momento allí parado al lado de una de las calles de la estación que sirve como circuito principal de flujo para entrada y salida de coches, contemplando a la distancia, a ver, qué se me ocurría, así que poco después, sin pensarlo mucho, decidí lo más obvio, tomar un taxi que me llevara, pues ya había sido un largo día y no quería continuar con la fatiga y preocuparme por transbordar en el transporte colectivo, sin mencionar aquel pánico que me causaba estar cerca de la gente en lugares cerrados. Esperé otro rato y, al ver que no llegaba ningún taxi, caminé a un sitio que estaba cerca dentro de la estación, ubicado justo antes de la salida hacia la avenida principal, caminé alrededor de diez minutos, fatigándome un poco debido a mi mala condición física, al llegar pregunté el primer señor que vi formado en la fila de coches, un conductor de alrededor de unos cincuenta y tantos años, que me indicó que era él quien tenía el siguiente turno para salir, así que lo abordé casi de inmediato y salimos en camino a la principal avenida, en mi impaciencia por salir de la estación acompañada de mi determinante decisión por salir lo antes posible, hizo que olvidara preguntar, antes de subir, por el costo que tendría al viaje, aunque después de todo, poco importancia tenía, ya que ya había abordado el taxi, en la avenida había muy pocos coches y el flujo era rápido, al menos, en nuestra dirección, pues del lado contrario había algo parecido a un embotellamiento, varios coches se dirigían a la estación, pero el resto de calles parecían

algo solitarias, la tarde era agradable, el calor ya había bajado y el sol empezaba a ponerse anaranjado para dejar sus últimos rayos del día, y yo me sentía aliviado por salir de la oficina y de toda esa locura que es trabajar allí, sentí, aunque sea por un momento un respiro de alivio, pero cierta angustia se presentaba al recordar que tenía que volver mañana, por eso intentaba alejar esa clase de preocupaciones, no tenía sentido preocuparme en el poco tiempo libre que tengo, no hace falta desmotivarse en lo pequeños premios o consuelos que brindan las circunstancias.

Bajé la ventana del taxi para refrescarme con el aire mientras contemplaba las nubes blancas que estaban por encima de los edificios de la ciudad color naranja por los rayos del sol, es curioso cuando viajas sobre una avenida amplia a cierta velocidad, pareciera que la ciudad se vuelve una postal, pero esta tenía algo de especial, ya que parecía una postal a la indiferencia: una postal del fin del mundo a la indiferencia, porque aunque todo estaba en situación de alerta, parecía que la naturaleza fuese del todo indiferente, como si todo estuviera en su lugar preciso, siguiendo una cronología secreta, ordenada y precisa. En un momento, mientras contemplaba el exterior, escuché sonar mi teléfono móvil, y, al sacarlo de la bolsa del pantalón, pude ver que se trataba de una llamada de Daniela, así que respondí enseguida con un:

—Hola—, muy natural.

—A veces eres difícil de encontrar, —contestó ella algo seria.

—Intenté llamarte hace unas horas cuando vi tus llamadas, —le dije, — pero no contestaste. Imaginé que estabas muy ocupada con todo esto que está pasando, pensé que tal vez te habías llamado por error. No fue mi intención.

—Estuve en emergencias la mayoría del tiempo el día de hoy, las cosas no se ven bien, nos dijeron que tal vez tengamos que doblar turno en el hospital, —contestó Daniela, el sonido de su voz parecía debilitarse por momentos—, espero y no tenga que quedarme, no me siento con energías para otro turno.

—Aún eres algo joven para hablar así, pero supongo que la juventud es uno de esos lujos que ya no podemos presumir, —le dije con sarcasmo, mientras imaginaba una débil sonrisa figurándose del otro lado del teléfono—, supongo que no será fácil, esos días se acabaron por ahora, esto ya es todo un desorden y parece que apenas empieza.

—No suena a que te preocupe mucho, —contestó ella—, sólo espero que esto no afecte a muchas personas, ya hay mucho miedo y preocupación ahora. ¿Sigues yendo a la estación?

—No hay mucho que hacer para evitarlo, —le contesté,— supongo que seguiré yendo a trabajar a la estación un par de semanas más, los directivos dijeron que había posibilidades de cambiar la forma de trabajo y mandarnos a nuestra casa en un tiempo, supongo que estaré bien, ya sabes, siempre hay que encontrar la forma, no hay de qué preocuparse. Los perros sabios como yo son los que viven más tiempo.

Una pequeña risa sonó en la bocina del teléfono.

—Nunca entendí la obsesión por las metáforas de perros, —contestó Daniela con cierta relajación—, aunque, tal vez, tienes razón, a veces sólo queda esperar lo mejor. De un momento a otro se comenzó a escuchar ruido que provenía del lugar donde estaba ella, la llamada sonaba con interferencias de mucho ruido de lo que parecían

ambulancias y altavoces, dije su nombre un par de veces para saber que me seguía escuchando, pero ella no respondía, después de unos segundos estaba a punto de colgar la llamada cuando volví a escuchar su voz al otro lado del teléfono.

—Tengo que volver a urgencias— dijo ella algo apresurada—, hay personas llegando al hospital, si necesitas algo debes llamarme, todo esto no se ve nada bien, espero que no llegues a necesitarme pero si pasara algo tienes mi número— dijo ella despidiéndose.

—Gracias, lo tomaré en cuenta, es muy atento de tu parte, y, aunque no sirva de mucho, sabes que también cuentas conmigo, espero todo salga bien, cuídate mucho, es bueno escucharte.

La llamada duró unos cuantos minutos, cuando terminamos de hablar, el sol ya se había ocultado por completo, las luces de la ciudad empezaban a iluminar las calles, el conductor del taxi pregunta si estoy de acuerdo en escuchar algo de música para amenizar el viaje, y yo respondo afirmativamente, quedo por un instante algo absorto, como contemplando la nada, como procesando este escenario irreal, no de manera suspicaz, sino como aceptación, sin nostalgias, podía sentir como el miedo se disipa, se aleja, como si por un momento, todo lo malo que había pasado hasta ahora sólo hubiese sido un mal sueño. Llegué a casa un poco antes de las ocho, el taxi me dejó una cuadra antes, aún pueden verse personas caminando en las calles, supongo que es normal, ya que la cuarentena aún no es obligatoria, aunque se puede notar que el número de gente afuera es menor, camino hasta llegar a la entrada del edificio, subo las escaleras rutinarias de siempre, al entrar al departamento me dirijo en seguida a la cocina, no había comido nada desde la mañana, sentía un vacío doloroso, un hambre considerable, así comencé a preparar la cena. Mientras alistaba y preparaba las cosas, encendí la televisión como de costumbre, sintonizándola en un canal de noticias, ya que, aunque sabía sobre el estado de emergencia, no sabía a detalle cómo estaban las cosas, también encendí todas las luces a mi alcance, y continué con la preparación de la comida, debo admitir que no fue hasta que salí de la estación cuando comencé a sentir hambre, estando allí no sentí tener la necesidad de comer, de hecho no tenía antojo de nada, como si mi cuerpo hubiera negado sus propias necesidades, supongo, que fue el enojo y el trago amargo debido a las decisiones de la directiva, en fin, no hacía falta seguir pensando en eso, ya era hora de cenar. Me senté en la mesita de la cocina, mientras escuchaba a cierta distancia el sonido de la televisión, en donde mencionaban un gran brote de enfermos, así como el abastecimiento de los hospitales que rápidamente se estaban saturando, se tenía mucha preocupación por la falta de lugares en hospitales, así que estaban tomando espacios para adaptar centros sanitarios provisionales, en un momento, se mencionó que, de seguir así, tendrán que tomarse medidas más "determinantes", lo que se sea que eso signifique, se habla, dicho entre líneas, de emplear el uso la fuerza para el buen cumplimiento de la cuarentena, además de que todas las actividades tendría que parar por varias semanas. No puedo negar que la simple idea de quedarme en casa me ayudaría a descansar de los malos ratos que se pasan en el trabajo, y, por supuesto, sería mucho más seguro trabajar desde aquí que seguir usando el transporte público, exponiéndonos a contraer la enfermedad, pues el sólo hecho de

pensar en seguir con la misma rutina de todos los días bajo estas condiciones, hace que parezca sólo cuestión de tiempo a que algo malo pueda pasar, y entonces quién o quiénes tendrán la responsabilidad de aquellos que caigan enfermos por trabajar bajo condiciones tan nefastas, se requiere tomar planeaciones reales que solucionen problemas reales, intentar solventar el problema precaviendo todos sus riesgos y no intentar solucionarlos cuando ya todos estén enfermos, pero a "ellos" no les interesa la precaución, ni tampoco prevenir desgracias, de hecho, con todo lo que pasó hoy con el encargado, tal parece que ni siquiera les importa la integridad, se habla de sacrificios a la causa, pero la "causa" sólo beneficia a unos pocos, que curiosamente son los mismos que no "sacrifican" el cuerpo, pues no están expuestos a los mismo riesgos, al igual que los desahuciados empleados, quienes tienen que seguir ordenes absurdas, abandonados hasta por la legislación, pues aunque en teoría existen iniciativas y normas que protegen su integridad, parece que en realidad no existen más que como mecanismo burocrático para deducir impuestos, porque de cumplirse dichos reglamentos a la integridad del empleado no estaríamos pasando por esta pésima situación que parece empeorar a cada instante, pues la legislación tiene sus propios intereses, al igual que las corporaciones, para lograr que ambas partes participen en un desarrollo que también beneficie al trabajador, es necesario comenzar con iniciativas y diálogos que permitan llegar a un acuerdo con los dirigentes corporativos en donde ambas partes sean beneficiadas, pero, parece difícil, ya que por más que se les mencione e indique las carencias que se han padecido, al menos en mi experiencia, parecen hacer caso omiso, tal vez de ahí la razón por la cual siempre se discute sobre los mismos problemas una y otra vez, entonces, cómo superar un nuevo conflicto cuando no se han solucionado los anteriores, porque no creo que nuestros directivos quieran mantener un acuerdo en donde nos dan una paga regular como lo han hecho hasta ahora en caso de que sus números entren en crisis económica, es muy probable que recorten a muchos empleados para evitar pérdidas, como siempre lo han hecho, ya que no hay nada que les impida despedirnos con esos contratos parciales, y muchas personas perderán su trabajo, y si la cosa se pone fea, no habrá ni de dónde sacar dinero, no sólo para el pago de las rentas de vivienda, sino también para poder comer, sólo se postergaría una crisis en cadena que afectaría a los sectores más vulnerables, entonces, no se trata de tomar medidas más "determinantes" sino de intentar una estrategia en donde se pueda ayudar a los más necesitados, y ni siquiera lo digo tanto por mí, que puedo sostenerme unos días con lo poco que tengo, o, si se da la penosa necesidad, pedir prestado a mis pocos conocidos, sino por aquellas personas que viven una moneda al día, que aunque no queramos evidenciar su existencia están allí y a éstos les será difícil poder subsistir, pues al haber carencia de trabajo, o sin algún recurso para que puedan comer, qué otra opción habrá para aquellos que existan en estas condiciones, se habla en las noticias que algunas personas están exigiendo una cuarentena obligatoria, como si en este país lleno de pobres cualquiera se pudiera dar el lujo de encerrarse en su casa para no saber nada del mundo, como si fuera más fácil arrestar a la gente pobre que está en las calles, y así poder voltear la vista para donde sea que la realidad no incomode, escondiéndola en donde no estorbe a la vista, y entonces poder decir que

se hizo lo necesario con toda la hipocresía del mundo, porque entonces se hizo lo necesario para quienes tiene el lujo de tomar decisiones sobre los que no.

Apagué la televisión al terminar de cenar, se me fue el hambre un poco después de escuchar lo reportes sobre las opiniones y la decisiones que se están tomando, y más aún porque estoy en medio de este desastre al ir a trabajar todos los días. Tomé un par de botellas de agua y me dirigí a la sala de estar, me senté y saqué mi teléfono móvil para llamar a mi amigo Andrés, ya que, no sabía cómo seguía el asunto de su coche, ni tampoco cómo la estaba pasando con todo esto, así que lo llamé para preguntar, pero no contesto, y lo mismo pasó con el siguiente par de intentos que hice para llamarlo, cosa extraña en él, ya que no es muy tarde y casi siempre contestas a su teléfono, supongo que, al igual que yo, tuvo un día difícil y decidió dormir temprano, tal vez mañana vuelva a llamarlo, o él me regrese la llamada. Me quedé un rato recostado en el sofá, en silencio, mi cuerpo sentía la fatiga del transcurso del día, sabía que era momento de ir a dormir, pero, de repente mi teléfono vibró por unos segundos al lado de mí, sobre el sofá, lo tomé con calma y vi que se trataba de unos mensajes de Daniela, en él mandaba su número de contacto para su hospital, decía que en caso de no poder localizarla llamara a ese número, también mandó otro número que no decía de dónde era, sólo decía que en caso de una urgencia llamara a él, entonces guardé los números en caso de necesitarlos y le contesté con más agradecimientos, nunca está de más tener precauciones, y ella casi nunca se equivoca, tal vez no debimos alejarnos tanto. Después me levanté e hice un aseo rápido en la cocina, sólo para limpiar lo que había ensuciado en la cena, al terminar me fui a dormir, pues no quería despertar tarde como la última vez, además de que el cansancio ya era demasiado.

### III

No hubo dificultades para despertar temprano a la mañana siguiente, de hecho desperté con la suficiente anticipación para tomar un almuerzo decente y un buen baño, tome el tiempo para arreglar mis cosas del trabajo, así como también me tomé un momento para hacer mis cuentas de finanzas, parecía que el dinero empezaba a escasear, pues, como ya era casi costumbre, el dinero escasea cuando el día de paga estaba cerca, y contando el pago de taxis y transporte particular he gastado de más en esta ocasión, debía pensar en una solución pronto, porque con el poco dinero que gano en el trabajo no podía estar pagando ese tipo de lujos para transportarme al trabajo, y sobre todo, porque las tarifas de esos transportes siguen subiendo conforme la situación empeora, y eso no estaba bien, tal vez debería tomar el colectivo como las otras personas, tal vez no haya tantas personas ahora con la implementación de la cuarentena, pero sólo de pensarlo me hacía sentir un vacío en el estómago, parte de mí sabía que no estaba listo para soportar del todo el contacto con la gente, y eso me hizo sentir una especie de sinsentido, porque, después de todo, me dirigía a un lugar que está lleno de personas, una eterna contradicción, "eres un idiota", me dije en pensamientos, aunque de igual modo solicité un taxi, arriesgándome a quedar sin dinero.

Es un día soleado, el clima es agradable en esta mañana, abordo el taxi que me esperaba afuera del edificio a la vez que recibo un saludo del conductor con un "buenos días", que yo respondo de igual forma, pude notar desde al asiento trasero donde me encontraba, que el conductor usaba un cubre bocas, así que decidí usar uno que guardé entre mis cosas del trabajo, con la intención de no verme indiferente, fue un viaje silencioso al principio, hasta que en algún punto, él menciona, a manera de hacer conversación, algunos comentarios: «Llegaremos algo rápido, hoy no hay mucho tránsito de coches, ya muchos empezaron la cuarentena, aunque, no debería haber mayor inconveniente, a menos que encontremos algún percance en la ruta», dijo él con tono muy amable. Le contesté que no había mayor problema y que continuaríamos el viaje por donde le sea más conveniente, después comentó el cierto parentesco de nuestra situación, en el cual ambos estábamos obligados continuar con nuestras actividades. «Bueno —dijo el conductor—, uno aquí sigue trabajando, pues hay que comer y no hay de otra, ¿usted también trabaja joven? El trabajo siempre es bueno, pero uno no está preparado para cuando pasan estas cosas, que nadie entiende, que ni sabemos qué es, porque es invisible, la gente se enferma y no se entera o se entera cuando ya está algo grave, no sé, ojalá hubiera apoyos o algo para poder seguir con todo esto, claro, no para mí, yo tengo mi taxi, que aunque me dijeran que dejara de trabajar no podría, llevo haciendo esto ya por varios años, veintidós para ser exacto, y no me gustaría hacer otra cosa, me gusta trabajar en el taxi, aunque luego no nos vaya tan bien, pero así es esto, y hay que chingarle, o ¿usted que dice, joven?».

Una ligera sonrisa se me dibujó en el rostro quedando oculta por el cubre bocas, ya que las palabras del señor me parecían algo de lo que necesitaba oír para mejorar el ánimo, y pese a que la situación no es favorable, ya no sirve de nada lamentarse, tal como él lo decía, no en un sentido de resignación, sino como un alivio que surge de la aceptación, es algo así como: "dar la mejor cara en los malos momentos", frase que usé para responder a su pregunta con tono amable y ligero, a la que él asintió de inmediato, después congeniamos el resto del camino en una plática compuesta, en su mayoría, con más participaciones de él, en donde expresaba algunas anécdotas, así como algunas quejas sobre lo que estaba ocurriendo, era algo evidente que, tanto él como yo, éramos el mismo individuo atrapado por el mismo sistema y estructura, molestos por las mismas cosas y con la obligación de seguir en una dinámica que no te retribuye, o como dice él mismo con una sátira sonrisa: "aunque uno ya no sepa por qué motivo está siguiendo".

Llegué al trabajo de manera puntual, y seguí la nueva rutina dentro de la estación, ya era normal ver al personal médico en los filtros de las entradas con sus trajes todos de color blanco, que volvieron a detenerme para verificar mis signos vitales y prever que no fuese una amenaza que pudiera transmitir la enfermedad, no sé hasta qué punto se pueden llamar eficientes estos métodos, ya que sólo toman la temperatura corporal, sin aplicar pruebas que identifiquen la amenaza, aunque sé, por otro lado, que no es para nada su culpa, ya que se hace lo que se puede con lo que se tiene, y además, siempre es mejor algo a nada, así que, sin más protocolos que cumplir, me dirigí a las oficinas, al acercarme me percaté de que también había personal médico aquí, hablando con algunos compañeros que estaban a cargo,

entré de manera natural, apenas y percibieron mi presencia y en esta ocasión no me detuvieron, así que seguí por el corredor hasta mi oficina, durante el recorrido pude notar que varios compañeros habían faltado el día de hoy, o tal vez no habían llegado aún, pero igual era evidente a la vista, pues como el personal no es mucho en cantidad se nota la ausencia en sus escritorios que se perciben vacíos mientras llego a mi lugar de trabajo, parece que el encargado tampoco ha llegado aún, sólo espero que la motivación del día de ayer no se le haya terminado tan pronto, estando ya en mi escritorio la mañana transcurre con normalidad, si es que a esto se le pidiera llamar normal, al ser monitoreado la mayoría del tiempo usando un cubre bocas que dificulta el hacerse entender al hablar, con botellas de gel desinfectante y el riesgo constante de ser contagiado que crecía con cada hora que pasaba allí, pues había rumores en el piso de la oficina de que algunos compañeros habían sido suspendidos por ser positivos a la enfermedad, incluyendo aquél que tuvo el ataque de tos en el corredor, algunos otros decían que había muchos escritorios vacíos porque simplemente habían decidido dejar de venir a trabajar pero, de entre todo aquello que se decía, estaba el hecho de que a aquellos enfermos no se les estaba ayudando con sus gastos, ni con ninguna atención o apoyo en general, y más ahora que todos los hospitales se estaban saturando de personas, nadie se haría cargo de nadie si la desgracia nos alcanza, "entonces qué caso tiene" pensé en silencio, pero con rencor, pues, si al final nos dejarán como perros tirados en la calle, sin, aunque sea, ofrecer algo para los empleados que estamos aquí trabajado en estas condiciones contra nuestra voluntad, y cuando uno empieza a aceptar la resignación salen con esto. En un momento tuve que detener mi trabajo y salir al pasillo donde se encuentra un garrafón con agua para beber, llené mi vaso y lo bebí casi de un trago, todo esto con el fin de encontrar un poco de claridad y calma a mi enojo, porque estaba considerando salir por la puerta de la entrada sin avisar a nadie, segundo a segundo continuaba un conflicto interno que debate por seguir con todo esto o retirarme, pero, por alguna razón, me contuve, pues sabía que no había a donde ir, así que di un respiro algo profundo y encontré mi resignación de vuelta a mi escritorio, y así estuve un buen rato, entre la aceptación y el enojo, que no me dejaban descansar, porque, de alguna forma, logro encontrar fuerzas para mantenerme, pero esas mismas fuerzas se van por el desgaste de pensar que tal vez ya es demasiado tarde, pero, de nuevo, tal vez no están tarde para irse, y así hasta cansarse.

Era, aproximadamente, medio día cuando salí un momento a despejarme a la entrada del corredor, la jornada laboral aún apenas iba a la mitad sin ninguna novedad aparente, comencé a mirar de lejos a la gente caminar dentro de la estación, con sus rostros tapados, algunos con cubre bocas y otros con lo que parecían ser trapos o ropa para cubrirse la cara, llevando sus maletas de aquí para allá. Después de unos minutos afuera, y ya que podía pensar con más claridad, decidí, volver a mi oficina, y fue cuando entré que me di cuenta que mi teléfono móvil sonaba porque estaba recibiendo una llamada, pues se había quedado en mi escritorio mientras yo estaba en el pasillo, intenté contestar rápido pero ya no logré responder, se trataba de mi amigo Andrés, y tenía ya varias llamadas perdidas de él, seis llamadas para ser exacto, así que pensé en devolver la llamada, ya que tal vez se trataba de una emergencia, pero

enseguida pensé que si él volvía a marcar, al mismo tiempo que yo, nuestras llamadas no podrían ser completadas, así que decidí esperar y, casi enseguida, una nueva llamada volvió a entrar, así que conteste lo más rápido que pude:

—Ey, ¿qué tal todo?, intenté llamarte ayer, ¿todo bien?— le pregunté.

—Qué tal— contestó él con algo de dificultades para hablar— estuve algo ocupado, supongo que no me di cuenta de las llamadas, dormí temprano, todo está bien, es sólo que te quería pedir un favor, pues olvidé comprar un medicamento y quería saber si puedes pasar a comprarlo y venir a dejarlo más tarde, yo lo haría, pero no me siento en condiciones, de hecho me siento algo mal.

Su voz se escuchaba ronca como si estuviera enfermo, algunas palabras apenas y pude entenderlas, intenté no precipitarme en hacer conclusiones sobre su condición, así que seguí la conversación: —Sí, claro —le respondí—, ¿está bien si lo llevo en la tarde? me imagino que te puedo ver en algún lado después del trabajo, de hecho, podemos vernos cerca de la estación, ¿también sales a las seis de trabajar, no?

—Ya no estoy trabajando— respondió Andrés con tono solemne— me despidieron en cuanto todo esto empezó, y con todo esto de la cuarentena, quería pedir el favor, supongo que puedes traerla en cuanto tengas tiempo, cuando salgas de trabajar, no hay mucha prisa.

Más allá de todo lo que yo pudiera suponer sobre su condición, una cosa era muy clara, necesitaba mi ayuda, me percaté, por su tono de voz, que algo estaba mal, pues él se limitaba a minimizar las cosas, y el número de veces que llamó antes a mi teléfono sugería una posible emergencia, y, junto con todo esto, estaba la posibilidad de que al ser despedido se hubiera quedado sin dinero, y la ayuda que me pedía tal vez era urgente, así que no lo pensé mucho y le respondí lo siguiente: —Descuida, si estás en tu casa puedo ir a dejarla, de hecho, tal vez llegue poco más de una hora, sólo pasaré a comprar lo que me digas y estaré allí, no sueñas muy bien, llegaré allí en un par de horas máximo.

—No es tan grave, fue un descuido el no comprarla; pero entonces supongo que te veré aquí en un rato, disculpa las molestias, te mandaré el nombre del medicamento por mensaje, ya que ahora no lo tengo a la mano y no lo recuerdo, lo mandaré enseguida, y gracias por cierto, es una buena ayuda, nos vemos en un rato.

En cuanto la llamada terminó empecé a alistar mis cosas para irme, ya llevaba algunas horas trabajando, y aunque faltaba mucho para que mi turno terminara, ya había decidido irme, no sabía exactamente qué iba a decir para que me dejaran ir sin algún reclamo, tal vez podría decirles que me siento mal, pero al decir eso pondría en alerta al personal sanitario y podrían también detenerme y no me dejarían ir por ser posible portador del virus, reteniéndome por miedo a que contagie a otras personas, así que mientras me dirigía a la oficina principal para avisar de mi repentina salida seguí pensando en qué decir, ya que las opciones no eran muchas, tendría que decir que se trataba de una emergencia para salir sin muchos problemas, aunque, en cierta forma, una parte de mí se había dejado de preocupar, pues sabía que me tendría que ir de una u otra forma, mi ánimo no ha sido bueno el día de hoy, ya que no tenía muchas intenciones de venir a trabajar desde un principio, pero más allá de todo motivo personal que pudiera encontrar, era evidente que mi ayuda es requerida en otra

parte, y un día que salga temprano del trabajo no haría mucha diferencia, después de todo podía reponerlo en algún otro momento, además de que también tengo un compromiso moral con mi amigo, podría decirse que hasta se lo debo. Bien podría llegar a decir a los directivos que un familiar estaba muy enfermo, sería del todo creíble si llego a expresar la seriedad y urgencia necesaria, aunque en cierto punto no estaría del todo mintiendo ya que me dirijo a ayudar a alguien, llegaré y sólo anunciaré mi retiro sin más, el motivo, una urgencia familiar, por como están las cosas el encargado deberá entender, y, aunque no lo hiciera pocos motivos tiene para detenerme, ya que mi trabajo hasta ahora está en orden y forma, y si llega a requerir que cumpla con avances de mis informes, podría hacerlos desde mi casa, al menos, por el día de hoy. Entonces subí las escaleras hasta llegar a la puerta de la oficina que estaba abierta como de costumbre, al asomarme con intenciones de entrar me percaté que había un par de personas en el escritorio, a las cuales pregunté, en cuanto percibieron mi presencia, por el encargado para poder hablar con él, a lo que me respondieron que él no estaba, ya que no había llegado al trabajo en el transcurso del día, al escuchar esto, un pequeño enojo se hizo presente en mí de forma interna, seguido de un sentimiento de alivio a la vez, porque al no estar el jefe, entonces no tendría que justificarme y sólo avisar a quien estuviera como responsable, pues como ya nadie se tomaba en serio su cargo podía faltar a mis labores por un tiempo, así que avisé de manera rápida a las personas que estaban en el escritorio que tendría que retirarme con motivo de una urgencia familiar, una de mis compañeras que estaba en el escritorio se acercó un poco a la puerta donde me encontraba parado y me preguntó de manera muy seria si todo estaba en orden, le dije que no lo sabía, y que por eso tenía que retirarme, ella se quedó unos segundos en silencio mirándome, como esperando a que yo diera más detalles de lo que ocurría, a lo cual yo sólo agaché la mirada y volteé mi vista hacia las escaleras por donde llegué, manteniéndome de pie unos segundos allí parado, al ver esto ella, sin más, contestó que estaba bien, que ella notificaría sobre mi salida, después agradecí de manera rápida y me retiré.

Decidí tomar el colectivo para comprar el medicamento en el centro comercial que estaba a unos minutos de la terminal, sólo esperaba que no estuviera lleno como en veces anteriores, entonces caminé hasta la parada del camión, que está cerca de la entrada principal, había sólo otra persona en el lugar, y después de esperar unos minutos, un camión llegó para abordar el pasaje, entonces pude ver, con cierto alivio, que, aunque había varias personas abordo, no iba lleno en su totalidad, pero la mayoría de lugares ya estaban ocupados, así que decidí subir, pero viajando de pie, pues no era mucha la distancia que tenía que recorrer y parecía soportable, así que me coloqué cerca de la puerta trasera para evitar contratiempos, es una ventaja que a esta hora no haya muchas personas en los colectivos, de hecho, consideré, por un momento, en llegar en colectivo hasta la casa de mi amigo ya que llegué a pensar que, tal vez, en el metro subterráneo no haya mucha gente a esta hora al igual que en el colectivo, de esa manera ahorraría mucho dinero en transporte, y en eso, de la nada, como un recordatorio fortuito, me percaté de que el dinero que tenía conmigo no era el suficiente para pagar transporte particular a la casa de Andrés y volver a la mía, de hecho, no sé si tendría para comprar la medicina, si el medicamento excedía

los precios entonces no habría muchas alternativas, y aún si pudiera comprarla, me quedaría sin dinero para pagar un taxi, pues me vine con el dinero exacto para llegar al trabajo y regresar a casa, ya que no quería traer conmigo dinero que no necesitaría para gastar de más, entonces seguí intentando pensar en una posible solución mientras viajaba allí de pie, cuando, de repente, me di cuenta que ya estaba cerca de la parada donde tendría que bajar, así que presioné el botón que está por encima de la puerta trasera para indicar mi bajada, al mismo tiempo un mensaje de Andrés llegaba a mi teléfono con el nombre e indicaciones de lo que tenía que comprar, y entonces comencé a caminar a la entrada del supermercado mientras aprovechaba para llenarme las manos con el gel desinfectante de una botellita pequeña que traje de la oficina, y que al terminar de usar volví a guardar en mi bolsa, al entrar al edificio busqué enseguida la farmacia para poder comprar el medicamento, parte de mi seguía con cierto temor a que no alcanzara el dinero para poder comprarlo, después de un par de minutos encontré la farmacia que era atendida por una señora de unos cincuenta y tanto años, le dije lo que necesitaba y me indicó el precio, que, afortunadamente estaba dentro del alcance de mi economía, así que pagué lo más rápido que pude y me dispuse a salir del supermercado; a estas alturas era más que obvio que tendría que viajar en el metro, pues el gasto del medicamento había afectado los planes, como ya lo había supuesto, sólo esperaba que al igual que el colectivo, no hubiera mucha gente en el metro, porque aunque creo que ya logro controlar mis impulsos de hipocondríaco, sigue siendo difícil por momentos mantenerse en lugares cerrados llenos de personas por mucho tiempo, entonces caminé a la estación de metro más cercana que se encontraba a un par de cuadras del supermercado.

Al llegar al subterráneo bajé las escaleras para entrar y, mientras compraba mi boleto de abordar en una ventanilla, volteé un par de veces a la zona de espera para saber el número aproximado de personas que también esperaban el metro, parecía que no había muchas, pues cuando al acercarme a la zona de abordaje calculé, tal vez, unas quince personas o quizá un poco más, entonces esperé unos minutos hasta que llegara el tren, mientras tanto, volví aplicarme gel desinfectante en las manos de la botellita que llevaba todavía conmigo, así como también saqué mi cubre bocas que también llevaba conmigo entre mis cosas, de pronto, se escuchó el crujir del riel sonar a la distancia, el vagón se estaba aproximando, debía viajar, a partir de ahora, por lo menos, una media hora para transbordar a otra estación y de allí, tomaría unos 15 minutos más para llegar a la casa de Andrés, si todo sale bien, es buen tiempo, considerando que ahora es la una de la tarde con treinta minutos, significa que estaré allí, aproximadamente, antes de las tres de la tarde, el vagón había llegado y se detenía lentamente, algunas personas se acercaban a las áreas de entrada para abordar en cuanto parara, al igual que yo, entonces se detuvo y las puertas se abrieron, intenté no quedar muy cerca de la puerta para no ser el primero en entrar, y, cuando casi todos ya habían subido, entré yo lentamente, y como lo había supuesto no había muchas personas, la mayoría de asientos también estaban ocupados pero aún quedaban algunos, y me senté en uno que estaba al final de una fila pequeña, de este lado del vagón había menos gente, después las puertas se cerraron emitiendo un sonido de alerta para avisar que estábamos por partir, muchas de las personas que también viajaban tenían puesto un cubre bocas, pero no todas, algunas no llevaban

nada para cubrirse, al principio lo interpreté como un acto irresponsable, pero después empaté el hecho de que era muy probable que ellos estuvieran en una situación similar a la mía, en donde están obligados a cumplir funciones para evitar perecer en la carencia, aunque ya, de por sí, ya hay muchas carencias, y posiblemente, olvidaron sus precauciones al salir de su jornada, de igual modo juzgarlos no me salvaría, aún si sus motivos era legítimos o injustos, ya estábamos en la misma situación.

Después de avanzar un rato y, de manera repentina, el tren se detuvo y abrió sus puertas, pues ya habíamos llegado a otra estación, y varias personas subieron también en esta ocasión, los espacios se acortaron pero aun era soportable el encierro, aunque tiempo después, en la siguiente estación, subieron todavía más personas, que me tuve que poner de pie para ceder el poco espacio que tenía, me sostuve cerca de un tubo de mano, sentía, que otra vez me faltaba la respiración, aunque intentaba controlarme de manera continua, seguimos avanzando y perdí la cuenta de las estaciones que pasamos, no me sentía bien, por momentos sujetaba el cubrebocas con mis manos, e intentaba distraer mi mente para poder controlarme, pero no servía de mucho, me sentía asfixiado y paranoico, intenté buscar de lejos la ilustración del mapa pegado en una pared lateral del vagón para saber cuánto más había que aguantar todo esto, pero el mapa estaba muy alejado para que pudiera yo distinguir algo, me estaba conteniendo lo mejor que podía, era inevitable el contacto con las personas con cada movimiento del vagón, siento cómo mi respiración se acelera por ratos, me siento atrapado entre tanta gente, intenté moverme para ver mejor y poder ubicarme, pero mis intentos empeoraban mi condición, además de que la ilustración del mapa está en sentido contrario al de la puerta de salida, entonces si me acercaba a la ilustración me alejaba de la salida, entonces decidí, como pudiera, acercarme mejor a la puerta de salida, para intentar mirar por la venta la estación en la que estamos, así que, con muchas dificultades, comencé a avanzar hacia la puerta, con poco éxito, ya que cada uno de mis movimiento molestaba a las personas a mi paso, pues estábamos muy apretados, fue hasta que el vagón volvió a parar y varias personas salieron, cuando entonces pude acercarme a la puerta y observar que la estación en la que acababa de hacer parada el tren era donde precisamente tenía que bajar, así que salí casi como pude, empujando sin querer algunas personas, después la puerta se volvió a cerrar y el vagón se marchó, sintiéndome libre por fin, sentí cómo el aire me regresaba el alivio, caminé unos pasos hasta poder recargarme de un muro cercano, y me quedé un par de minutos allí, mientras pensaba en que no quería volver a pasar por eso, ya que me costaba controlarme, debía, entonces, encontrar una alternativa de transporte para cuando volviera a mi casa, pero no pensé mucho en eso, pues el alivio que sentía por ahora bastaba por el momento, así que lo dejé para después y caminé a la estación correspondiente para hacer el transbordo, el caminar ayudó a mejorar mi condición hasta recuperarme por completo, pero aún estaba el riesgo de que el siguiente vagón tuviera la misma suerte, pero la historia no se volvió a repetir, porque el recorrido era más corto, pues iba sólo a un par de estaciones más, además de que la línea en cuestión era poco usada a esa hora, así que no hubo problema en el segundo viaje, y continué hasta la estación pertinente, aquella que me dejaba más cerca de mi destino.

La casa de mi amigo estaba a unas cuadras de aquella estación de metro subterráneo, así que al desabordar el vagón caminé hasta su casa, y entonces, al estar a algunas cuadras cerca de llegar a su puerta, llamé por teléfono para que él estuviera listo y pudiera abrirme, a lo que me respondió que me arrojaría las llaves desde su ventana cuando ya estuviera allí, como lo había hecho en ocasiones anteriores, ya que él vive en un edificio de varios departamentos y el edificio no es muy grande, y así sucedió, cuando llegué y abrí la puerta noté que en el corredor de la entrada había algunas cartas de correspondencia, ya que se dejan en la entrada para que, al entrar, cada inquilino busque la suya y la recoja, así vi, rápidamente, que había varias que pertenecían a Andrés, parece que no había salido en algo de tiempo, sin más, tomé las cartas con su nombre y subí las escaleras para llevárselas a su departamento, toqué la puerta al llegar y él me contestó con un simple: «pasa, está abierto». El tono de su voz sonaba algo débil, al entrar no pude encontrarlo a primera vista, así que cerré la puerta con algo de fuerza para indicar que ya había entrado, y entonces volvió a gritar él: «estoy aquí, en mi cuarto, ¿trajiste el medicamento?».

«Sí», contesté, mientras observaba que su departamento parecía algo descuidado, «te llevaré agua para que puedas tomarlo, ¿hay agua en la cocina?». Pregunté mientras avanzaba hacia la cocina sin esperar respuesta, pues conocía el lugar por visitas anteriores, había poca agua en su reserva, sus garrafones casi estaban vacíos, y había cierto olor desagradable, tal vez, por la basura que tampoco había sacado en algunos días, al acercarme a la mesa pude observar una caja de pastillas ya abierta igual a la que tenía conmigo, sentí alivio al verla, ya que eso indicaba que no me había equivocado al comprar el medicamento, pero al tomar la caja abierta pude notar enseguida que aún tenía pastillas, un poco menos de la mitad, pero aún tenía, lo cual me pareció algo raro, porque él había dicho que se trataba de una emergencia, aunque tal vez, se confundió y me pidió el medicamento equivocado, o simplemente contó mal sus pastillas, o en última instancia, tal vez era yo quien se había equivocado interpretando mal la situación, entonces volví a dejar la caja abierta en su lugar y le serví el agua en un vaso, después me dirigí hacia su cuarto para que pudiera tomar su medicamento, al entrar se podía sentir un calor atrapado, pues sus ventanas estaban cerradas y no había ventilación, la luz de la habitación era tenue, apenas se veía lo suficiente para no tropezar con las cosas que estaban regadas en el piso y en el espacio del cuarto, me acerqué poco a poco hacia él, que estaba acostado en posición lateral dando la espalda hacia mí, también estaba cubierto del cuerpo con lo que parecía ser una cobija, lo cual era extraño debido al calor que se sentía allí, me acerqué y puse el vaso sobre una mesita que está al lado de la cama, lo observé por un momento, pero él tenía tapada también la cara, retrocedí un poco y me quedé cerca de una ventana mientras abría la caja nueva para darle una pastilla, pero aún con el ruido que hacía con mis pasos y la caja en mis manos, él no decía ninguna palabra, y entonces le dije: «creo que hace algo de calor aquí, tal vez debería abrir una ventana, así también podrá entrar algo de luz». Pero no recibí respuesta inmediata, y entonces me acerqué más a la ventana para abrirla y ver con más claridad lo que le pasaba, pero cuando estaba a punto de abrirla me respondió: «No abras la ventana, no me siento muy bien, prefiero que todo esté así como ya está, la luz me molesta un poco». Mencionó él con tono enfermo.

—Te traje el medicamento, lo pondré aquí, para que lo tomes— le dije mientras le dejaba un par de pastillas al lado del vaso con agua de la mesita. Mientras yo me quedé parado a su lado para revisar que se tomara las pastillas.

— Gracias— contestó él, mientras hacía esfuerzos por intentar recostarse en su espalda—. Esta maniobra le llevó algunos intentos, primero para descubrir su cuerpo y poder moverse, cosa que me pareció extraña, ya que siendo él una persona delgada uno pensaría que no debería tener tanto problema, le ofrecí mi ayuda y dijo que no con un tono de balbuceo, de igual modo me acerqué para ayudarlo a sentarse sobre su cama, pero igualmente levantó el brazo en señal de que no lo hiciera, ya se había destapado el cuerpo y la cara, me volteó a ver con cara de desorientado, después observó por unos segundos el vaso con agua y las pastillas que estaban en la mesita, y estiró el brazo para tomar ambos. En ese momento saqué la caja de medicamento de mi pantalón para mostrársela y así pudiera identificarla y saber entonces que no se estaba cometiendo algún error, «¿es este el medicamento?», le pregunté acercándole y mostrándole la caja de pastillas, a lo cual sólo afirmó con un movimiento de cabeza, fue entonces que al aproximarme y poder verlo más de cerca, se hizo evidente que no se encontraba nada bien, su color palidecía de manera enfática, y se miraba demasiado débil, y cuando le pedí que reconociera la caja del medicamento apenas y la observó, como si no contara con la concentración suficiente, ni con el interés, a todo esto, le sumaba que casi no había dicho nada, apenas hablaba, entonces le toqué la frente para tomar su temperatura, la cual era considerablemente alta, sus ojos estaban entrecerrados como si fuera a desmayarse en cualquier momento, me alarme enseguida, no entendía por qué razón estaba en estas condiciones, no era normal, y entonces le pregunté que si había tomado algún medicamento antes, a lo cual negó con la cabeza, cosa que me volvió a alarmar, parecía muy débil, le dije que necesitaba que él me contestara con más detalle, de esa manera, pensé, podría intentar diagnosticar la gravedad del asunto, pero a él le faltaba mucha fuerza, pareciera que perdería el conocimiento en cualquier momento, así que le dije, con tono algo alarmado, que tenía que llevarlo al hospital, pero él volvió a negar con la cabeza de inmediato y, de pronto, se esforzó para decir algunas palabras: «No, al hospital, no, ya tomé el medicamento, sólo necesito dormir un poco, después de eso estaré bien, sólo me siento muy cansado». Dijo él volviéndose a recostar.

Yo sabía que lo que tenía no era normal, pues lo conozco de hace mucho tiempo y no lo había visto así nunca, cierto pánico se presentó en mí, pero no fue un pánico por miedo a la enfermedad o a las posibilidades de que se tratara de algo en serio y peligroso, sino por percibir lo grave de la situación, en donde el no hacer nada podría resultar en consecuencias muy graves o irreparables, y lo peor es que las opciones de reacción no eran muchas, pues no teníamos transporte para trasladarnos a ningún lado ya que el carro de mi amigo estaba descompuesto, y yo no tenía dinero para trasladarlo a algún hospital, aunque de tenerlo a dónde lo podría llevar, no sé si tenga algún seguro ya que la mayoría de los hospitales sólo te atienden con seguro inscrito, así que le pregunté rápidamente por su seguro, y él volvió a negar con la cabeza: «No tengo seguro. —respondió y continuó:— El único seguro que tenía era el del trabajo, pero me despidieron hace unos días, entonces ya no lo tengo, aunque

no deberías preocuparte mucho, estaré bien, ya me ha pasado antes, no tengo esa enfermedad que todos tienen, estaré bien».

Aunque su entusiasmo había mejorado, sería demasiado arriesgado el no recibir la atención médica que necesita, había llegado a pensar que su malestar era tal que, su condición había hecho confundir o creer que su medicamento se había terminado, ya que su desorientación era evidente, pues, por momentos, dudaba y no sabía yo cómo actuar, por su temperatura y síntomas, era obvio que las cosas no estaban nada bien, aunque él intentara negarlo, su aspecto reflejaba lo grave de su condición, necesitaba hacer algo por él, sentía la obligación moral de ayudarlo de alguna forma, eso era claro, no había más que pensar en la forma de sacarlo de aquí y llevarlo a un hospital, y sabía que debía ser lo antes posible, pues estaba claro que él estaba cerca del colapso, sabía lo que tenía que hacer, pero no sabía de qué manera iba hacerlo, pues había dos problemas, el primero era la forma en la que iba a trasportarlo, ya que no tenía el dinero suficiente para pagar transporte particular, y aunque pudiera llevarlo estaba todavía el problema por saber en qué hospital podrían atenderlo, pues sería un peor escenario quedar varados en la calle sin ayuda, entonces le pregunté si es que tenía algún dinero guardado para poder pagar el viaje al hospital, pues la atención médica que él necesita, al tratarse de una emergencia, requería con urgencia acciones efectivas, podía prescindir abstenciones y gastar lo necesario ahora, ya después, podríamos ver la forma de recuperar los gastos, cuando llegara el día de paga, podría recuperar su dinero y pagárselo, lo único que importaba ahora era llevarlo con un médico, pero entonces entendí que llevarlo al hospital tal vez era el menor de los problemas, porque de una u otra forma se podía pagar el transporte, pero cómo pagaríamos sus atenciones médicas, él estaba en la quiebra al igual que yo, y no contamos con dinero, y con toda la situación que hay en los hospitales debido a la pandemia, no hay suficientes lugares para atender a todos, lo último que quisiera sería exponerlo a una situación de riesgo en donde no reciba las atenciones adecuadas y sea desplazado con indiferencia, se han escuchado teorías de que varias personas no están siendo debidamente atendidas, por no contar con los recursos necesarios para pagar un trato más digno, y son recibidos, como último gesto de humanidad, por derecho, aunque el protocolo que se les asigna se basa en minimizar el problema o en internarlos en camas para ser olvidados poco a poco, pero no son atendidos como se debe, porque al parecer la pobreza también es una enfermedad que se contagia con la indiferencia, como si la salud fuera también una mercancía, pues, después de todo, parece que el criterio para merecer la vida también se mide por la posibilidad de poder pagarlo, entonces, al ver que las opciones eran muy limitadas, llamé a Daniela, pues parecía una buena opción para darme algún consejo, o de ser posible, solicitar su ayuda como doctora, así que le llamé sin pensarlo mucho, pero, como lo imaginaba, parecía que estaba ocupada, pues la llamada ni siquiera entraba, supuse que tendría mucho que hacer, eran las primeras horas de la tarde, las tres, para ser exactos, y por como están las cosas, no podría contar con ella para pedir su ayuda, intenté un par de veces más, con algo de desesperación, pero el resultado fue el mismo, todo se reducía por un momento y parecía no haber salida por ningún lado, a qué solución puede atenerse para recuperar el bienestar que nos fue

arrebatado, ¿qué tanta igualdad puede haber en un sistema que sólo te permite morir en el olvido o morir trabajando? El nivel de frustración creció cuando Andrés comenzó a toser de manera repentina, era un toser fuerte y estridente, él se llevaba las manos a la cara para contenerse, pero era inútil, los gritos de dolor se combinaban con el sonido de cada toser, se sentó a lo orilla de su cama, con sus espalda arqueada para enfrente, como resistiendo a las fuertes convulsiones que su pecho sufría, me acerqué en seguida para auxiliarlo, pero en un rápido instante cayó al suelo, apenas y pudo meter las manos para amortiguar el golpe, me acerqué rápido y lo toqué por la espalda para ayudarlo a reincorporarse, la temperatura de su cuerpo era todavía más alta, lo sé porque al tocarlo, aún sobre su ropa, podía sentir la humedad del sudor, era tan evidente su sufrimiento que se reflejaba en el esfuerzo por intentar mantener sosteniendo su cuerpo con sus dos brazos tambaleantes, lo tomé por lo hombros para ayudarlo a volver a la cama, pero él quitó uno de mis brazos de su hombro para señalar algo con su mano, apuntaba en dirección hacia la puerta como buscando algo, de su boca sólo salía aquel sonido estrangulador mientras seguía tosiendo, como si el habla se le ahogara en su lucha por respirar y lo único que pudiera pronunciar fueran intentos o pedazos de vocales mal dichas, entonces volteé hacia aquello que intentaba alcanzar, y entendí que él miraba de manera fija una cubeta que estaba cerca de la puerta, pues seguía señalándola con su brazo estirado con un esfuerzo desesperado, como si intentara alcanzarla, lo cual era casi imposible ya que estaba a suficiente distancia para poder tomarla él mismo, entonces sin dudar me levanté para acercarle la cubeta, y cuando apenas volvía para poder dársela él comenzó a vomitar sobre el piso un líquido de color rojo intenso, similar a la sangre, el olor era penetrante y muy fuerte, el líquido salía disparado con fuerte impulso, las arqueadas violentas de su cuerpo hacían ver la elasticidad de su espalda, así como la fuerza de la inercia contenida y el sufrimiento que era sacar y escupir todo aquello, intenté con todas mis fuerzas soportar el asco, logrando apenas acercarle la cubeta como último gesto de humanidad, ya que tuve que retroceder y salir por un momento del cuarto con el pretexto de ir por algo al baño para poder limpiar el vómito, y, mientras lo hacía, intentaba reincorporarme con todas mis fuerzas, tenía que mantener el control para poder sacar a mi amigo de aquí y llevarlo a un hospital, al volver con las cosas para limpiar aun se podía escuchar su malestar, sin más, entré otra vez al cuarto, intentando restablecer mis fuerzas para intentar limpiar todo el desastre que estaba pasando, lo primero que hice fue levantarlo para no dejar que siguiera entre el vómito, así que lo tome por su espalda y lo regresé a su cama, y después intenté quitarle su playera para tratar de limpiarlo un poco, pero entonces me percaté de que él estaba totalmente inconsciente, dije su nombre tres veces, y le pedí que despertara en otras varias, pero él no respondía a ningún estímulo, apenas lo aseé un poco y lo volví acomodar en la cama, y me acerqué para asegurarme de que aún respiraba, aunque sus respiros se sentían algo débiles, pero aún constantes, sabía que no debía perder más tiempo, entonces llamé rápido al número de emergencias, el servidor sonó varias veces hasta que me respondió algo parecido un contestador, pues se trataba de una grabación predeterminada de una máquina que me sugería opciones con diferentes contextos, por suerte, entre los primeros estaba

la opción de hablar con un especialista, así que seleccioné ese rápidamente, y después de esperar por unos minutos, contestó un operador que, cuando habló, me costó un poco poder entenderle por lo rápido que pronunciaba las palabras, así que le dije de inmediato que se traba de una emergencia y que no tenía mucho tiempo, necesitaba que una ambulancia me auxiliara de manera urgente para llevar a una persona al hospital pues su estado era grave, y, al terminar de decir esto, el operado hizo una pausa antes de contestar, y lo siguiente que hizo fue preguntarme dónde se encontraba el domicilio donde se necesitaba la ambulancia, lo cual me hizo hacer una pausa, pues no recordaba el nombre de la calle, pero, después de unos segundos, se lo dije sin problemas, así como también di la referencia de las avenidas principales cercanas, el número del edificio, así como la condición de Andrés, quien necesitaba la atención de manera inmediata, mencionando también su estado de inconsciente y su muy alta temperatura, pues parecía no tener reacción alguna, después de eso el operador me preguntó por el consumo de medicamentos que mi amigo había ingerido, y contesté de manera afirmativa, mientras buscaba la caja de medicamento para mencionarle el nombre específico, después le expliqué, de manera rápida, cómo él comenzó a toser y después a vomitar, para que el diagnóstico fuera más completo, así como también le solicité algunas recomendaciones para hacer que él estuviera mejor mientras la ambulancia llegaba, a lo que el operador al teléfono me contestó de manera muy simple: — necesitas llevarlo a un hospital, su estado es grave y no puedes arriesgarte a que continúe así por mucho tiempo, así que debes llevarlo al hospital que le corresponde, de preferencia en donde a la clínica que indique su seguro, pues lamentablemente los hospitales en su mayoría están saturados, así que debemos seguir las indicaciones y protocolos para combatirlo, entonces debes llevarlo a su clínica cercana, también existen varios lugares adaptados para los enfermos del virus, puedes buscar uno cercano para que lo atiendan, y tendrás que llevarlo antes de que podamos mandar una ambulancia, pues con el último brote la demanda de ambulancias sobrepasó nuestro alcance y lo único que puedo hacer es ingresarte a una lista de espera, por esa razón debes llevarlo tú mismo antes de que una ambulancia pueda auxiliarte.

Un gran sentimiento de abandono y frustración se presentó de manera profunda en mí, ni siquiera me molesté en continuar con la llamada y colgué tirando el teléfono sobre la mesita que estaba al lado de la cama, y me senté en una silla que estaba enfrente a contemplar el caos que estaba ocurriendo, para intentar procesar el vacío y la falta de sentido en todo esto, ya que simplemente no podía terminar de creer la manera tan absurda en la que moriríamos en este encierro, me llevé las manos a la cabeza inclinándome contra mis rodillas, aún no terminaba de asimilar o de manifestarme una derrota, pues sabía que tenía que salir de allí, pero el sentimiento de ira y enojo se acrecentaban, sabía que debía controlar mis pensamientos y emociones para tener la mente clara y tomar una buena decisión, así que lo intenté, con mucha dificultad, ya que al estar estando allí sentado frente al cuerpo inconsciente parecía una escena irreal, como si todo fuera sólo una pesadilla, que terminaría en cualquier momento, resultaba difícil aceptar que frente a mí estaba su cuerpo inerte sobre una cama seguido de un piso lleno de lo que parecía ser sangre en medio de un pequeña

habitación silenciosa mientras los rayos de la tarde estaban allá afuera indiferentes a cualquier hecho, ahora pocas cosas me preocupaban del mundo, sólo tenía un objetivo en mente, y al pasar del tiempo recuperaba cada respiro, intentando pensar en una solución para calcular el siguiente movimiento, y después de un rato meditando recordé el número que Daniela me había enviado el día que hablamos, dijo que lo usara sólo en caso de emergencias, aunque nunca mencionó de quién era el número o para qué servía, entonces me levanté y tomé el teléfono de la mesita y busqué el número, y al marcarlo me percaté de que no parecía un número común ya que su lada comenzaba con dígitos distintos, me quedé estático por unos segundos, sólo para pensar qué debía decir o qué debía esperar, y entonces llamé, varios tonos sonaron enseguida, no pasaron de cinco tonos cuando una mujer con voz algo mayor contestó de manera clara:

—Hospital médico servicios, ¿en qué puedo ayudarle?

Me quedé en silencio e intenté recordar lo que tenía que decir:

—Buenas tardes, hablo para preguntar por la doctora Daniela.

—Un momento, por favor— dijo la operadora seguido de una pausa algo prolongada, dejándome en espera, lo cual me pareció algo raro, pues no sabía que esperar o de qué se trataba todo esto, después de casi un minuto volvió a atenderme.

— ¿Es usted familiar de la doctora Daniela? Ya que sólo puedo brindar información a sus familiares— mencionó la operadora con voz algo amenazante.

— Sí— respondí casi de inmediato—, ella es quien me dio el número para que llamara, la he estado buscando, cree que pueda ayudarme, soy su esposo— mentí.

— La doctora V. Daniela está en observación, ya está siendo atendida, no puedo dar explicaciones por el parte médico, para eso tendrá que presentarse en este hospital y recibir el diagnóstico de los especialistas, aunque es importante decir que tendrá que agendar una cita con ese departamento, al cual yo misma le daré un número de contacto y extensión para poder hacerlo, ya que el hospital tiene medidas de prevención, así como nuevos protocolos sanitarios para evitar que el edificio se llene de personas de manera innecesaria, esto con intención de seguir las medidas de la cuarentena, si tiene donde anotar le proporcionaré el número de contacto ahora.

Caminé y tome una libreta pequeña que estaba en un mueble cerca de la puerta, para poder anotar, y ella me facilitó un número de unos diez dígitos seguido de una extensión de otros cuatro números, entonces le agradecí por el gesto y le dije que haría agenda lo más pronto posible, entonces la operadora me dijo una serie de horarios que podía seguir para las visitas, y después me volvió a advertir, que de no ser necesario no saliera de casa, ella estaba por terminar la llamada cuando preguntó si necesitaba algo más, de hecho, lo preguntó mas como anunciando que estaba por terminar la llamada, y entonces le pregunté lo que realmente necesitaba, y dado que era una de mis últimas oportunidades no perdí tiempo:

—Necesito una ambulancia— le dije con tono alarmado y continué:

—Es para mí, la solicité antes pero al parecer nadie puede ayudar por ahora, no puedo manejar ya que mi condición es mala, y no quiero desmayarme en el trayecto, me sería de mucha ayuda, el malestar es demasiado, y para ser honesto creo que tengo el virus, estoy desesperado y por esa razón buscaba a Daniela, para que pudiera ayudarme, pero parece que todo está empeorando, y necesito atención médica,

estoy solo y no hay nadie que pueda auxiliarme, todos están en crisis ahora, si llego a quedar inconsciente no habrá nadie que pueda ayudarme porque me quedaré aquí atrapado, necesito una ambulancia con urgencia.

Un silencio profundo se mantuvo en la línea por unos segundos, la pausa terminó con el sonido de la voz de la operadora algo comprometida, como sin saber qué hacer, creyendo, tal vez, al igual que yo, que toda esta situación debía ser irreal.

— ¿está usted seguro que no hay nadie que pueda ayudarlo? debe llamar al número de emergencias disponible para la población, tal vez ellos puedan ayudarle, —Contestó ella con cierta impaciencia.

—No hay nadie, —repetí con algo más de desesperación, — llamé al número de emergencias y me dijeron que me pondrían en una lista de espera para ambulancias, o que fuera yo a un hospital para ser atendido, pero no creo que me ayuden, además de que mi condición es muy mala, apenas y pude tomar el teléfono—. Después de decir esto tosí muy fuerte para hacer más convincente la historia.

—Hay una crisis, señor, es muy difícil ya que todos estamos en la misma situación, — contestó ella haciendo otra pausa, y continuó: —pero intentaré ayudarlo, debo advertir que no le aseguro nada, no puedo afirmar que la ayuda llegará, entonces tendrá que aguantar, esa es la única opción que puedo darle, una ambulancia podría llegar a su domicilio, si todo sale bien, según tengamos disponibilidad, tal vez podría ser pronto o en un lapso más prolongado, de media hora a una hora dependiendo la distancia, si el lugar está a mucha distancia de aquí es muy probable que no llegue a su destino, así que necesito me indique su dirección, y por último, debo mencionarle que los servicios no se prestan de esta manera, lo hago debido a la crisis y escases de atención que hay justo ahora, haré lo que esté en mis manos, pero si el servicio no ha llegado a más tardar en una hora tendrá que buscar otro medio para ser atendido, lamentablemente no podemos darnos el suficiente abasto, así que es todo lo que puedo hacer por usted, esta línea de atención es de servicio para atención a médicos y asuntos del personal del hospital, así que debo pedirle que la use únicamente con esos fines, ya que todos intentamos hacer lo mejor que podemos, así que espero que mi ayuda sea de su alcance y no queda más que esperar. Tenga un plan de contingencia en caso de no poder auxiliarlo, no debe estar encerrado usted solo si su condición es mala y grave.

Antes de terminar la llamada agradecí nuevamente por la atención, e inmediatamente después le di mi dirección y todos los datos que necesitaba para la referencia y ubicación del edificio, y sin más, terminé la llamada. No sabía con exactitud si había logrado algo, pero se sentía como un pequeño alivio, pues ahora, aunque sea, había una pequeña probabilidad para llevar a Andrés a ser atendido a un hospital, así que me dispuse a terminar de asearlo, porque no podía irse con esa ropa manchada y mal oliente, entonces me puse a buscarle ropa más limpia y lo terminé de cambiar, ya que aunque la ambulancia no llegara tendría que sacarlo de alguna forma y debía tener un aspecto presentable por lo menos, además de que no llevaría mucho tiempo, y después de unos algunos minutos había terminado de hacerlo y lo volví a dejar en la cama para que descansara, mientras tanto, volví a la cocina para tomar agua, pues el calor que estaba haciendo sumado a la toda la agitación me había

dado mucha sed, y mientras me refrescaba no dejaba de mirar el reloj y de percibir esa sensación eterna de medir el tiempo, la operadora me había dicho que la ambulancia estaría en máximo cuarenta minutos, debido a las distancias con el hospital, claro, en caso de que llegara, con todo, la espera era cada vez más difícil, porque tal vez estaba esperando por nada, y mientras tanto el tiempo que pasaba se perdía, pero de pronto, el optimismo se mezclaba con la esperanza y creía, aunque sea por un momento, que la ayuda llegaría, entonces cierta desesperación e impaciencia se presentaba a ratos en aquello que podía creer, y la angustia crecía lo suficiente, porque entre el hacer y no hacer se encontraba este juego de la supervivencia, de un momento a otro un escenario de esperanza se convertía en el más trágico, como si el destino estuviera en manos del azar, entonces, después de meditarlo por un rato, decidí que teníamos que salir de ese departamento, porque aunque la ayuda viniera sería difícil bajarlo desde un segundo piso, ya que el espacio de las escaleras es muy angosto para demasiadas personas, y al ser él un poco más delgado que yo, supuse que podría cargarlo hasta la salida del edificio yo solo, y así para cuando llegue la ambulancia no haya complicaciones para que se lo lleven, así que calculé el tiempo que me llevaría bajarlo y contemplé también el tiempo que llevaba esperando, esto con el fin de que intentara coincidir el tiempo de espera con el momento en que llegara la ambulancia, así no tendríamos que estar mucho tiempo expuestos en la calle, y entonces deduje que debería bajarlo en unos quince minutos, ya que desde la llamada ya habían pasado aproximadamente veinte minutos, más diez minutos que me llevaría bajarlo, en total sumarían el tiempo aproximado de la espera que me indicó la operadora, así que esperé por un rato más. Esta idea me terminó de convencer porque en caso de que no llegara la ayuda, podría pedir algún auxilio en la calle, y aunque eso no aseguraba que alguien llegara a ayudarnos, parecía una mejor opción a seguir aquí encerrados, entonces me levanté imaginando estratégicamente los primeros movimientos, la manera en que abriría la puerta y la forma en que lo llevaría cargando para comenzar a bajar, también los puntos de apoyo en que podría descansar en caso de que no soportara en algún momento el peso, entonces deduje que haría una escala al bajar el primer piso, y después otro en planta baja, no debía tener mucho problema en bajarlo, pero, de igual modo quería ser muy cuidadoso, porque lo último que quería era lastimarlo y que las cosas empeoraran y terminaran agravando la situación, me acerqué a revisar el cuerpo inconsciente una vez más antes de salir, y pude ver que su respiración era débil todavía, volví a intentar despertarlo moviéndolo otra vez mencionando su nombre, pero el resultado no tuvo éxito, así que decidí que era todo y que era tiempo de salir, y entonces volví a el cuarto que conectaba a la entrada del departamento para abrir la puerta y mantenerla así poniendo una silla para que atorara la puerta y no se cerrara mientras intentaba salir cargando a Andrés, y al terminar volví rápidamente al cuarto para comenzar con la operación de llevarlo abajo, primero lo tomé por los brazos para intentar inclinarlo, al principio pensé en cargarlo en mi hombro y así poder sacarlo, pero pronto me di cuenta de la mala idea que era, pues en caso de que perdiera el equilibrio o de que no poder distribuir el peso caería junto con él en las escaleras, entonces opté por intentar llevarlo entre mis brazos cargándolo y hacer pequeñas escalas en caso de cansarme, sabía que

existía también un riesgo en sacarlo de esta manera, pero tenía, por así decirlo, más posibilidad de respuesta y control en caso de que algo saliera mal, entonces acomodé su cuerpo en la cama de manera extendida, a manera que yo pudiera cargarlo sobre mis brazos, y después de calcular la distancia y fuerza necesarias lo cargué, el gran peso que sentí de inmediato me hicieron dudar de mis fuerzas, pero seguí de igual modo y caminé hasta el cuarto siguiente donde se encontraba la puerta ya abierta e intenté frenar mis apurados pasos para no golpear su cuerpo en la salida, pues al estar él de manera vertical, había que buscar la forma de maniobrar para que el reducido espacio de la puerta no lo golpeará al salir, propósito que resultó inútil pues terminé golpeándolo en la cabeza de manera accidental debido a la poca resistencia que yo tenía al cargar su peso, ya que me empezaba a cansar rápidamente y, por tanto, se me comenzó a resbalar de los brazos de manera involuntaria, así que apenas atravesando la puerta de salida lo bajé de manera brusca en el piso, pues mis fuerzas ya no resistía mucho, soltándolo de manera accidental, después lo recargué de la pared de enfrente que estaba muy cerca, y lo dejé allí sentado por un momento en lo que volvía a entrar rápidamente en el departamento para sacar las llaves que había olvidado en la habitación, y de paso, cerrar la puerta de manera apropiada, al terminar volví a intentar cargarlo pero me di cuenta de que sería muy difícil para mí cargarlo entre mis brazos otra vez, pues no soportaría su peso y podría soltarlo o caerme, entonces lo tomé por la parte trasera de su espalda sujetándolo hasta su estómago como abrazándolo por detrás para así poder llevarlo, casi arrastrando, por el pasillo hacia a las escaleras, ya que me pareció que sería un mejor método, pues así sería más seguro, y así lo hice, no tardamos muchos al llegar a las escaleras para comenzar a bajar, entonces pensé llevarlo de la misma forma, ya que al estar las escaleras de manera inclinada, parecía ser una buena opción llevarlo del mismo modo, tomándolo por la espalda, así podía yo arrastrarlo escaleras abajo maniobrando de manera más segura, soportando su peso, siendo yo quien anticiparía los pasos yendo de espaldas hacia abajo, continúe los primeros pasos, el peso del cuerpo parecía ser más manejable de este modo, pero no por eso más liviano, pues me cansaba de igual modo, pues más allá de mi pésima condición física, Andrés y yo teníamos casi la misma corpulencia, pero él era todavía un poco más voluminoso de cuerpo que yo, ahora podía evidenciar mi exceso de confianza al pensar que podría cargarlo sin problemas, y ahora podía comprobar mi error, pues al avanzar a cada paso me agotaba un poco más.

Estábamos por lograr bajar la primera serie de escaleras para llegar al primer piso, y entonces pisé mal un escalón que hizo que cayéramos recibiendo un golpe considerable, la altura no fue muy alta, pues estábamos prácticamente ya en la superficie de las escaleras que conecta un piso con otro, similar a un balcón que permite girar en zigzag en un espacio más o menos amplio, siendo yo quien me llevara la peor parte del golpe, pues Andrés cayó encima de mí de manera inerte debido a su estado de inconsciente, entonces levanté su cuerpo y lo acomodé una vez más en la pared más cercana para así poder descansar un rato y volver recuperar fuerzas, después me senté de al lado de él por un rato, mientras pensaba en el resto de escaleras que faltaban por bajar, ya que estábamos a la mitad del descenso, no faltaba

mucho, al final de las escaleras seguía el pasillo que daba a la entrada principal. Después de unos minutos sentado allí, volví a ponerme de pie para continuar, y fue entonces que me di cuenta que mis fuerzas se estaban acabando, pues aún después de descansar por un rato todavía me sentía cansado y mi cuerpo se sentía pesado, pero aún con la suficiente fuerza de voluntad para poder salir de allí, pues con la velocidad de la inercia y la preocupación, no había mucho tiempo que perder, así que volví a levantar a mi amigo para bajar las últimas escaleras, tomé más precauciones en esta ocasión, mi paso era más lento pero más seguro, ya que no quería que nos volviéramos a caer, así continué hasta llegar abajo, al piso del pasillo principal, ya estábamos cerca sólo hacía falta arrastrarlo hasta la salida y todo estaría listo, la distancia ya no era mucha, pero debo admitir que me sentía algo sofocado, así que hice un último esfuerzo para llevarlo, y al llegar a la puerta, lo recargué sobre la misma mientras abría una de sus partes, ya que su forma de portón permitían tal maniobra, abrí una de hojas de la puerta y pude contemplar el exterior, el azul del cielo atardecer y la frescura del aire, y entonces pude percibir, al asomarme un poco más, la soledad de las calles a la distancia con un silencio petrificado, no había nadie afuera, sólo se escuchan ruidos de coches a la distancia, así como sonidos de ambulancia, caminé hacia afuera lentamente hasta llegar a la banqueta y miré la hora en mi teléfono móvil, al cual le queda poca batería, son las cuatro de la tarde con veintidós minutos, miro para ambos lados de la calle, el tiempo de espera se ha cumplido, no debería tardar mucho tiempo la ayuda,

El aire se siente mucho más fresco aquí afuera, vuelvo a la entrada donde está el cuerpo inconsciente de mi amigo en la parte interior del portón, no quiero que se exponga sin necesidad al exterior, me siento a su lado en la parte abierta del portón para poder mirar hacia la calle y saber si llega algún auxilio, pues a esta alturas cualquier tipo de ayuda servirá con tal de no seguir aquí expuestos a una muerte segura, pero no se ve nada ni nadie por ningún lado, todo parece una escena tan irreal. Después de un rato me acuesto y dejo rendir todo el peso de mi cuerpo sobre el suelo, aún siento algo de fatiga por bajar las escaleras, así como cierto dolor en mi espalda por la caída de hace rato, cierro los ojos y tomo algunos respiros profundos, pero de inmediato me invaden imágenes de desesperación y abandono, solamente puedo imaginar lo peor, abro una vez más los ojos y veo el cuerpo inconsciente que está a mi lado, allí sentado, recargado sobre el portón, lo miro acostado sobre el piso frío, apenas y podían percibirse sus débiles respiros, un sentimiento de desolación muy profundo se hizo presente, el sentimiento más profundo y doloroso que había experimentado hasta entonces, sabía que teníamos que continuar, el tiempo de espera se había cumplido hace ya unos minutos, la ayuda ya debía haber llegado o por lo menos debería estar cerca, vuelvo a ponerme de pie, sé que no puedo esperar a que pase un milagro y debo buscar auxilio, y comienzo a caminar hacia la calle buscando algún tipo de movimiento, volteo para ambos lados, todo se ve igual de desierto, por un momento parece evidente el riesgo que se debe tomar para poder salir de aquí, pues ya lo he pensado desde hace un rato, debo salir a buscar ayuda a una de las avenidas, de otro modo nos quedaremos aquí estancados, la ambulancia debió haber llegado ya hace minutos pero nunca llegó, podría esperar un poco más,

pero cada minuto que pasa parece una causa perdida, es necesario salir a una de las avenidas a conseguir ayuda, solamente me preocupa que debo dejar a Andrés solo por un momento, ya tengo las llaves de su departamento así que puedo solamente cerrar el portón y él se quedará encerrado por dentro del edificio sin quedar expuesto, aunque eso es un problema porque ¿cómo dejar alguien inconsciente de semejante forma? qué tal si alguien llega y aprovecha de la situación para lastimarlo o abusar de su condición, se podría pensar que las posibilidades de que algo así pase no son muchas, pues él se encuentra, después de todo, dentro de su edificio, y si alguien llegara a verlo allí sólo podrían ser sus vecinos, que por cierto no se ven por ningún lado ya que no se ve nadie por ningún lado, ni un solo ruido, ni un movimiento, alguien debió por lo menos asomarse cuando se escuchó el fuerte golpe que me di en las escaleras del edificio cuando bajábamos, pero en ningún momento se asomo alguien, de hecho llegué a pensar que tal vez el edificio estaba vacío, ya que de hecho no es muy grande y parece que no todos los departamentos están ocupados, y si a todo eso tomamos en cuenta la situación actual en donde nadie sale debido a la cuarentena o, como algunos otros, que pueden haber salido de la ciudad huyendo de todo lo que está pasando, otra de las opciones sería volver a subir al departamento para que estuviera seguro mientras buscaba algún auxilio, pero sabía que, más allá de no tener las fuerzas suficientes para subirlo de vuelta a su departamento, eso nos haría perder tiempo muy valioso, pues eso se debió pensar con anticipación, pero entre la angustia y la desesperación sólo pensé en actuar rápido, pues creí que la ayuda llegaría, además de que este era uno de los riesgos al tomar esa decisión, ya estaba hecho sólo quedaba continuar, de lo contrario, no sabía cuánto tiempo resistiría el cuerpo antes de colapsar, así que había que seguir tomando decisiones con riesgos, así que revisé una vez más que las llaves del departamento estuvieran en mi bolsillo de pantalón y cerré la puerta del portón de un jalón.

Comencé a caminar hacia la calle en dirección donde estaba el metro, pues en esa dirección había una avenida en donde, tal vez, tendría mejor oportunidad de encontrar algún coche que se detuviera, o si no, algunas personas que pudieran ayudarme. Caminaba casi trotando, la avenida no estaba muy lejos pero para ser honesto ya no tenía muchas fuerzas y mi cuerpo se sentía pesado y cansado, al apenas avanzar por unos minutos tuve que bajar el ritmo del paso ya que mis piernas ya no aguantaron y continué caminando, apenas salí a una de las calles principales tuve que recargarme por un momento en una de las paredes cerca de la banqueta para intentar recuperarme, en el par de minutos que me detuve allí, pude observar que en esta calle tampoco había movimiento alguno, lo cual me preocupó mucho, pues esperaba tener mejor suerte de este lado, la avenida principal está terminando esta calle, así que comencé a avanzar hacia allá, siento una sed repentina, aun no me recupero de la fatiga anterior, y vuelvo a detenerme, comienzo a pensar que no tiene caso que vaya hasta la avenida principal pues es un circuito de alta velocidad, nadie va a detenerse allí, además de que no quería dejar mucho tiempo solo a Andrés en su estado de inconsciente, así que decidí volver y pensar en otra cosa, de un momento a otro, sentí como mi respiración se sofocaba cada vez más, no me sentía muy bien, mi paso era lento y aun así me constaba avanzar, continué así por varios minutos,

sólo esperaba poder llegar al departamento pronto, de repente pude observar que un coche se aproximaba desde la calle principal, estaba en dirección hacia mí, su velocidad era considerable pero todavía podía intentar detenerlo, así que calcule bien su distancia, baje de la banqueta a la calle para comenzar a hacer largas señas con mis brazos hacia arriba y abajo para que bajara su velocidad, o al menos para llamar su atención, pero parecía no tener efecto, parecía que el coche no me había visto, pues aun se aproximaba hacia mí con una velocidad considerablemente alta, volví a alzar los brazos haciendo señas y comencé a gritar por ayuda pero nada parecía cambiar, así que, entre mi desesperación me adentré aún más en la calle siguiendo el curso de su trayecto mientras el coche se aproximaba sin importar que me llegara a atropellar, fue entonces que bajó su velocidad por un momento, pues era obvio que ya se había percatado de mi llamada de auxilio, entonces sentí un poco de alivio, ya que posiblemente había decidido ayudarme, pero inmediatamente después el coche volvió a tomar más velocidad aproximándose hacia mí, sólo pude llevarme los brazos a la cara para protegerme como reacción inminente al golpe, pero en movimiento brusco el coche logró esquivarme sin mayor problema invadiendo el segundo carril de la calle para esquivarme, pues al ver que la calle estaba vacía no tuvo mayor problema en rodearme, me quedé unos instantes allí petrificado casi en medio de la calle, apenas pude ver como se alejaba el coche que pasó a gran velocidad, sentí por un momento, cómo ciertas fuerzas volvían a mis pies después del susto, mi respiración seguía muy acelerada pero ya no por la fatiga sino por la recién experiencia, tomé unos momentos para calmarme y continué caminando hacia al departamento, en el transcurso logré ver a un par de personas que caminaban también por la banqueta y pude observar cómo, de la manera más sutil esquivaron mi encuentro con ellas, pues supongo que presenciaron mi locura de intentar detener aquel coche atravesándome en su camino, y es muy probable que piensen que soy alguien peligroso, tal vez pensando que soy un delincuente intentando robar, ¿y quién no? después de todo, qué loco intentaría detener un carro a manera de gritos y levantando los brazos, aún cuando el coche va a una gran velocidad, deben pensar que estoy desesperado, y sí, lo estoy, pero no por los motivos que tal vez piensen, sino porque he intentado todo lo que está a mi alcance para salir de aquí sin estar siquiera cerca de lograrlo, este lugar, este encierro, refleja las tristes condiciones en que se puede vivir aquí, tal vez, después de todo ahora soy un delincuente por intentar sobrevivir a una muerte trágica, tal vez, así es como deben de funcionar las cosas, en donde sólo unos tienen el derecho concedido de seguir existiendo mientras otros deben someterse al dolor y al olvido, sumergido en la indiferencia, o posiblemente es sólo que todo esto está más allá de lo que puedo manejar, y es cierto que mis intentos se han visto desesperados, pero a estas alturas estamos solos, no puedo abandonar mi sentido de supervivencia, ¿quién podría sentarse de la manera más pasiva a esperar la muerte? No lo sé, pero sé que ése no sería yo.

Continué caminando hacia el departamento y revisar que todo estuviera en orden, mis pasos aún eran lentos ya que la fatiga aún estaba presente, sabía muy bien que algo no estaba bien en mí, caminé en algunos tramos casi arrastrando mis pies, a cada segundo intentaba volver a poner todo mi empeño y concentración en lograr

volver al edificio, de un momento a otro, una tos fuerte comenzó hacerse presente en mí al punto que mis pulmones dolían de manera considerable, todo parecía compliarse otra vez, así que intenté controlarme sin tardar mucho en recuperarme del ataque, pero aún sin recuperar del todo mi energía física, me sentía ya muy cansado, aunque ya no estaba lejos del departamento, entonces fue, que al estar a unas calles de distancia, giré en una esquina y pude observar a lo lejos las luces de una ambulancia que estaba próxima al edificio donde me dirigía, al edificio donde estaba el departamento, un sentimiento de alivio me invadió por un momento, pero me abandonó al mismo tiempo al darme cuenta que la ambulancia se estaba alejando con cierta velocidad, y entonces comencé a correr hacia ella con las únicas fuerzas que ni siquiera yo sabía de dónde habían salido, pero mi velocidad no era la suficiente, pues parecía que la ambulancia no percibía mi presencia, ya que aun me encontraba todavía a unas dos cuadras de distancia, sin más continué tras ella, y comencé hacer las mismas señas con las manos que le había hecho anteriormente al coche que intenté detener, abriendo y cerrando los brazos mientras corría, pero no parecía haber respuesta alguna, pues la ambulancia continuaba su curso a la misma velocidad, indiferente a mi presencia, que muy probablemente ni siquiera había notado aún, así que intenté seguir corriendo, o algo parecido, pues avanzaba de forma tan descompuesta que se parecía más a un caminar apresurado, no sabía cuánto más podía resistir, el cansancio en mi cuerpo hacía énfasis, estaba casi a una cuadra del edificio donde estaba el departamento, y la ambulancia avanzaba en la misma dirección, sólo que se alejaba hacia el otro lado, a la distancia entre los otros edificios, de ahí mi desesperación, porque parte de mí creía que era la ambulancia que había solicitado anteriormente, y aunque no lo fuera, tendría que alcanzarla para pedir su ayuda, ya que sabía que sería una de nuestras últimas oportunidades o tal vez, la última, así que canalicé todas mis fuerzas en lograr alcanzarla y evitar que se fuera, pero justo cuando estaba a una cuadra de alcanzarla, la ambulancia giró en otra calle perdiéndose a mi vista, todavía pude acelerar mis pasos a lo más que pude e intentar gritar algo para que me escuchara, pero en mi intento sólo logre perder el equilibrio y caer en medio de la calle, llevándome un fuerte golpe, después de eso me quedé unos segundos tirado allí en el suelo, pues la gravedad de mis lesiones sumando con mi mala condición comenzaban a tener consecuencias, haciendo cada vez más difícil moverme, y otra vez tosí estando tirado allí mismo, en esta ocasión con más fuerza, haciéndome llevar las manos a la boca para intentar contenerme, y después de un rato cesó el ataque, intenté recuperar mi respiración abandonado allí, mirando hacia el cielo, todavía podía escuchar el sonido de la sirena de ambulancia alejándose a la distancia, me puse de pie lentamente y seguí caminando en dirección al departamento que ya estaba acerca, aún estaba dolorido por los golpes de mi caída, la calle se veía aún desierta, y aunque tenía una gran decepción tenía el pendiente de ver en qué condiciones se encontraba mi amigo, así que continúe caminado hasta la puerta, busqué las llaves en una de mis bolsas del pantalón, las saqué y abrí lo más rápido que pude, su cuerpo seguía en el mismo lugar donde lo dejé, intacto, recargado sobre la parte interior del portón, me acerqué a él para asegurarme que siguiera con vida, y puse mi oreja cerca de su boca, y pude escuchar como sus débiles respiros

aún continuaban, le tomé la cara por unos segundos, un sentimiento de alivio y desesperación volvió a presentarse, aún debía encontrar la forma de salir de allí, tal vez, pensé, si toco la puerta de algún vecino podría ayudarnos, aunque no sé de qué manera, pues ni siquiera sabía si alguien más estaba en el edificio, entonces volví a sentarme para recuperarme, cosa que me causaba gran enojo, pues evidenciaba cómo mi mala condición estorbaba para poder intentar algo, sentía como el tiempo valioso se perdía entre mis descansos, pero no había otra forma, así que después de un rato volvía a levantarme, sin mucha idea de qué hacer, lo único que se me ocurrió en el momento era hidratarme, la sed que sentía ya era demasiada, mis labios estaban muy secos al igual que mi garganta, entonces decidí subir las escaleras hasta el departamento para tomar un poco de agua, así podría también traer un poco para mi amigo e intentar dársela para intentar evitar que empeore su condición, entonces con paso algo lento me dirigí hacia las escaleras y las empecé a subir, volteé a mirar a mi amigo última vez antes de subir, abandonado en la misma pose sentado y recargado sobre el portón, sentí un poco de lástima, no sólo por él sino por mí también, seguí subiendo, y los dolores de mi cuerpo golpeado no tardaron en presentarse al tiempo que subía, así continué hasta llegar a la puerta del departamento, la cual abrí lo más rápido que pude para dirigirme a la cocina y tomar agua, fue cuando recordé que la reserva de agua ya era poca, pero igual alcanzaba para repartirnos un algo, así que me serví en el primer vaso que encontré y lo bebí hasta el fondo, lo terminé tan rápido que tuve que tomar tiempo también para respirar entre los intervalos de espacio cada que me volvía a servir, pues fueron tres vasos de agua los que llegué a tomar, sin más, limpié de mi cara el agua que se había escurrido, y busqué un recipiente para llevarle agua a la planta baja e intentar dársela a mi amigo, tomé una pequeña jarra y le vacié el resto de agua que quedaba, llegando a llenarla, y entonces me decidí a bajar, busqué una vez más las llaves, las guardé, y cerré la puerta de un golpe, bajé las escaleras a la velocidad que mi cuerpo me lo permitía, pues también había que tener precaución de no tirar la jarra llena de agua, con cierta lentitud logré bajar poco a poco, y entonces, justo cuando estaba llegando a la planta baja escuché el sonido de una ambulancia, lo cual llamó mi atención de inmediato, pues el sonido, aunque era algo lejano, se escuchaba aproximarse cada vez más, así que terminé de bajar las pocas escaleras que faltaban y aceleré el paso hacia la salida, o al menos eso intentaba, pues un dolor en una de mis piernas me hacía cojear mientras avanzaba, bajé la jarra de agua y la puse al lado de la entrada, abrí casi de golpe y salí a la calle para intentar ubicar de donde venía el sonido que cada vez era más fuerte, entonces apareció en el extremo de la calle una ambulancia muy similar a la que había visto antes, giró en dirección hacia donde yo estaba, estaba casi seguro que se trataba de la misma ambulancia de hace rato, sentí un gran alivio por un instante, pues llegué a pensar que, tal vez, se trataba de la ayuda que habíamos estado esperando, me acerqué un poco más a la calle para verla mejor y también para que así las personas en el interior de la unidad pudieran verme, pero parecía que la ambulancia no disminuía su velocidad, no estaba seguro si ya se habían percatado de mi presencia, pues estábamos casi de frente, entonces comencé a mover y extender mis brazos de

manera desesperada para intentar hacer que se detuvieran, pero nada parecía cambiar, y aunque la velocidad de la ambulancia no era mucha, era la suficiente para intimidar a cualquiera que intentara detenerla, pues acompañada de ese molesto sonido que produce su sirena, el cual se hacía cada vez más fuerte al tiempo que se acercaba, me di cuenta de que no tenía mucho tiempo, pues tenía que hacer algo para hacer que se detuviera, me aproximé a su encuentro de frente, bajé a la orilla de la calle para que pudiera verme, pero no parecía detenerse, ya estábamos casi frente a frente, así que manifestando el gesto más enfático de desesperación me atravesé en su camino cruzando a media calle, el tiempo de respuesta de la ambulancia fue tan corto que no tuvo tiempo de maniobrar para poder esquivarme, y me golpeó con la fuerza suficiente para salir volando un par de metros, me golpeó directamente de frente, haciéndome perder el conocimiento por un instante.

La ambulancia se detuvo de golpe, un hombre bajó rápidamente del lado del copiloto, y corrió hacia mi cuerpo aún tirado en el suelo, dijo algunas palabras ininteligibles, o al menos yo no pude entenderlas, pues apenas empezaba a recobrar la consciencia de lo que estaba pasando, ese golpe me había desorientado, me costaba abrir los ojos, era como si estuvieran sellados y sólo pudiera percibir la oscuridad al no poder ver, apenas podía escuchar el llamado de aquél hombre intentando reanimarme a despertar, escuchaba lejanos sus gritos dirigiéndose hacia mí, —¡señor!— gritaba él una y otra vez. Y aunque cierta parte de mí podía escucharlo, otra parte de mí prefería quedarse tal y como está, y no despertar, pues ya es suficiente por un día. Sin más, siento cómo de un momento a otro, cómo aquél hombre comienza a tocar mi cuerpo, intentando revisar mi condición y asegurarse de que no es tan grave, y entonces desperté casi de manera accidental, abro los ojos con fuerza mirando hacia arriba y puedo verlo a la cara, o al menos las partes de la cara que se le pueden ver, ya que está cubierto con un tapa bocas y trae unos lentes parecidos a unos googles, también viste un equipo muy extraño que se parece mucho al equipo que usaban los médicos en la estación para sus filtros, todos vestidos de blanco con algo parecido al plástico hasta cubrir su cabeza, puedo ver todo esto porque lo tengo de frente, está justo a mi lado, inclinado con una rodilla en el suelo e intenta revisar mi condición, la cual parece no ser grave, —¿Está usted bien?— pregunta el paramédico con algo de preocupación. —Sí— le respondo con un poco de dificultad. Después de esto, él continúa con un par de preguntas más para asegurarse de que todo está bien, pero no logra terminarlas ya que otra persona bajó de la ambulancia, esta vez del lado piloto, pues se entiende que es quien venía manejando, también lleva puesto un traje igual que el otro paramédico, sólo que a éste sí se le puede ver la cara, ya que la trae descubierta, es otro hombre, que comenzó a gritar mientras se acercaba, —¡¿Está usted loco?!— lo decía mientras extendía sus brazos al aire, como reclamando, y después continuó: —¿Por qué saltó hacia la ambulancia, lo pude haber aplastado?—. Entonces se aproximó y se percató de que estaba yo consciente y con los ojos abiertos, lo cual parece haberlo tranquilizado un poco, su compañero que aun seguía inclinado a mi lado, le respondió que parecía no ser nada grave, que al parecer el golpe no me había causado mayor daño, o al menos, no de manera evidente. Le dije al paramédico que me atendía que no se preocupara, que me sentía bien,

y que no debería preocuparse, pues todavía podía moverme, así que intenté ponerme en pie, de manera algo ingenua, pues no lo logré en el primer intento, ya que este último golpe, aunque no me rompió ningún hueso, me dejó muy lastimado y adolorido, el paramédico insistió en que no debería hacer movimientos bruscos, a lo que le respondí, otra vez, que no había necesidad de preocuparse, ya que me encontraba bien, me apoyé con la ayuda de uno de sus brazos para lograr ponerme en pie, el segundo paramédico puso una cara de alivio cuando vio que no había gravedad en el asunto y dijo: —debes tener cuidado de no hacer ese tipo de locuras, pude haberte atropellado, tuvimos algo de suerte, procura alejarte del camino, quién sabe si otra persona hubiera alcanzado a frenar, hay muchas emergencias justo ahora y no deberías estar en la calle si no es necesario, son tiempos difíciles, así que tendré que pedirte que seas más precavido, parece que todo está en orden, ya que no estás herido, deberías ir a tu casa y descansar, no deberías exponerte de esta manera, ni siquiera llevas puesta alguna mascarilla o cubre bocas que te proteja—. Cuando terminaba de decir estas palabras él comenzó a caminar hacia la ambulancia, como si se dispusiera a continuar su camino, o al menos, así lo imaginaba yo, así que tuve que interrumpir su pequeño sermón para decirle que no se fuera todavía: —¡espere, necesito su ayuda!— le dije— hay una persona enferma que necesita atención médica, está justo aquí, en este edificio de enfrente, está inconsciente, ha estado muy mal, no creo que logre salvarse si lo dejan ahí, por eso detuve con desesperación la ambulancia porque, necesitaba que se detuvieran de una u otra manera, ya habíamos pedido ayuda anteriormente, pero no habíamos tenido respuesta, por favor, es un amigo mío, necesitamos su ayuda—. El tono de mis palabras estaba cercano a la desesperación así que me acerqué al paramédico para que entendiera mis razones y la gravedad de la situación, pero al acercarme a él, su reacción fue un tanto negativa, pues me pidió que mantuviera mi distancia haciendo una señal con su brazo y manos de que me detuviera, decía que no debía acercarme debido a los riesgos que implicaba un posible contagio, pues me repetía que no estaba usando ninguna máscara o cubre bocas, y al estar él en la misma situación, corríamos un alto riesgo, él subió la voz para indicarme dichas ordenes, me gritaba como si tuviera yo una pistola entre mis manos, como si fuera una amenaza indeseable, gritaba mientras hacía esas señas con las manos de que me mantuviera alejado, pero mi desesperación era mucha y necesitaba que el entablara un dialogo conmigo, necesitaba de su ayuda, así que casi por una extraña inercia que dirigían a mis pies, caminé un pasos más, cosas que no le gustó en absoluto, pues el paramédico, que seguía retrocediendo hacia la ambulancia, gritó una vez más: —¡Señor, deténgase, no de ni un solo paso más!—. La expresión en sus ojos cuando dijo eso, contenían un horror evidente, él terminó por entrar rápido a la patrulla sólo para sacar algo así como un bastón para golpear, tenía una forma alargada y totalmente oscura, similar a los bastones que usa la policía, entonces detuve mi paso al instante, y me quedé congelado por varios segundos, no sabía qué estaba pasando, la situación no parecía tan grave como para reaccionar de aquella manera, entonces seguí hablando: —Sólo necesito su ayuda, debe entenderme, estoy desesperado, sólo escúcheme, no quiero que mi amigo muera—. Pero mis razones parecían no surtir efecto, pues él seguía repitiendo que

debía mantener mi distancia y no acercarme más, entonces el segundo paramédico se acercó a mí, y se colocó justo a mi costado, justo como lo hizo cuando me atendió por el golpe de la ambulancia, entonces le hizo una seña a su compañero, como para calmarlo, después de eso, se volvió a dirigir a mí tomándome del brazo, casi como un gesto de compasión, pues se había percatado de que estaba cojeando de un pie, y me ayudó a salir de la calle hacia la banqueta, entonces me pidió, con un tono tranquilo, que le mostrara en dónde estaba la persona de la que estaba hablando, este paramédico parecía no tener temor alguno, pero eso era obvio, ya que él estaba usando su mascarilla y googles desde el primer momento, así que nos dirigimos hacia el portón donde se encontraba Andrés, dejando atrás al otro paramédico con la ambulancia, caminamos hasta la entrada del edificio, la cual dejé abierta al salir corriendo hace un momento para detener a la ambulancia; señalé el cuerpo, todavía inconsciente, derrumbado allí en el suelo, al interior del edificio, si alguien lo viera en semejante posición pensaría que ya está muerto, el paramédico se inclinó para revisarlo, tocándolo con mucho cuidado, estudió sus signos vitales, y después volteó su vista hacia mí; sus ojos negros, que apenas podían verse a través de sus lentes, expresaban un vacío profundo, como un desaliento, entonces solamente pude pensar lo peor, un profundo sentimiento de desesperanza me invadió por un instante, parecía que la pérdida era inevitable, pero entonces, el paramédico, sin apartar su fría mirada de mí, dijo con tono preocupado: —Está muy grave ¿Cuánto tiempo lleva así y cuáles son sus síntomas?—. A lo cual respondí con lujo de detalle, el tiempo aproximado de su condición, desde la hora que él me llamó al trabajo para auxiliarlo, hasta el momento que cayó desmayado, también le dije el vómito y los intentos que hice por ayudarlo. También mencioné las llamadas telefónicas a los hospitales para pedir ayuda.

Aunque el miedo seguía presente en mí, sentí, al mismo tiempo, un ligero alivio al saber que aún no era demasiado tarde, pues había todavía alguna posibilidad de ayudarlo. El paramédico, sin perder tiempo, hizo un gesto como de afirmación con la cabeza que no me quedó muy claro, pues parecía que había llegado a una conclusión para sí mismo, después se levantó inmediatamente y comenzó a caminar hacia la ambulancia, cosa que me desconcertó por un momento, pues llegué a creer en mi desesperación que no nos ayudarían, entonces le grité con cierta impaciencia que volviera, pero él sólo me contestó que debía esperar donde estaba, continuó caminando y le hizo un gesto con la mano a su compañero quien lo esperaba en la ambulancia, se encontraron y, desde la distancia pude ver que tuvieron una pequeña conversación, como describiendo con las manos una serie de indicaciones, después de eso uno de los paramédicos volvió a subir a la ambulancia y el otro se dirigió a la parte de atrás y comenzó a abrir las puertas traseras, y entonces comenzaron a bajar lo que parecía claramente una camilla para enfermos, pues el segundo paramédico ayudaba empujándola desde el interior mientras el primero la recibía en la calle para maniobrar su posición, al terminar ambos paramédicos comenzaron a caminar de regreso hacia donde estábamos, siendo un poco más difícil ahora diferenciar cuál era cada quién, pues ambos vestían su traje completo que les cubría la cara, aunque ya nada de eso tenía importancia, pues por fin tendríamos la ayuda que necesitamos,

y aunque todavía faltaba mucho para estar a salvo, se sentía como una pequeña victoria.

Los paramédicos llegaron a levantar a Andrés con todos los cuidados posibles, a lo cual intenté ayudarlos como gesto de agradecimiento, pero ellos evitaron que me siguiera acercando y me apartaron con cierta amabilidad, pues era obvio que en mis malas condiciones solamente podía estorbar o, peor aún, podía terminar de lastimarme de gravedad, así que decidí mantenerme a la distancia, procurando siempre permitir el espacio pertinente para que ellos pudieran trabajar, entonces no tardaron mucho en subir el cuerpo inconsciente a la camilla, y se dirigieron hacia la ambulancia mientras yo los seguía sin alejarme demasiado, aunque debo admitir que me costaba mucho esfuerzo continuar, mi cuerpo se sentía por demás golpeado y muy cansado. Subieron la camilla con el cuerpo por la parte trasera de la ambulancia, y cerraron las puertas, yo aún lo podía ver por una de las ventadas de cristal mientras lo auxiliaban y le ponían tubos cerca para ayudarlo a respirar, no recuerdo haber sentido tanto alivio, es como haber abandonado un gran peso, intenté acercarme un poco más cuando uno de los paramédicos volvió a detenerme disiento: —No será necesario que nos acompañe— dijo él mientras me observaba de manera fija y continuó: —Haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudar a su amigo, aunque debo decir que su condición no es buena, así que sólo queda esperar lo mejor, no debemos perder tiempo para llevarlo inmediatamente al hospital, y también me apena decirle que lamentablemente usted no puede acompañarnos, pues desde que salimos se nos notificó que sólo vendríamos por una persona, lamento que sea de esta manera y también lamento mucho todo lo ocurrido, empezando por las dificultades que tuvimos para encontrar la ubicación exacta de donde se necesitaba la ayuda, tal vez de no ser por usted hubiéramos tardado mucho más tiempo en llegar auxiliar, y aunque, con todo y el agradecimiento, debo pedirle que vuelva a su domicilio, ya que nosotros tenemos que irnos sin perder más tiempo debido a la condición de urgencia con su amigo, espero usted lo entienda— .

Cuando el paramédico terminó de hablar hizo una seña con el brazo como despidiéndose, y después subió a la ambulancia sin dejar tiempo para contestarle cualquier cosa, aunque no sabía ni qué decir, primero porque estaba algo sorprendido al saber que esa ambulancia se trataba de aquella que habíamos solicitado desde hace ya un rato, que de alguna forma y, dentro las conclusiones de los paramédicos supieron encontrarnos y ayudarnos, y, en segundo lugar, porque aún después de pasar por todos los inconvenientes y de casi llegar a atropellarme, decidieron continuar con un protocolo burocrático y dejarme aquí a mi suerte sin mayor problema, aunque dentro de lo que cabe ese fue siempre el plan, es decir, salvar la vida de mi compañero, ahora podía contemplar cómo la ambulancia se alejaba con su sonido de sirena, y comencé a abandonar la calle y dirigirme de vuelta hacia el departamento, ya que después de todo, me había quedado con las llaves, entonces caminé o, mejor dicho, arrastré mis pies hacia la entrada del edificio, todo seguía muy callado como si se tratara de un lugar abandonado, entré y comencé subir las escaleras, jadeando, apenas puede avanzar algunas escaleras cuando la fatiga comenzó a vencerme, una tos profunda se volvió a presentar, una tos escandalosa, subí unos escalones más, sentí un dolor

punzante en mi pecho, no sólo cada que tosía, sino también cuando respiraba, mis piernas comenzaron a temblar y a debilitarse, así que me sujete con fuerza a los barandales, pero mis manos tampoco resistiría por mucho tiempo, alcancé a subir otro par de escalones cuando otro ataque severo de tos se presentó, esta vez me hizo doblar el cuerpo, teniendo que agacharme y quedar sobre mis rodillas por un buen rato, pero el ataque de tos no se detenía y me llevé las manos a la cara para intentar contenerme, el dolor era insoportable, así que apreté mi rostro con fuerza, me quedé así por unos segundos hasta que sentí que todo se calmaba, cuando el ataque pasó retiré mis manos del rostro lentamente sólo para darme cuenta que estaban llenas de sangre, sangre que había salido de mi boca, volví a tocarme la cara sólo para darme cuenta que aún salía un poco de sangre por mi nariz, aterrorizado, intenté levantarme de manera desesperada, sujetándome con todas mis fuerzas de barandal para impulsarme, pero debido a la excesiva sangre que tenía entre mis manos resbalé al intentar sujetarlo, pues el barandal se manchaba de sangre al tiempo que intentaba agarrarlo, entonces caí de las escaleras de una altura considerable hasta topar directo con la pared de la primera planta, lastimándome seriamente la espalda y la cabeza, todavía consciente, logro escuchar cómo mi respiración lucha por cada aliento, miro hacia arriba con la debilidad de unos ojos somnolientos, siento, una vez más mi cara manchada en sangre, y cierro los ojos contra mi voluntad.

